
HARLEQUIN
Bianca
HEREDEROS
DE LA VERGÜENZA AL AMOR
CAROL MARINELLI



DE LA VERGÜENZA AL AMOR

CAROL MARINELLI





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

De la vergüenza al amor, n.º 135 — diciembre 2017
Título original: Sicilian's Baby of Shame
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9170-550-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Prólogo

BASTIANO Conti había nacido con voracidad y había provocado un problema. Su madre había muerto al darlo a luz y nunca había revelado quién era su padre. Sin embargo, le había dejado lo único que tenía; un anillo. Era de oro italiano con una esmeralda pequeña en el centro y algunas perlas alrededor.

El tío de Bastiano, quien tenía cuatro hijos, había propuesto en un principio que las monjas se ocuparan del pequeño huérfano que se había quedado llorando en la maternidad del valle de Casta. Había un convento que daba al estrecho de Sicilia y, normalmente, los huérfanos acababan allí. Sin embargo, ese convento estaba en las últimas. Las monjas estaban ocupadas, pero alguna se compadecía de vez en cuando y lo tomaba en brazos un poco más tiempo del que se necesitaba para darle de comer, solo de vez en cuando.

—Familia… —le había dicho el sacerdote a su tío—. Todo el mundo sabe que los Conti cuidan de los suyos.

Los Conti dominaban el oeste del valle y los Di Savo, el este.

El sacerdote le dijo que la lealtad hacia los suyos estaba por encima de todo. Por eso, después de las severas palabras del sacerdote, el tío de Bastiano y su reticente esposa se habían llevado al pequeño bastardo a su casa, pero nunca había sido un hogar para Bastiano. Siempre lo habían considerado un intruso y, si pasaba algo, era el primero al que echaban la culpa y el último al que perdonaban. Si había cuatro dulces, no los dividían para que hubiera cinco, Bastiano se quedaba sin dulce. Bastiano, que se sentaba en el colegio al lado de Raul di Savo, había empezado a entender por qué.

—Raul, ¿qué sería lo primero que salvarían tus padres si hubiese un incendio? —le había preguntado la hermana Francesca en clase.

Raul se había encogido de hombros.

—Tu padre —había insistido ella—, ¿qué sería lo primero que se llevaría?

—Su vino.

La clase se había reído y la hermana Francesca, cada vez más desesperada, se había dirigido a Bastiano.

—Bastiano, ¿qué salvaría tu tía?

Él la había mirado con sus serios ojos grises y había fruncido el ceño mientras contestaba.

—A sus hijos.

—Correcto.

Ella había vuelto a la pizarra y él se había quedado con el ceño fruncido porque, efectivamente, había sido la repuesta correcta. Su tía salvaría a sus hijos, pero no a él.

No obstante, cuando tenía siete años, lo mandaron a recoger los dulces y la esposa del pastelero le revolvió el pelo. Estaba tan poco acostumbrado a las demostraciones de cariño que se le iluminó la cara y ella le dijo que tenía una sonrisa muy bonita.

—Usted también —le dijo él.

—Toma —ella se rio y le dio un *cannoli* por haberle alegrado la mañana.

Bastiano y Raul se sentaron en la ladera y se comieron el dulce. Los niños deberían haber sido enemigos a muerte, los Conti y los Di Savo se habían peleado durante generaciones por los viñedos y las tierras del valle, pero Bastiano y Raul se habían hecho muy amigos.

Ese breve encuentro en la pastelería le había enseñado a Bastiano que podía irle mejor con el encanto. Una sonrisa hacía maravillas y más tarde aprendió a coquetear con los ojos, y lo recompensaron con algo mucho más dulce que un *cannoli*.

Bastiano y Raul siguieron siendo amigos a pesar de las protestas de sus familias. Solían sentarse en la ladera que había al lado del convento, ya vacío, y bebían vino barato. Mientras miraban el valle, Raul le contó las palizas que soportaba su madre y reconoció que no tenía ganas de irse a la universidad en Roma.

—Entonces, quédate.

Era así de sencillo para Bastiano. Si él hubiese tenido una madre, o alguien que lo quisiera, no se iría. Tampoco quería que Raul se fuese, pero, naturalmente, no lo reconoció.

Raul se marchó.

Una mañana, cuando bajaba por la calle, vio que Gino salía dando gritos de la casa de Raul y que dejaba la puerta abierta. Raul no estaba y, dado lo que le había contado su amigo, él creyó que tenía que comprobar que su madre estuviese bien.

—Señora Di Savo…

Llamó a la puerta abierta, pero ella no contestó. Sin embargo, oyó que estaba llorando. Su tío y su tía decían que era una desequilibrada, pero Maria di Savo siempre había sido amable con él. Preocupado, entró y la encontró llorando de rodillas en la cocina.

—Hola…

Le sirvió una bebida, tomó un paño, lo mojó con agua y se lo puso en el ojo morado.

—¿Quiere que llame a alguien? —le preguntó él.

—No.

La ayudó a levantarse y ella se apoyó en él mientras lloraba. Bastiano no sabía qué hacer.

—¿Por qué no lo abandona?

—Lo he intentado muchas veces —contestó ella.

Bastiano frunció el ceño porque Raul siempre le había dicho que le había pedido a su madre que lo abandonara y que ella se había negado.

—¿No podría vivir en Roma con Raul?

—No quiere que vaya, me abandonó —Maria sollozó—. Nadie me quiere.

—Eso no es verdad.

—¿Lo dices en serio?

Ella lo miró y fue a corregirla, a decirle que había querido decir que habría gente que la quería… No él.

Ella llevó una mano a su mejilla.

—Eres muy guapo.

Maria le pasó una mano por el pelo tupido y moreno, pero él se dio cuenta de que no lo hacía como la esposa del pastelero, que era más… cariñosa. Él, desconcertado, le apartó la mano y retrocedió unos pasos.

—Tengo que irme.

—Todavía no —replicó ella.

Maria llevaba solo un camisón y se le veían un poco los pechos. Él se dio la vuelta para marcharse y para que ella no se abochornara cuando se diera cuenta de que se le veían.

—No te marches, por favor.

—Tengo que ir a trabajar.

Él había dejado el colegio y estaba trabajando en el bar, que era una tapadera para los asuntos más turbios de su tío.

—Bastiano, por favor…

Lo agarró del brazo. Él se paró y ella lo rodeó para ponerse delante de él.

—Oh…

Ella se miró y vio que se le veían los pechos, pero Bastiano no miró y fingió que no se había dado cuenta. Pensó que ella se taparía, pero no solo no se tapó, sino que le tomó una mano y se la puso sobre la piel tersa. A él se le daban bien las chicas, pero el

seductor siempre era él. Calculó que Maria tendría unos cuarenta años y, además, ¡era la madre de su mejor amigo!

—Señora di Savo…

Ella le puso la mano encima de la suya cuando fue a retirarla.

—Llámame Maria —le interrumpió ella con una voz grave y ronca.

Él podía oír su respiración profunda y, cuando ella retiró la mano, él siguió con la suya en su pecho.

—Estás… duro —siguió ella mientras lo acariciaba.

—Gino podría…

—No volverá hasta la hora de la cena.

Bastiano solía llevar la voz cantante, pero no en esa mañana ardiente. Maria volvió a arrodillarse, por voluntad propia esa vez, y terminó al cabo de unos minutos.

Cuando él se marchó, juró que no volvería a ir allí. Sin embargo, esa misma tarde fue a la farmacia, compró preservativos y estaban en la cama una hora más tarde.

Era ardiente, intenso y prohibido, se encontraban siempre que podían, pero nunca era bastante para Maria.

—Vamos a marcharnos de aquí —le dijo Bastiano.

Le habían pagado y tenía el anillo de su madre por si todo fallaba. No podía soportar la idea de que ella estuviese con Gino ni un minuto más.

—No podemos —replicó ella. Aun así, le pidió ver el anillo y él la observó mientras se lo ponía—. Si me amaras, querrías que tuviera cosas bonitas.

—Maria, devuélveme el anillo.

Era lo único que tenía de su madre, pero Maria no cedió y él se marchó. Subió por la ladera del convento y se sentó para intentar aclararse las ideas. Toda su vida había querido saber qué era esa cosa tan esquiva que llamaban amor y había descubierto que le daba igual. En ese momento, era él quien quería marcharse, y quería el anillo de su madre.

Se levantó para bajar al pueblo que veía abajo y, entonces, un coche a toda velocidad tomó una curva.

—*Stolto* —murmuró en voz baja.

Llamó «estúpido» al conductor mientras veía que tomaba otra curva… y que se salía de la carretera. Corrió hacia los restos humeantes, pero lo pararon y le dijeron que era el coche de Gino.

—¿Es Gino?

—¡No! —le gritó una mujer que trabajaba en el bar—. Llamé a Maria para decirle que Gino estaba yendo hacia su casa y que

estaba muy enfadado. ¡Se había enterado de lo tuyo! Ella tomó el coche y…

La muerte de Maria y sus consecuencias no habían dejado en muy buen lugar a Bastiano. Raul volvió de Roma y la víspera del entierro fueron a la ladera donde se habían sentado cuando eran unos muchachos.

—¡Te llevabas la que querías del valle! —exclamó Raul, que no podía contener la furia.

—Fui a ver cómo estaba…

Sin embargo, Raul no quería oír que lo había seducido su madre.

—Y desplegaste todo ese encanto falso.

Raul lo había visto en acción. Sabía que Bastiano podía atraer con sus ojos a la más tímida de las mujeres y derretir su contención solo con una sonrisa.

—Fui un necio al confiar en ti —siguió Raul—. Es como si la hubieses matado tú.

Efectivamente, era el primero al que echaban la culpa y el último al que perdonaban.

—No te acerques por el entierro —le advirtió Raul.

Sin embargo, Bastiano no podía hacerlo y las cosas empeoraron al día siguiente. Después de una pelea encarnizada al lado de la tumba, se supo que Maria había dejado la mitad de su dinero a Bastiano. Raul, que había sido su amigo, lo acusó de haber llevado a su madre a la muerte y juró que dedicaría el resto de sus días a hundirlo.

—No eres nada, Conti. No lo has sido nunca y no lo serás ni con el dinero de mi madre.

—No me pierdas de vista —le avisó Bastiano.

Solía decirse que criar a un niño era labor de todos, pero cuando todo el pueblo lo consideraba un tramposo, un mentiroso, un seductor y un malnacido, en eso se convertiría. Por eso, cuando Gino, borracho, fue a enfrentarse con él, Bastiano, en vez de encajarlo, se revolvió. Cuando Gino dijo que Maria era una ramera, él le puso los cuernos con una mano y le insultó de la peor manera posible.

—*Cornuto!*

Todos los lugareños estuvieron de acuerdo en que Bastiano era lo peor de lo peor.

Capítulo 1

ALGUNAS noches eran infernales.

—¡Bastiano!

Oyó la voz conocida y almibarada y supo que tenía que estar soñando porque Maria llevaba mucho tiempo muerta. Estaba solo en la cama, algo poco corriente, e hizo un esfuerzo para despertarse mientras amanecía en Roma.

—¡Bastiano! —volvió a llamarle ella.

Bajó la mano, comprobó que no tenía el miembro duro, lo cual era un triunfo, y esbozó una sonrisa sombría mientras le decía en silencio que ya no se le ponía duro por ella.

Maria le dio una bofetada. Llevaba el anillo de su madre y se llevó la mano a la cara porque la herida se le había abierto. Tenía la mejilla abierta y la sangre le corría entre los dedos.

Bastiano luchaba consigo mismo incluso en sueños. Sabía que estaba soñando porque la pelea con Raul había sido en el cementerio; la herida de la mejilla era posterior a que Maria estuviese bajo tierra. Todo el mundo había dicho que él había tenido la culpa de su muerte.

Por eso estaba allí, unos quince años después, en una de las suites presidenciales del hotel Grande Lucia de Roma. Raul di Savo estaba pensando comprarlo y eso significaba que estaba en lo más alto de la lista de cosas que él tenía que conseguir.

Hizo un esfuerzo para despertarse y miró el reloj de la mesilla. Apagó el despertador porque ya no lo necesitaba, no volvería a dormirse. Sabía por qué Maria estaba otra vez en sus sueños. En realidad, no los había abandonado nunca, pero el sueño había sido muy vívido y él lo atribuía a que Raul y él estuviesen en el mismo hotel.

Oyó que llamaban levemente a la puerta de la suite y que intentaban meter en silencio el carrito con el desayuno.

—*Puzza!*

Bastiano sonrió cuando oyó la maldición de la doncella, que se había tropezado con algo, y supo, por la palabra, que era siciliana. Había dejado abierta la puerta del dormitorio principal, pero ella volvió a llamar.

—Adelante.

Estaba más que acostumbrado al servicio de habitaciones. No solo estaba pensando en comprar ese hotel, también era el propietario de varios establecimientos de primera categoría. Cerró los ojos para indicarle que no quería conversación.

Sophie vio que él no se había movido para sentarse y no le dijo «buenos días». Las normas eran muy claras en el Grande Lucia y los empleados estaba muy bien formados. A ella le encantaba su trabajo y, aunque no solía llevar los desayunos, le habían pedido que llevara ese antes de que terminara su turno de noche. La habían llamado tarde, la noche anterior, y se había perdido el relevo, cuando les informaban de los clientes importantes, de sus características y de sus peticiones concretas. Naturalmente, ella sabía que cualquier huésped que estuviera en la suite presidencial era un huésped importante. Además, había comprobado su nombre en el pedido de su desayuno.

Era el señor Bastiano Conti.

Todo lo silenciosamente que pudo, abrió unas gruesas cortinas y las contraventanas para que el huésped, cuando se incorporara, pudiera ver Roma en todo su esplendor matinal.

¡Y menudo día tan espléndido iba a resultar!

A Sophie le pareció como si se abriera el telón de un teatro y apareciera un escenario maravilloso. Había muy pocas nubes y se disiparían enseguida porque iba a ser un día caluroso de verano. El Coliseo parecía sacado de una postal y su belleza hacía que se le pusiera la carne de gallina. Efectivamente, era un gran día porque, si no hubiera tomado una decisión complicada y no hubiese rechazado el deseo de su familia para que se casara con Luigi, ese día habría sido la víspera de su primer aniversario de matrimonio.

Por un instante, se olvidó de dónde estaba y se quedó admirando la vista mientras reflexionaba sobre el año anterior. Había tomado decisiones complicadas, pero estaba completamente segura de que habían sido las acertadas. Naturalmente, tenía curiosidad por los hombres, pero podía separarla del matrimonio, aunque su madre no pudiera entenderlo. Cuando había intentado imaginarse la noche de bodas con Luigi, se le había helado la sangre. Había salido con un par de jóvenes en Roma, pero los besos húmedos de Luigi habían dejado secuelas y, a pesar de la curiosidad, había apartado la cabeza ante los avances de cualquier hombre.

Sus padres creían que llevaba una vida pecaminosa en Roma, pero, desgraciadamente, no podían estar más equivocados. Ella

sabía que era ingenua, pero también era fuerte, lo bastante fuerte como para rechazar a un hombre y un matrimonio que no había querido.

—*Buongiorno.*

Una voz grave la devolvió a la realidad. Se dio la vuelta y se dio cuenta de que la habían sorprendido soñando despierta, y que había sido un huésped muy importante en su propia suite.

Fue a disculparse, pero se había quedado sin respiración. Allí, tumbado en la cama y observándola con indolencia, estaba una visión más cautivadora todavía que la que acababa de admirar. Era alto, tenía las manos detrás de la cabeza y el torso desnudo, lo sabía porque la sábana solo le tapaba hasta mitad del abdomen.

Era magnífico, la piel era de un tono oliváceo y el pelo, muy moreno. El único borrón en tanta perfección era una cicatriz que le cruzaba la mejilla, pero hasta eso hacía que pareciera más hermoso. Sin embargo, lo que atrajo toda su atención fueron sus ojos. Eran grises y penetrantes y, cuando sus miradas se encontraron, se quedó sin respiración y no pudo mirar a otro lado. Eso era algo muy raro en ella. Estaba muy acostumbrada a los hombres ricos y guapos por su trabajo, pero sus ojos no se desviaban de ese y se sonrojó un poco en vez de disculparse.

—Estaba preparándole la vista, señor Conti.

Él sonrió levemente por la broma de ella, como si hubiese colocado todo lo que había fuera específicamente para él.

—Gracias —él miró hacia la ventana—. Lo ha hecho muy bien.

Entonces, volvió a mirarla a ella. Cuando había pensado que ella estaba demorándose, había abierto los ojos para decirle que se diera prisa y se marchara, pero vio algo en ella que le calmó su impaciencia habitual.

En ese momento, lo hipnotizaba.

Los ojos que se clavaban en los de él eran marrón oscuro. Él ya sabía, porque la había mirado con detenimiento, que era esbelta y que llevaba un uniforme verde claro y unos zapatos planos, y que todo ello parecía quedarle un poco grande. En ese momento, mientras miraba su cara, vio que tenía el pelo castaño y tupido y recogido en un moño un poco alborotado que dejaba escapar algunos mechones largos. Pensó que parecía cansada y supuso que su turno estaba terminando, no empezando.

Ella había hecho que sonriera, solo un poco, pero era una auténtica sorpresa si se tenía en cuenta el sueño que no había conseguido quitarse de la cabeza. El dormitorio estaba bastante desordenado y la elegante sala no podía estar mucho mejor, tenía

que haber una botella de champán tirada por el suelo y, seguramente, era lo que había provocado que ella dejara escapar ese ligero improperio.

—¿Quiere que le sirva el desayuno?

Ella seguía un poco nerviosa, y no solo porque la hubiese sorprendido mirando por la ventana. Se acercó al carrito con el desayuno y levantó uno de los cubreplatos de plata.

—No, gracias —contestó Bastiano—. Me conformo con que me traiga un poco de café.

—¿Quiere agua o zumo también? —él vio que ella hacía una levísima mueca y captó el tono de su voz cuando siguió hablando—. A lo mejor quiere las dos cosas…

Él volvió a sonreír cuando ella dejó claro que sospechaba que tenía resaca.

—Sí, por favor.

Ella le llevó los dos vasos y él se bebió el agua mientras ella volvía al carrito para servirle el café. Normalmente, él se servía el café porque no le gustaba que le diesen conversación, pero, en ese momento, era él quien estaba dándola.

—¿Es siciliana? —le preguntó él mientras le llevaba el café a la mesilla.

Ella asintió con la cabeza, pero hizo una mueca de disgusto al darse cuenta de que él la había oído maldecir.

—Yo también. ¿Qué es eso? —preguntó él señalando el carrito.

Aunque ella había vuelto a tapar la comida, se podía captar un olor intenso y especiado.

—*Shakshuka*. Unos huevos escalfados de Oriente Próximo —contestó ella.

El impresionante huésped arrugó la nariz y ella temió que la cocina hubiese confundido los pedidos. Comprobó rápidamente la hoja del pedido y vio que estaba bien.

—Lo ha pedido usted…

—¡En qué estaría pensando! —replicó él.

—He oído decir que están muy buenos —a juzgar por el olor, su recomendación era muy acertada—. ¿Quiere que me los lleve y que le traigan otra cosa?

—Está bien —él sacudió la cabeza—. Déjelos.

—Espero que pase un buen día.

Él dejó escapar una risa algo amarga y asintió con la cabeza.

—Usted también.

Ella fue a cerrar la puerta del dormitorio, pero él le dijo que la dejase abierta. Mientras se marchaba, recogió la botella de champán

con la que se había tropezado y la dejó en la bandeja. La habitación estaba hecha un desastre y le encantaría ponerse a ordenarla en ese preciso momento, pero no era su trabajo ese día y, además, era demasiado temprano para ocuparse de una suite.

En cualquier caso, ya había terminado su jornada y fue a fichar y a recoger sus cosas.

—¿Qué haces llevando desayunos? —le preguntó Inga mientras sacaba la chaqueta de la taquilla.

Sophie, por cortesía, había comentado por qué terminaba la jornada un poco más tarde, pero Inga había metido una pulla en su habitual tono crítico.

—Eso es para las doncellas más veteranas.

—Hago lo que me dicen que haga —replicó Sophie.

Inga se dio la vuelta para marcharse y Sophie le sacó la lengua. No se llevaban bien. A Inga le gustaba llevar los desayunos y, sobre todo, a los hombres muy ricos. Aunque hacer… favores estaba rigurosamente prohibido, ella estaba casi segura de que por eso tenía ese bolso tan exclusivo que acababa de guardar en la taquilla.

Ella no era quién para juzgar a nadie y procuraba no hacerlo.

Su antipatía hacia Inga se debía a sus comentarios despectivos y a las pullas que le lanzaba. Ella hacía todo lo posible para restarles importancia, pero era muy difícil algunas veces. Ni siquiera sabía qué había hecho para merecerse el rencor de Inga.

Aun así, decidió no darle más vueltas. Estaba deseando marcharse a casa, estaba cansada y hambrienta y soñaba con meterse en la cama. En vez de salir por la puerta lateral, salió, como hacía muchas veces, por la cocina. El motivo era doble. Por ahí salía al callejón, que estaba más cerca del pisito que compartía con otras dos chicas y, además, con un poco de suerte, el pequeño rodeo podía proporcionarle un desayuno gratis.

Naturalmente, había varios cocineros, pero su favorito era el siciliano y, en ese momento, estaba sacando una hornada de dulces. No eran los brioches franceses ni los hojaldrados que preferían en el norte, eran los sencillos y deliciosos dulces que hacían en su tierra. Además, también había hecho milhojas con pasas y azúcar molido por encima. Ella supuso que era exactamente el desayuno que podría haberle gustado al huésped de esa mañana.

Aparte de Inga, era bastante apreciada en el Grande Lucia. Era una trabajadora muy buena que siempre se desvivía por los huéspedes. La risa amarga del señor Conti se le había quedado grabada y, en vez de llevarse un dulce para el camino, habló con el cocinero. Organizó una pequeña fuente con distintos dulces recién

horneados, la cubrió con una tapa de plata, se quitó la chaqueta, se la colgó del brazo y volvió a subir a la suite del señor Conti. Llamó a la puerta y entró.

—Servicio de habitaciones —se anunció.

Bastiano se había levantado después de que la doncella se hubiese marchado, había destapado los huevos y había vuelto a taparlos. Su amigo Alim, el propietario del hotel, siempre le había propuesto que los probara y la noche anterior le había parecido que podía ser una buena idea.

En ese momento, no se lo parecía.

Ni siquiera sabía qué hacía allí. La noche anterior, Alim le había dicho que sus planes habían cambiado repentinamente y que no iba a poder enseñarle el hotel como estaba previsto. Sin embargo, eso no era lo único que lo alteraba. Por una vez, por primera vez en su vida, una mujer lo había alterado.

Durante las últimas semanas, había decidido que le gustaría tener una esposa y había aparecido una con un castillo en Inglaterra y problemas económicos que podía ser una buena candidata. Le había parecido una solución aceptable en su momento. Había decidido que Lydia Hayward, con su educación y su aspecto de figurita de porcelana, podía ser la esposa florero perfecta. Naturalmente, los dos saldrían ganando y él ayudaría en la apurada situación económica de la familia. Había pagado el vuelo de ella y de Maurice, su padrastro, a Roma para poder matar dos pájaros de un tiro, para ver el hotel y hacer una oferta que dejara fuera de juego a Raul y, quizá, para volver a Casta con una novia.

Cuanto más lo había pensado, más convencido había estado de que podía bastar con trastornar a Raul. Sin embargo, sus planes no habían salido como había previsto. Lydia había decidido que iba a pasar la noche con unas amigas y lo había abandonado con el insoportable Maurice. Él ni siquiera se había molestado en charlar lo más mínimo con ese hombre. Se había vuelto a su suite y, como estaba de mal humor para salir por los clubs, le había dado a la botella. Una decisión equivocada, si lo pensaba en ese momento, porque no había pensado en Lydia al dormirse, había soñado con Maria.

Habían pasado quince años y no le había importado nadie más, no le importaba nadie en ese momento. Tenía la fama de ser despiadado y de ir de sala de reuniones en sala de reuniones y de dormitorio en dormitorio. Lo único que le importaba era derrotar a Raul di Savo.

Oyó que llamaban a la puerta y una voz demasiado jovial para

su estado de ánimo le anunció que era el servicio de habitaciones… ¡otra vez!

Se rodeó las caderas con una toalla y salió dispuesto a decirle que se fuera al infierno y que, si hubiese querido que le llevaran algo, habría descolgado el teléfono él mismo.

Sin embargo, ella sonrió encantadoramente mientras levantaba la tapa de la fuente que llevaba.

—¿Mejor? —le preguntó ella cuando miró la fuente.

Eso sí era un desayuno. Volvió a mirarla a los ojos. No eran marrón oscuro, eran de color ámbar, como los de un zorro, y su sonrisa era tan resplandeciente que no pudo regañarla.

—Mucho mejor —contestó él a regañadientes.

—Eso he creído yo también. ¿Quiere otro café?

—Estaría bien.

Él volvió a meterse en la cama, con la toalla alrededor de las caderas, y le sirvieron el desayuno por segunda vez.

—No tenía que haberlo hecho —comentó Bastiano mientras ella le daba la fuente.

Él suponía que ella tenía que saber que podía ser el próximo dueño porque todos los empleados se movían con pies de plomo.

—Lo sé —ella sonrió—, pero también sé que aquí, en el Grande Lucia, tenemos el mejor cocinero siciliano. Iba a llevarme un dulce para el camino hasta casa y eso hizo que me acordara de usted.

¿No sabía que podía ser el próximo dueño? A él le daba igual que se llevara un dulce. Él se cercioraba de que sus empleados comieran durante sus turnos, pero había muchos dueños que no toleraban esas cosas.

—¿Cómo se llama?

—Sophie —ella vio que él miraba la chaqueta que llevaba en el brazo—. No pasa nada, ya he terminado mi turno.

—Entonces, ¿te gustaría quedarte y comer unos huevos escalfados de Oriente Próximo? —él bromeó empleando las mismas palabras que ella—. Me han dicho que son increíbles.

—No, gracias.

Sophie se rio un poco mientras sacudía la cabeza. Estaba acostumbrada a las insinuaciones de hombres de negocios y había rechazado un montón durante el último año; ella no era Inga.

—Disfrútelo —añadió ella.

—Ya estoy disfrutando —había partido un dulce mientras ella se alejaba y el olor le había recordado a su tierra—. Yo solía recoger dulces como estos en la pastelería.

—¡Vaya! —exclamó Sophie dándose la vuelta—. Yo trabajaba en

una pastelería hasta que vine a Roma.

—¿Cuánto tiempo estuviste trabajando allí?

—Siete años, desde que dejé el colegio.

Era muy fácil, demasiado fácil, hablar de su tierra. La echaba de menos. Le encantaba la vida que se había organizado en Roma, pero algunas veces añoraba su tierra y charlaron durante un rato. Charlaron de la comida y del impresionante estrecho de Sicilia y él supuso que también era de la costa occidental. Estaba a punto de preguntarle de dónde era exactamente cuando ella lo interrumpió.

—Discúlpeme. Tengo que marcharme, toda esta charla sobre…

Ella no siguió porque él ya la había invitado a comer y, si decía lo hambrienta que estaba, podía parecer que estaba maniobrando para que se lo propusiera otra vez. Era posible que estuviese maniobrando…

Más tarde, rememoraría lo que había pasado e intentaría recordar cómo se había sentido en ese momento. Contenta y relajada, era agradable estar con él.

—Desayuna —insistió él.

No había motivo y eso era muy raro para Bastiano, quien no hacía nada si no tenía un motivo. Sin embargo, lo único que veía esa mañana era que ella estaba cansada, y seguramente hambrienta, después de una jornada larga.

Ella captó toda la amabilidad de su oferta y asintió con la cabeza después de dudarlo un segundo.

—Gracias.

Sophie no podía saber que, normalmente, la amabilidad no existía para Bastiano.

Capítulo 2

ERA así de natural. La conversación entre ellos era fluida y le gustaba estar con él. Dejó la chaqueta, en una silla, se sirvió un vaso de agua fría y lo dejó en la bandeja con el plato de *shakshuka*. Luego, miró alrededor y se preguntó dónde podía ponerse. Miró a la silla donde había dejado la chaqueta, pero también estaba la chaqueta de él y no quedaba mucho sitio. La chaqueta estaba al revés y podía ver el forro color berenjena, como también podía ver una camisa tirada en el suelo al lado de la silla. Entonces, miró a Bastiano, quien estaba moviéndose hacia el centro de la cama como si quisiera dejarle sitio para que se sentara.

Efectivamente, fue así de natural acercarse y sentarse en el borde de la inmensa cama. No estaban muy cerca, pero tenía sus muslos detrás y se puso la bandeja sobre el regazo.

La tapa había conservado el calor y los huevos estaban sobre una salsa de aspecto sabroso. La probó con cuidado y resultó será más especiada de lo que había esperado. Dejó de sonreír y tomó el vaso de agua.

—¿Te gusta? —le preguntó Bastiano.

Ella se dio la vuelta para mirarlo y se fijó un instante en su cicatriz. Le habría encantado saber cómo se la había hecho, pero volvió a mirarlo a los ojos.

—¿Sabes cuando has querido probar algo durante mucho tiempo y por fin consigues probarlo?

Sus palabras no pretendían ser provocativas y él no las tomó como tal, esperó que arrugara la nariz y dijera que no le gustaba tanto como había esperado, pero sonrió.

—Es mejor que lo que me había esperado.

Entonces, sus palabras sí fueron provocativas, pero solo para ella. El placer de estar con él hacía que pensara cosas que no había pensado nunca.

Era increíblemente atractivo y no se le pasaba por alto su situación. Además, cuando lo miraba, se le cerraba la garganta y podía sentir los latidos del pulso en la nuca. Era inocente de labios para abajo y había cerrado los labios todo lo que había podido cuando había besado a su novio.

Jamás había comido en el dormitorio de un hombre ni se había

sentado en su cama para charlar con esa naturalidad. Tampoco había mirado así a los ojos de nadie.

Era mejor que lo que se había esperado.

¿Se sonrojo por el picante del *shakshuka* o por las primeras vibraciones de deseo?

Intentó dejar de pensar en eso, dejó de mirarlo y habló precipitadamente.

—Al parecer, el sultán Alim ha introducido muchas cosas en el menú desde que se hizo con el hotel.

—¿Sultán? —preguntó Bastiano.

Alim y él eran amigos. El Grande Lucia era su hotel favorito cuando estaba en Roma y Alim y él solían salir juntos, pero, a pesar de lo mucho que gastaban y el desenfreno, que él supiera, Alim siempre había ocultado su categoría real lo mejor que había podido.

—No nos enteramos de que pertenecía a la realeza hasta hace unos meses —contestó Sophie—. Su familia se hospedó aquí y, naturalmente, los recepcionistas enseguida ataron cabos —Sophie lo pensó un instante—. Es un buen jefe.

—¿En qué sentido?

Le gustaba oír las cosas que eran importantes para los empleados y sabía que era una información que no se conseguía mediante un cuestionario. No quería reconocerlo, pero también le gustaba oír lo que ella pensaba sin más.

—Llama a todos los empleados por su nombre y es justo y amable —contestó Sophie—. Hubo una comida de Navidad y un regalo para todos los empleados que trabajaron durante las fiestas.

Se quedó en silencio y se acordó de aquel día solitario, ir a trabajar había sido lo mejor del día.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Casi diez meses. Llevo poco más de un año en Roma —Sophie se acordó de lo nerviosa que estaba el día que llegó, nunca había pasado más de una noche fuera de su casa—. Tardé unas semanas en encontrar trabajo. Habría aceptado cualquier cosa, pero vine a hacer la entrevista y quería trabajar aquí con toda mi alma. Nunca pensé que fueran a dármelo porque había que hacer dos meses de prácticas, pero Benita me aceptó.

—¿Benita?

—La gobernanta —le explicó Sophie—. Es mucho mejor que mi otro trabajo.

—Supongo que hay que madrugar mucho si se trabaja en una pastelería.

—¡Y tanto! —Sophie puso los ojos en blanco—. Los turnos son

mucho mejores aquí y los compañeros son muy simpáticos. Bueno, casi todos —añadió acordándose de Inga.

—¿Casi todos?

—Siempre hay alguien con quien no te llevas bien en el trabajo —Sophie se encogió de hombros—. Disfruto trabajando aquí, no puedo creerme la suerte que tengo. Para mí, es el trabajo perfecto.

—¿Por qué?

—Me gusta el orden —contestó Sophie—. Me gusta que las cosas estén en su sitio. Cuando veo una suite como la de usted, necesito que vuelva a estar como debería.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad —ella señaló la silla con la cabeza—. Colgaría la chaqueta y retiraría la camisa —lo miró otra vez—. Haría la cama aunque estuviera usted encima…

Entonces, titubeó. Era algo que solía decir en broma a algunos huéspedes, sobre todo a los de la planta doce, cuando quería que se marcharan para hacer su habitación, pero era algo que jamás se diría a un huésped como Bastiano, ni en broma.

Sin embargo, no se había callado solo porque había pensado eso, se había callado, más bien, porque se había dado cuenta de su situación.

Aun así, lo había dicho y era lo que sentía. Y también estaban esos pensamientos que hacían que la habitación le pareciese un poco más caliente.

Bastiano no dijo nada, la miró sin parpadear hasta que ella volvió a hablar.

—Realmente, es el trabajo perfecto. Algunas veces, la gente me pregunta qué quiero ser o si estoy trabajando mientras estudio, pero yo solo quiero esto, estoy feliz.

—Eso está muy bien —comentó Bastiano.

Sin embargo, no podía ni imaginárselo para sí mismo. Cuánto más tenía, más quería. Cuánto más conseguía, más lejos le parecía que estaba el objetivo.

—¿No echas de menos a tu familia y a tus amigos?

—He hecho algunos amigos…

Pensó en sus compañeras de piso. Aunque no eran especialmente íntimas, se llevaba bien con ellas. También pensó en Gabi, una organizadora de bodas que conoció el primer fin de semana que pasó allí y se llevaron bien desde el principio.

Normalmente, Bastiano lo habría dejado ahí. Mejor dicho, no habría llegado hasta ese punto porque no solía sentarse en la cama a charlar con una mujer. Sin embargo, se dio cuenta de que quería

conocerla mejor.

—¿Echas de menos tu tierra? —preguntó Bastiano con otras palabras.

—Algunas veces —reconoció ella—, pero si siguiera allí…

Sophie no dijo lo que había estado a punto de decir y dejó los cubiertos aunque no había terminado de comer. La conversación estaba desviándose hacia temas que no solía tocar. Sus amigos más recientes no sabían gran cosa de ella, solo sabían que se llamaba Sophie, que tenía veinticuatro años y que estaba felizmente soltera. No sabían cuánto había luchado y a cuánto había renunciado para conseguir esa pequeña victoria.

—¿Si siguieras allí…? —insistió Bastiano, que, efectivamente, quería saber más cosas de ella.

Ella estuvo a punto de levantarse para dar por terminada la conversación y seguir con su día, y volver al mundo real. Asombrosamente, se dio cuenta de que le gustaba ese. Le gustaba la tranquilidad de su dormitorio y la naturalidad con la que hablaba con ese hombre. Se acordó de su sonrisa afable cuando ella se dio cuenta de que la había oído maldecir. Había sido una sonrisa que había indicado comprensión mutua y que conocía las costumbres de su tierra.

Hubo algo que le dijo que él… lo entendería.

Aunque había sido feliz en general, también habían sido doce meses muy solitarios.

—Estaba prometida. Si me hubiese quedado, mañana habría sido el primer aniversario de mi boda.

—¿Si te hubieses quedado? —preguntó Bastiano—. Entonces, ¿fuiste tú quien rompió?

—De una manera muy madura y reflexiva —Sophie asintió con la cabeza y se rio para indicarle que era una broma—. Me fugué, si es que es posible fugarse de casa cuando tienes veintitrés años. Tomé un tren a Roma un mes antes de la boda y, cuando llegué aquí, llamé a mis padres y les dije que no iba a casarme con Luigi.

Él se rio por la explicación, aunque no fue desconsiderado. Fue una risa grave y profunda que casi compensó aquella llamada atroz que había hecho a sus padres. Algo le dijo que él no se reía con facilidad, que lo que estaba pasando esa mañana entre ellos era delicioso e inusitado a la vez.

Entonces, esa risa grave se disipó como un trueno que la recorría por dentro. Además, se dio cuenta de que el rayo ya había caído. Estaba sola en su habitación y era exactamente donde quería estar.

—¿Has vuelto? —preguntó él sin percatarse, aparentemente, de

lo que se le pasaba a ella por la cabeza.

Sophie agradeció que retomara la conversación y contestó apresuradamente.

—No, fue una deshonra tremenda. Supuse que se enfadarían, pero, cuando llegó mi cumpleaños y mi madre ni siquiera se puso al teléfono, me di cuenta de lo mal que estaban las cosas.

—¿Cuándo fue tu cumpleaños? —le preguntó él.

—Unos meses después de que me fugara —ella le dijo la fecha —. Fue muy triste.

Los cumpleaños siempre habían sido muy familiares. Se celebraban alrededor de una tarta y se sacaban muchas fotos. Esa vez no fue así.

Lo mismo había pasado en Navidad y por eso agradecía tanto a Alim que hiciera una celebración para los empleados. Sus compañeras de piso se habían ido con sus familias y la cena y el regalo del hotel habían sido su única Navidad.

—Tienen que echarte de menos —comentó Bastiano.

—No estoy segura —Sophie sacudió la cabeza—. Mi familia es muy extensa y querían que me casara para que hubiese uno menos. Ya sabes cómo son las cosas allí.

Él asintió con la cabeza. Sabía cómo eran las cosas para algunos, pero miró a Sophie y siguió estando seguro de que tenían que echarla de menos porque era como si hubiese entrado un rayo de sol deslumbrante desde que ella abrió las cortinas.

—¿Volverás?

—Soy su única hija… —ella se encogió de hombros, pero se contradecía con el dolor de la decisión inevitable—. Si vuelvo, tengo que acatar sus normas. No sé qué pasara, pero, por el momento, vivo mi sueño.

Aunque fuese muy solitario algunas veces.

—¿Y tú? —preguntó ella.

—Yo no tengo familia.

—¿Ninguna?

Él negó con la cabeza y vio que ella esperaba que lo explicara un poco más.

—Me criaron el hermano de mi madre y su esposa.

—¿Qué le pasó a tu madre?

—Murió.

—¿Cuántos años tenías?

Él no contestó.

—¿Y tu padre?

—Tú sabes tanto de él como yo, nada.

—Bueno… —Sophie sonrió—. Sé que era guapo.

Efectivamente, era como un rayo de sol porque, hasta ese momento, cuando él contaba que no conocía a su padre, se terminaba la conversación, miraban hacia otro lado o hacían un comentario despectivo. Ella, en cambio, sonreía, y seguramente coqueteaba, para quitarle hierro, y la conversación no había terminado ni mucho menos.

—¿Qué pasó con tu tío y tu tía?

—Los veo de vez en cuando, pero no nos hablamos —contestó Bastiano mientras le daba un dulce para que lo mojara en la salsa especiada—. Me echaron de casa cuando tenía diecisiete años. Merecidamente.

Se acordó de la pelea que tuvieron cuando se supo que se había acostado con el enemigo, con una Di Savo.

—Entonces, ¿qué estás haciendo en Roma? —preguntó Sophie —. ¿Trabajo?

—En parte.

Sabía que estaba siendo esquivo. Naturalmente, Sophie no tenía ni idea de que estaba pensando comprar el hotel y no quería que lo supiera porque eso abriría un abismo entre ellos. Por eso, para no hablar de su trabajo, le contó algo muy personal.

—Anoche me dieron calabazas.

—¿Qué? —ella sonrió—. No puedo imaginarme que alguien te dé calabazas.

—Ni mi vanidad tampoco —reconoció Bastiano antes de contarle un poco más—. Es inglesa y vive en un castillo.

—No está mal —comentó Sophie encogiéndose de hombros.

—Habría supuesto mucho trabajo.

Sophie frunció el ceño al no saber muy bien qué había querido decir.

—¿Cómo era tu prometido?

—Era mucho mayor que yo, tenía más de cuarenta años —contestó Sophie con una mueca.

—¿Por eso rompiste?

—La verdad es que no.

Se acordó de cuando le pareció que podía ver la vida que le esperaba y no le gustó lo que vio. Nunca lo había hablado con nadie y era muy posible que no debiera hablarlo en ese momento, pero esa mañana no tenía nada de normal. Nunca había conocido a nadie que le pareciera menos desconocido. Bastiano sabía más de ella que sus compañeras de piso y llevaba un año viviendo con ellas. Sabía más de ella que Gabi, quien había estado un poco esquiva

últimamente. También sabía más de ella que sus propios padres, quienes nunca le habían preguntado lo que le parecían las cosas.

—Luigi fue a cenar a casa de mis padres, como hacía muchas veces…

Bastiano no dijo nada, ni siquiera arqueó las cejas, pero, a los cuarenta años, ¿no debería llevarla por ahí?

Sophie lo miró. La verdad era un poco personal, pero él tenía una mirada paciente y, por fin, había encontrado una persona a la que podía contarle la verdad.

—Esa noche me sentí un poco mal y no comí gran cosa. Cuando mi madre recogió los platos y mi padre y mis hermanos nos dejaron solos, él me preguntó qué me pasaba. Yo le contesté que estaba tomando la píldora.

Ella se sonrojó un poco, pero mucho menos que cuando se lo dijo a su prometido. En realidad, a Bastiano no parecía impresionarle ese tema tan sensible. Al contrario que a Luigi.

Nadie le había contado nada, había tenido que averiguarlo todo por sí misma. Ni siquiera el médico del pueblo se había mostrado especialmente comprensivo. Al final, su amiga de la pastelería había sido quien le había contado que podía saltarse el periodo si quería.

—¿Cómo reaccionó? —le preguntó Bastiano.

—Se enfadó y me preguntó que por qué iba a tomar eso. Luego, me dijo que quería hijos desde el principio, y muchos.

Ella puso tal cara de espanto que Bastiano se rio. Volvió a sentir el trueno, pero esa vez contó los minutos porque la deliciosa tormenta se acercaba más con cada revelación y con cada palabra que se decían.

—Yo repliqué que necesitábamos mi sueldo de la pastelería y, entonces, mi madre entró de la cocina. No oyó la parte de la píldora, claro, solo me oyó decir que pospondría tener hijos para poder trabajar. Ella dijo que los cuidaría. No es que no quiera tener hijos…

Él la detuvo porque no tenía que dar más explicaciones.

—Sophie, hiciste bien en fugarte.

Bastiano era la primera persona a la que se lo contaba de verdad y su reacción hacía que se sintiera orgullosa por lo que había hecho, no avergonzada, como pretendía su familia.

—Gracias.

Sentían esa naturalidad y Bastiano, quien rara vez mantenía una conversación, le contó algo más sobre sí mismo.

—Traje a Lydia desde Inglaterra con Maurice, su padrastro, con la excusa de hablar de negocios. Íbamos a encontrarnos en el bar

para luego salir a cenar, pero ella llegó y dijo que iba a salir con unas amigas.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados porque no podía imaginarse que alguien rechazara salir a cenar con él, pero Bastiano lo interpretó como curiosidad.

—Creo que ella se había dado cuenta de que no se trataba solo de salir a cenar —él vio que ella se ponía roja como un tomate y le aclaró que no había buscado relaciones sexuales—. Yo, como tu prometido, estaba pensando que podía haber llegado el momento de sentar la cabeza.

Aunque el motivo principal había sido adelantarse a Raul. Tenía todo lo que se podía comprar con dinero, como Raul, pero ninguno de los dos tenía una familia. Había decidido que sería el primero. Había sido así de sencillo.

—¿Llevabais mucho tiempo saliendo? —preguntó Sophie.

—No habíamos salido nunca —Bastiano bostezó y sintió alivio al no tener que explicarle que el amor no era un requisito para casarse en su tierra—. Me pareció una buena idea en su momento, pero no tanto ahora —él se encogió de hombros—. Se fue como llegó. Si lo pienso bien, creo que me va mejor la vida de soltero.

—Bueno, con tu aspecto y… —ella miró alrededor— y con tu dinero, ¿por qué no ibas a divertirte?

—Me divierto.

Aunque, últimamente, él no lo llamaría diversión. Se dejó caer sobre la almohada y se hizo un silencio muy profundo cuando se miraron a los ojos. Bastiano se fijó en sus pestañas y se dio cuenta de que ella no llevaba maquillaje. Notó que ella desviaba la mirada hacia su boca y, por primera vez, no estuvo seguro de a dónde iban. Normalmente, cuando una mujer estaba en su cama, se sabía con toda certeza lo que iba a pasar.

Él quería pedirle que se acercara a él y ella lo sabía. La tormenta perfecta ya se había formado y sería muy fácil dejarse arrastrar, pero ella no era Inga, aunque era posible que él lo creyera.

Había un motivo para que las doncellas no aceptaran regalos. Sin embargo, Bastiano no parecía esperar nada. Ella no sintió ninguna presión cuando dejó los cubiertos, dio un sorbo de agua y se levantó. Le sonrió con cortesía y no le costó nada volver a ser una doncella. Dejó el plato otra vez en el carrito.

—Gracias. Estaba delicioso.

—Absolutamente de nada —replicó Bastiano—. Los dulces también lo estaban.

Ella se acercó para recoger el plato de él. Estaba sobre su muslo

y, aunque estaba tapado por la sábana, le pareció que era mejor que se lo diera él porque podía ver la hilera de pelos de su abdomen, aunque intentaba no mirar. Le temblaron un poco las manos y en ese momento dejó de ser una doncella. Sus dedos se encontraron un poco demasiado tiempo, pero ella no los retiró porque tenía la piel cálida y hasta ese contacto tan leve hacía que anhelara más.

—Tengo que marcharme —dijo ella mientras intentaba recuperar el dominio de sí misma.

—Claro.

Sin embargo, se quedó donde estaba y dejó el plato en la mesilla de noche. Estaba nerviosa por su propia curiosidad.

—Gracias —repitió ella.

Bastiano no podía interpretar lo que decía. Notaba su deseo y su reticencia, por eso dio un paso más. Levantó un dedo índice y se lo llevó a la mejilla que estaba más cerca de ella, la que no tenía cicatriz. A Sophie le pareció que no pasaba nada por darle un beso en la mejilla. Le daba un beso en la mejilla a su amiga Gabi cuando se despedían después de haber ido a comer juntas. Sin embargo, por mucho que intentara convencerse, sabía que esa situación no era ni la mitad de inocente que aquella.

Ni siquiera era una decisión consciente, era como si estuviera en una cinta transportadora porque se sentía arrastrada hacia él. Se inclinó y acercó la boca a donde tenía el dedo, a donde la sombra áspera de la barba incipiente dejaba paso a la piel suave. El contraste hizo que sintiera un escalofrío en la espalda. La calidez de su piel en los labios era cautivadora y tuvo que hacer un esfuerzo para no lamerla mientras no separaba los labios. Sophie notó que él contenía la respiración mientras la de ella se aceleraba. Separó los labios y fue a besarle la otra mejilla, pero él apartó la cabeza un poco porque no le gustaba que le tocaran la cicatriz. Prefería mucho más que su boca se encontrara con la de él y solía conseguir lo que quería, aunque esa vez no lo consiguió.

Ella interpretó mal el gesto y llevó la boca a la otra mejilla. Una vez sobre la cicatriz, sus labios se quedaron allí y la besó con delicadeza, como si no le importara la piel dañada.

Capítulo 3

HABÍA un espacio entre sus torsos, pero Sophie se sentía tan en sintonía con él que era como si sus cuerpos se tocaran. Sabía que había llegado el momento de marcharse o quedarse. Incluso en ese punto, podía quitarle importancia y despedirse… o podía encontrarse con esos labios y descubrir el placer. Le había aterrado besar a Luigi, por no decir nada de tener relaciones sexuales.

En ese momento, no sentía miedo.

A los veintitrés años, cuando se marchó de casa, la consideraron una deshonra para la familia por no comprometerse. Ya tenía veinticuatro años y no había deshonra posible. Era mejor que sus sueños y mucho mejor que la realidad de la que había escapado.

—Ven.

Él levantó la mano y le bajó la cabeza. Ella había evitado siempre ese contacto, pero, en ese momento, lo anhelaba. Su boca era suave y la sombra de su piel no le hizo cosquillas, era áspera y deliciosa, como el deseo que crecía dentro de ella. En vez de resistirse, separó los labios con avidez. Se paladearon el uno al otro y se encendieron el uno al otro, pero no solo con las bocas. Él estaba acariciándole un pecho por encima de la tela del vestido y le pasaba el pulgar por encima del pezón. Ella anhelaba la cama, la cama de él.

Se apartó y sabía que incluso en ese momento podría marcharse sin haberse dado nada más que un beso.

—Sabes a especias —comentó él.

—Y tú sabes dulce.

—Pero no lo soy —le avisó él.

—Estoy trabajando.

Se metería en un lío espantoso si alguien se enteraba.

—Terminaste hace una hora —le recordó él.

Entonces, Bastiano alargó un brazo y ella oyó el chasquido del botón que encendería la señal de «No molestar» por fuera.

—Llevo el uniforme…

—Perfecto.

Sophie sospechó que la consideraba experimentada. Quizá fuese el momento de decirle que no lo era, que, en realidad, lo que estaba ocurriendo esa mañana era algo que no le había pasado jamás. Sin

embargo, sabía que eso cambiaría las cosas y no cambiaría nada de ese hombre ni de esa mañana, aunque pudiera. Se preguntó si estaría otra vez en esa cinta transportadora porque se acercaba a él sin poder evitarlo y, cuando la dirigió para que se sentara sobre su abdomen, ella fue sin pensárselo dos veces.

Bastiano se miró los dedos mientras le desabotonaba el uniforme y dejaba al descubierto un sujetador tan desgastado que parecía que los pezones iban a atravesar la tela. Le tomó los pechos con las manos y quiso que ella terminara de quitarse el vestido, pero ella cerró los ojos por el placer que le daban sus caricias.

—Suéltate el pelo —le pidió él.

Quería que cayera la cortina de pelo cuando lo tomara con la boca. La empujó hacia atrás con delicadeza hasta que estuvo sentada en sus muslos y arrastró la sábana con ella. Vio su erección y, como era la primera vez, la tomó con la mano.

—Sophie.

Él no quería unos dedos curiosos aunque se endureciera más. Sin embargo, estaba como hipnotizado mientras miraba cómo lo acariciaba.

Solo tocarlo era irresistible. Su piel suave contrastaba con la fuerza de su mano y el deseo parecía desatarse dentro de él a medida que lo agarraba con más firmeza.

—Suéltate el pelo —repitió él.

A Sophie, sin embargo, le daban igual sus órdenes porque no era el único que estaba dominado por el deseo. Tenía las bragas húmedas y anhelaba sentirlo ahí dentro, quería levantarse y quitárselas, pero sentía como si sus piernas estuviesen clavadas a los muslos de él.

Le pasó un dedo por la punta hasta que dejó escapar una gota plateada y un gemido que hizo que ella se pusiera de rodillas. Él le levantó el vestido y le pasó toda la extensión de su miembro por su sexo. Sophie apoyó las manos en su pecho y se mordió el labio inferior por el placer. Si lo analizaba, solo podía llegar a la conclusión de que era un error. Sin embargo, se había perdido tantas cosas que ni siquiera sabían que existían que se sentía como una persona daltónica que veía por primera vez el arcoíris. El sexo le había dado miedo durante mucho tiempo y ese miedo había desaparecido por completo. Nunca había estado tan excitada, nunca, ni en sus sueños, había sentido un deseo como ese.

Empujó un poco más a pesar de la tela y ella sintió más anhelo todavía. Rebuscó dentro del cajón de la mesilla mientras ella seguía deleitándose y sacó un preservativo para cuando se hubiese quitado

las bragas.

—Pónmelo —le pidió él con la voz entrecortada mientras le acariciaba los pliegues rosas que pronto le rodearían el miembro—. Sophie, pónmelo —repitió él sin poder contener la impaciencia de estar dentro de ella.

—No sé cómo.

Él se quedó petrificado. Había perdido la conciencia hacía mucho tiempo, le parecía que estaba enterrada al lado de Maria, y nadie le importaba lo más mínimo, pero, cuando comprendió que iba a ser el primero para ella, la conciencia salió otra vez a la superficie. Sabía muy bien cómo eran las cosas, sobre todo, en los hoteles. Muchas veces, ni siquiera tenía que descolgar el teléfono para acostarse con alguien. Sophie no era su tipo habitual, una conversación inocente y un desayuno, Sophie era dulce de verdad.

—Entonces, ¿puede saberse qué haces aquí? —le preguntó él.

—Lo mismo que tú —contestó ella en tono desafiante.

—Creo que deberías marcharte —su conciencia, como un apuntador, le dijo las palabras que tenía que decir—. No voy a atarme a nadie, he vuelto a la vida sin pareja, Sophie.

—Eso ya me lo has dicho.

—Te has reservado para alguien y un revolcón de una noche en un hotel…

—Es por la mañana —le interrumpió Sophie.

Bastiano, sin embargo, la levantó del regazo y se tapó otra vez con la sábana.

—Vete.

Él lo dijo en un tono que no admitía discusión, pero ella se quedó allí.

—Largo.

Sophie se bajó de la cama y, humillada, se guardó las bragas en el bolsillo del uniforme mientras Bastiano miraba al techo por no mirarla a ella.

Ella pudo ver otra vez la vida que la esperaba. Lamentaba con toda su alma que la primera vez no fuese a ser con alguien tan hermoso y sensual como él. Tenía veinticuatro años y anhelaba conocer esas intimidades. Bastiano era la belleza masculina en persona, refinado y primitivo a la vez, con un fondo visceral como el de ella. Por eso había esperado, para encontrar a alguien como ella. Quizá, más adelante, acabaría cediendo a las exigencias silenciosas de sus padres y volvería a casa. Quizá algún día sentara la cabeza, se casaría, fingiría que era la primera vez y guardaría el secreto de que había sido él.

—Tienes razón —Sophie se abrochó unos botones del uniforme —. Me he reservado para el momento y la persona que yo eligiera.

—Puedes elegir algo mejor.

—Por favor…

Él dejó de mirar el techo y la miró a ella.

—El año pasado, por estas fechas, me dijeron que no podía elegir a nadie mejor que al hombre que habían decidido que me arrebataría la virginidad —siguió ella.

—Pero él habría sido tu marido.

—¿Crees que saber eso sirvió para algo? —preguntó ella.

—No —reconoció Bastiano.

Sintió una punzada de remordimiento porque había buscado una esposa florero. Miró a Sophie, quien seguía abotonándose el uniforme. Ella era fuerte e inteligente y sabía lo que quería.

—Da igual.

Ella empezaba a pensar en las consecuencias profesionales de esa humillación. Él era un huésped y ella quería volver a ser una doncella.

—Siento cualquier malentendido —añadió ella.

Bastiano no soportó sus disculpas porque no había habido ningún malentendido.

—Sophie…

Ella no le hizo caso y fue hasta la puerta del dormitorio. Esa vez, no iba a volver. Le ardían las mejillas y, cosa rara en ella, estaba a punto de echarse a llorar.

Bastiano intentó convencerse de que estaba haciéndole un favor a Sophie, pero era un favor que ninguno de los dos quería.

—Sophie.

Esa vez, se levantó de la cama. Jamás había ido detrás de nadie, pero volvió a llamarla justo cuando ella cruzaba la puerta. Sophie se paró y se dio la vuelta. Estaba completamente desnudo y ella empezó a respirar como si hubiese subido corriendo hasta su suite. Era alto, tan alto que sus ojos le quedaban entre las clavículas y los pezones color caoba.

—Te has olvidado de la chaqueta.

Ella no levantó la mirada ni la bajó. La distancia hasta la silla le parecía enorme.

—¿Podrías traérmela, por favor?

—¿Estás segura? —preguntó él levantándole la cara con un dedo en la barbilla.

—No entiendo la pregunta.

—Sí la entiendes —lo que había dicho no tenía nada que ver con

la chaqueta y los dos lo sabían. Aun así, se lo aclaró—. Sophie, me marcho mañana por la mañana. Podríamos salir a cenar esta noche…

Eso ya era una concesión. Normalmente, primero cenaban y luego se acostaban, no al revés. Sin embargo, ella negó con la cabeza, aunque estaba sujetándole la barbilla, y se sorprendió a sí misma al rechazar a ese hombre.

—Esta noche tengo que trabajar.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —volvió a preguntarle él.

Jamás en su vida había estado tan segura de algo, deseaba a ese hombre.

Los demás siempre habían tomado las decisiones por ella, desde los amigos que tenía hasta la ropa que se ponía. El día que cumplió trece años, dijo que le gustaría salir a comprarse algo de ropa porque había visto una falda y un top. Sin embargo, cuando llegó a casa del colegio, le dijeron que tenía una sorpresa en su cuarto. Vio un vestido nuevo y unas sandalias encima de la cama. Eran bonitos, pero eran más propios de una niña de diez años y no era lo que ella habría elegido. Ni ella misma pudo comprender plenamente la rabia y la decepción que sentía por dentro mientras les daba las gracias a sus sonrientes padres. También podía recordar muy bien cuando le dijeron que tenía que dejar el colegio porque su padre le había conseguido un trabajo en la pastelería. Ella había sonreído, había trabajado mucho y había estado orgullosa de llevar algo de dinero para aliviar un poco la presión sobre su familia, pero también se había sentido como si no estuviese viviendo su propia vida. La gota que rebosó el vaso fue que le dijeran que había llegado el momento de que se casara.

—Es veinte años mayor que yo —había dicho ella cuando le dijeron con quien tenía que casarse.

—Eso quiere decir que es firme y fiable —había replicado su madre.

El hombre al que estaba mirando en ese momento no era ninguna de esas dos cosas, pero Bastiano no solo le había preguntado si estaba segura de que eso era lo que quería, se había detenido para que ella lo confirmara. Que se lo preguntaran era algo muy intenso. Por una vez, iba a decidir ella. Tomó la decisión. Se acostaría con él.

—Muy segura.

Capítulo 4

BASTIANO cerró las contraventanas y las cortinas y encendió las luces de las mesillas. Sacó de la habitación el carrito del desayuno y cerró la puerta.

Ella había esperado un beso ardiente y retomarlo donde lo habían dejado, pero Bastiano había decidido que no iba a ser algo precipitado.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó él mientras se acercaba.

—No —contestó Sophie.

Había sido una respuesta inesperada, pero a Bastiano le parecía que todo había sido inesperado en esa mañana.

—¿Ni lo más mínimo?

Podía ver que le palpitaba el pulso en el cuello mientras empezaba a desabotonarle los botones más despacio que la otra vez.

—Me pongo nerviosa cuando llamo a mis padres —ella sonrió al ver la cara seria de él—. También me pongo nerviosa cuando voy a pagar la compra porque nunca sé si tendré bastante dinero…

Él sonrió y ella le dio un beso en la mejilla que fue subiendo hasta la oreja.

—No me siento así en este momento.

Él le bajó el vestido de los hombros y lo miró mientras caía al suelo. Entonces, se puso detrás de ella, que notó que le desabrochaba el sujetador. Ella ya se había quitado las bragas antes y eso era lo único que faltaba para que se quedaran desnudos. Notó la calidez de sus manos en los brazos mientras le bajaba lentamente los tirantes. Se sintió aturdida y cerró los ojos cuando le pasó un dedo por toda la espina dorsal. Entonces, le dio la vuelta y fue como si todos los poros suplicaran que la acariciara, era como si la abrasara mientras le recorría el cuerpo con la mirada.

—Me siento como si te conociera —le dijo ella.

No tenía sentido porque no se conocían, pero no se sentía nada cohibida.

—Nadie podría conocerme.

La llevó otra vez a la cama, pero fue distinto porque no le dio instrucciones. Ya sabía que ella no las seguiría.

—¿No vas a decirme que me suelte al pelo? —le preguntó Sophie mientras se subía a la cama.

—No —contestó Bastiano, que ya no quería una cortina entre ellos.

Aun así, no recibió el apasionado recibimiento de un beso. Se hundió en un colchón que era como una nube y entre unas sábanas y unas almohadas que conservaban algo de la calidez del cuerpo de él. Bastiano se tumbó a su lado, se apoyó en un codo y la miró.

—¿Te gusta? —le preguntó él mientras ella cerraba los ojos de felicidad.

—Me gusta mucho.

Le acarició un pecho con delicadeza y ella tuvo que tomar aire por la nariz. Acercó la cara a la de ella y le devolvió los besos que le había dado ella mientras la desvestía. Cada vez que sus bocas se encontraban, era como vislumbrar la calidez del verano y la felicidad de lo que anunciaba. El roce de sus dedos le endureció los pezones y él pudo ver el deseo que se adueñaba de ella. Dejó escapar un gemido cuando le tomó el pezón entre los dedos y recibió la recompensa de un beso.

Estaba tan concentrada en el placer que le daban sus labios que no se dio cuenta casi de que él había bajado la mano hasta introducirla entre sus muslos. A él le encantó que no los cerrara, que los separara lentamente.

Ella tenía el sabor de todo lo que era bueno, él, de todo lo que era ilícito. Bastiano bajó la boca por todo el cuello y la besó con delicadeza hasta que sus diestros labios profundizaron los besos.

Lo agarró del hombro y sintió la piel cálida de su boca en el pecho. Le pasó la punta de la lengua por el pezón y la aspereza de su barbilla le pareció tan sublime que le hundió los dedos en los hombros.

Él oyó sus leves gemidos y como quería oír más, introdujo los dedos dentro de ella. A Sophie le pareció que todos los nervios de su cuerpo echaban chispas y que brotaban del centro de su ser, como si fuera a doblarse por la mitad si él no paraba y como si fuese a morirse si paraba. Volvió a besarla en la boca con avidez mientras la provocaba y acariciaba entre las piernas. Se arqueó contra la mano de él y abrió la boca con la mandíbula en tensión mientras perdía el contacto con la tierra.

Bastiano quería besarla por todo el cuerpo y saborear lentamente cada centímetro de su piel, pero la notaba húmeda y ávida y se acercaba a ese punto donde no podía ser ni lento ni delicado.

Tomó el preservativo, como había hecho antes, pero se quedó parado al oírla.

—Todavía tomo la píldora.

Bastiano decidió que ya le soltaría el sermón más tarde. Él sabía que no corría peligro porque siempre utilizaba protección, no confiaba en nadie. Era la primera vez para los dos porque nunca había hecho el amor sin preservativo, ni una sola vez.

Sophie sintió cierto miedo cuando notó el peso de él encima de ella, pero dejó paso inmediatamente al anhelo.

—¿Nerviosa?

—No.

Él sí lo estaba. Se sorprendió cuando miró a sus ojos color ámbar porque estaba dispuesta y anhelante y a él le daba mucho miedo hacerle daño. Por algún motivo que no podía adivinar, tuvo un cuidado muy raro en él cuando entró un poco. Si bien se encontró con algo de resistencia, una calidez acogedora lo recibió con los brazos abiertos. No, no le robó la inocencia, ella se la entregó muy contenta mientras le dominaba una sensación de dolor mezclado con felicidad.

Él se apoyó en los codos y la besó en los labios mientras intentaba dominar su propio anhelo.

Sophie cerró los ojos con fuerza porque le dolía cada movimiento de Bastiano, por muy lento que fuera, y le puso una mano en el pecho como si le pidiera que se lo tomara con calma. Sin embargo, el dolor se convertía en deseo cuando él se retiraba y arqueaba las caderas para que volviera a llenarla.

—Despacio —susurró ella.

Lo miró y vio la tensión de su rostro mientras hacía todo lo que podía para atender la petición de ella. Notaba el esfuerzo que hacía para mantener el ritmo pausado que ella le pedía. Entonces, cuando el dolor desapareció, cuando cada caricia la trastornaba y un deseo incontenible le desbordaba las entrañas, quitó las manos de su pecho dispuesta a seguir su necesidad vehemente de poseerla.

Aceleró el ritmo y la miró a los ojos. Ella bajó las manos a su trasero mientras Bastiano marcaba el ritmo. Le tomó una pierna, la pasó alrededor de él y se colocó con una paciencia que el cuerpo de ella no podía igualar.

—Bastiano…

De repente, estaba desenfrenada y la cabeza se le hundió entre unas almohadas inmensas hasta que Bastiano las apartó, rescató su cabeza con una mano y abrazó su cuerpo en tensión con la otra. Entonces, cuando ella se acercó al clímax, él dejó de contenerse y le dio una idea de lo que era él desatado, pero aquello bastó para que diera rienda suelta a la energía que se le acumulaba y se estremeció

cuando las oleadas del orgasmo se adueñaron de ella. Cuando ella estaba a punto de gritar, él se arrodilló y acometió más profundamente agarrándola de la espalda con su musculoso brazo y elevándole el cuerpo. La tomó sin contemplaciones, pero ella estaba completamente abierta para él. No sabía cuándo acababa, pero sí sabía que volvió a alcanzar el clímax con las últimas acometidas. Él miraba el punto donde estaban unidos, donde él derramaba su simiente dentro de ella entre las palpitaciones de su rincón más íntimo.

Mientras se retiraba, ella supo que Bastiano le había dado todo lo que podía haber soñado para la primera vez. Había tenido cuidado y le había dado placer, le había abierto la mente y le había enseñado cómo era su propio cuerpo. Entonces, en esos instantes fugaces, se sintió robada. No le había robado la virginidad, que había entregado más que deseosamente, le faltaba tiempo. En ese momento, ya había muchas más cosas que ansiaba saber de Bastiano.

Capítulo 5

SOPHIE se despertó a media tarde entre los brazos de Bastiano. Había comprobado que era feliz allí. Se quedó analizando las necesidades y los deseos y se dio cuenta de que estaba satisfecha.

Bueno, necesitaba el cuarto de baño, pero, aparte de eso, no quería ni una sola cosa más. No quería levantarse porque no quería despertarlo y porque no quería que la realidad la alcanzara todavía. Decidió que ese día iba a ser su día y que pensaba hacer que durara.

Se soltó de sus brazos, recogió el uniforme y la ropa interior y fue al cuarto de baño. Era lujoso, era como un baño romano con paredes de piedra y una bañera profunda de alabastro en el centro. Las ventanas estaban dispuestas de tal manera que los huéspedes podían disfrutar de la belleza de Roma mientras su intimidad estaba asegurada. Sin embargo, ella no estaba allí para eso, no le gustaba pasar el día indolentemente en una bañera de alabastro. Abrió el grifo y, con una sonrisa maliciosa, tiró la ropa en el lavabo. No solo para cerciorarse de que el uniforme estaría limpio esa noche, sino para cerciorarse de que no podría marcharse hasta dentro de un buen rato. Entonces, volvió a mirar la bañera, que parecía tentarla. En su piso solo había una pequeña ducha y, normalmente, una compañera de piso que esperaba su turno. Sabía que no volvería a tener una oportunidad como esa.

Colgó la ropa de los calentadores de toallas y, en vez de limpiar la bañera, como había hecho muchas veces, la llenó y echó todo lo que encontró; aceites, sales, espumas… Esos frasquitos preciosos que reponía todos los días fueron a parar al agua humeante antes de que se metiera ella misma. Decidió que eso era darse un auténtico lujo. Allí tumbada y con el cuerpo saciado por el de él, supo que no volvería a ver esas vistas ni a vivir ese día maravilloso. Así había hecho él que se sintiera, maravillosa. No tenía remordimientos por lo que había hecho esa mañana, aunque era posible que llegara a tenerlos. Si hubiese hecho lo que tenía que hacer según el criterio de su familia, la primera vez habría sido hacía un año y habría sido algo digno de olvidar en vez de recordar. En ese momento sabía que así era como debería sentirse.

Cerró los ojos para imaginarse mejor a Bastiano y así fue como la encontró él cuando entró, con burbujas hasta el cuello y medio

adormilada.

—¿Por qué está tu ropa colgada por todos lados? —preguntó él —. Parece un campamento de gitanos.

Ella abrió los ojos y sonrió al verlo impresionante y desnudo, y con el ceño fruncido mientras miraba el uniforme y la ropa interior mojados.

—Si quieres saberlo, he lavado la ropa porque sé que eres un caballero y que no me expulsarías con la ropa mojada.

—Admiro tu ingenio, pero no soy un caballero y, si quisiera que te fueras, te irías con la ropa mojada o seca.

—No.

Ella no lo creía porque, para ella, era perfecto. Le tendió una mano para que se metiera en la bañera con ella, pero vaciló porque, normalmente, no se molestaba con esas intimidades cariñosas. Se metió en el extremo opuesto, de espaldas a las vistas, pero se dijo a sí mismo que esa agua olorosa y espumosa era una tentación irresistible. Sophie apoyó los pies en su pecho.

Él pensó que, si se metía en una bañera con una mujer no era para quedarse adormilado, pero eso fue exactamente lo que hizo, al menos, durante un rato. Hasta que ella subió y bajó los talones por su pecho. Él no hizo caso.

—¿Qué? —preguntó él cuando ella volvió a hacer lo mismo.

—Masajéamelos.

Él estaba demasiado relajado como para negarse y empezó a pasarle los pulgares por las plantas de los pies entre los gemidos de placer de ella.

—Tu inglesa pija no sabe lo que se pierde —comentó Sophie.

Bastiano se dio cuenta de que ella lo consideraba la persona más atenta del mundo y decidió no desengañarla.

—¿Estás dolorida? —le preguntó él no refiriéndose a los pies.

—Un poco —reconoció Sophie mirándole a los ojos con una mueca provocativa—. Aunque no tan dolorida como para no repetirlo otra vez.

Efectivamente, Lydia no sabía lo que estaba perdiéndose porque Bastiano empezó a masajearle las pantorrillas como si supiera cuánto le dolían y consiguió que se sintiera como si fuese el único sitio donde quería estar.

—Para tener unas piernas tan delgadas, las tienes muy musculosas —comentó él.

—Porque me paso todo el día de pie y subiendo escaleras.

Aunque no era lo que estaba haciendo ese día… Sabía y aceptaba que solo tenían ese día, pero había cosas que le gustaría

saber para cuando, más adelante, pensara en esos momentos maravillosos y en ese hombre misterioso. Además, era tan curiosa que lo preguntó.

—¿Qué te pasó en la mejilla?

Era insólito que estuviese tan relajado con alguien como para contestar.

—Me peleé.

—¿Cuántos años tenías?

—Diecisiete.

—¿Fue una pelea con tu tío?

Él le había contado que su tío lo había echado de casa cuando tenía esa edad.

—No.

—Entonces, ¡te pasaron muchas cosas a los diecisiete años!

—Supongo.

—¿Con quién te peleaste?

Ella pasó por alto la mirada de él para que dejara ese tema porque estaba demasiado absorta por la sensación sensual de sus manos, aunque dejaron de masajearle las pantorrillas cuando contestó.

—Con un hombre al que todavía odio.

Sophie no hizo caso del cambio de tono, no le impresionó lo más mínimo, y esperó a que él siguiera, pero Bastiano no dijo nada más.

Él siempre evitaba esa clase de conversación, pero había abierto una rendija y sintió curiosidad por ella.

—¿Qué hacías tú a los diecisiete años? —le preguntó él.

—Ya te lo he dicho. Trabajaba en la pastelería… —entonces, se acordó de esa época y dejo escapar una risita—. Estaba enamorada, o, al menos, creía que lo estaba.

—¿De quién?

—De un hombre que pasaba por allí cuando iba al trabajo.

—¿Pasaba por allí para verte? Yo habría pasado mañana, tarde y noche.

—Pues te habrías puesto tan gordo como el pastelero.

—Habría hecho ejercicio.

La agarró de las piernas y se las acercó hasta que estuvieron sentados con las piernas de ella alrededor de él. Juntos, habían creado una realidad alternativa en la que había sido Bastiano quien había pasado por allí todas las mañanas. Ella, entre besos provocativos, le contó cómo había sido todo.

—No fue así. Él estaba casado. Yo me obnubilé y él lo pasó por alto con mucha delicadeza.

Bastiano se preguntó cómo reaccionaría ella si le contara sus pecados, aunque no tenía ninguna intención de contárselos.

Ella se tumbó y cerró los ojos como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo, y no la tenía.

—Normalmente tengo que limpiar este baño —ella suspiró—. Una vez, tuve que traer un cubo de hielo con champán. Eso no es nada del otro mundo, pero esa vez la pareja estaba en la bañera.

—No era yo… —comentó Bastiano con ironía.

—Claro que no, tú eres demasiado educado.

Él estuvo a punto de corregirla y de decirle que le daba igual que las doncellas se ruborizaran… y que tampoco solía darse baños románticos. Sin embargo, allí estaba.

—¿Qué más has visto? —preguntó él.

—Muchas cosas —Sophie sonrió con los ojos cerrados—. Se celebran muchas bodas y es lo que más me gusta. Siempre hay algo maravilloso en marcha. No suelo llevar los desayunos, pero sí lo hago algunas mañanas y hay parejas que beben champán a las siete de la mañana… —no lo había entendido al principio, pero, en ese momento, sonrió por lo romántico que era—. He visto muchos aspectos distintos de la vida al trabajar aquí. No he probado el champán, y menos de desayuno, claro.

—¿Quieres que pida una botella?

—No —contestó ella sin abrir los ojos.

Entonces, como hizo cuando se despertó entre los brazos de él, analizó sus deseos. No tenía necesidades, porque estaban más que satisfechas, pero sí quería algo.

—Creía que no tenía hambre —siguió ella.

—¿Y la tienes?

—La verdad es que no —reconoció Sophie aunque estaba dispuesta a aprovecharse de la buena vida mientras pudiera—, pero no me importaría tomarme un helado con un expreso…

Él gruñó cuando otro de los placeres sencillos de la vida se había convertido en una necesidad y tomó el teléfono que había junto a la bañera. Hizo el pedido y les dijo que, por esa vez, podían pasar por alto el cartel de «No molestar» y dejar la bandeja en la entrada de la suite.

Diez minutos más tarde, Sophie tuvo que taparse la boca con la mano para no reírse cuando Inga entró con el pedido.

Bastiano llevaba un albornoz y no había cerrado la puerta, por lo que pudo oír toda la conversación.

—¿Puedo hacer algo más por usted, señor Conti?

Sophie supo que la pregunta de Inga no iba desencaminada

porque la suite estaba patas arriba y necesitaba un repaso completo.

—Nada más —contestó Bastiano.

Él volvió al cuarto de baño y ella arrugó la nariz.

—No puedo soportarla —reconoció Sophie.

—¿Por qué?

—Porque…

Sophie se encogió de hombros porque, al fin y al cabo, ¿no estaba haciendo lo mismo que Inga?

No, se contestó a sí misma. Eso no tenía nada que ver con el dinero o los bolsos exclusivos. Era una promesa que se había hecho a sí misma hacía mucho tiempo, que la primera vez sería porque ella quería y estaba dispuesta, una promesa que había cumplido. Sin embargo, se dio cuenta de que él había vuelto al cuarto de baño con las manos vacías y se olvidó de Inga y de lo que estaba pensando.

—¿Dónde está el helado?

Él no contestó. Se acercó, la tomó en brazos y la llevó a la cama. Ella se rio y protestó, pero él se limitó a sonreír mientras la dejaba en la cama apoyada en las almohadas.

—Toma.

Vertió un poco de café sobre el helado y se lo entregó a ella. Sophie lo probó y dejó escapar un gemido de placer. Estaba deliciosamente frío después del baño caliente y el sabor, dulce y amargo, era perfecto. Miró a Bastiano mientras se quitaba el albornoz y tomaba su plato, aunque no le añadió café.

—¿Dónde está tu café? —le preguntó ella.

—Creo que no iba a gustarte.

Bastiano tomó una cucharada muy grande de helado y se lo metió en la boca hasta que tuvo los labios y la lengua casi amoratados por el frío.

—¿Qué haces? —le preguntó ella mientras se arrodillaba en la cama y le separaba las piernas.

—Besarlo mejor.

Efectivamente, era la felicidad.

Era un día en la cama al margen del mundo. Un día haciendo el amor, dormitando, riéndose y charlando. Ella no quería que acabara nunca, aunque, naturalmente, sabía que tenía que acabar.

Se despertó entre los brazos de Bastiano y no quiso mirar el reloj de la mesilla. Las contraventanas y las cortinas impedían que entrara la más mínima luz, pero se notaba cierta quietud y supo que era de noche.

Efectivamente, levantó la cabeza del pecho de Bastiano, vio la hora y supo que su turno empezaría dentro de una hora… y que todo terminaría.

Se soltó de sus brazos y volvió al impresionante cuarto de baño. Esa vez, se dio una ducha, se arregló el pelo y se puso la ropa seca. Volvió al dormitorio y allí estaba Bastiano, dormido.

Jamás se arrepentiría.

Había oído a sus amigas hablar de la primera vez y a algunas les había parecido espantoso, mientras que a otras solo les había parecido bien. Para ella había sido perfecto, él había sido muy atento con ella, dentro y fuera de la cama. La habían mimado y adorado por primera vez en su vida, pero sabía que el mundo que habían creado ese día no estaba pensado para durar.

Le habría encantado despertarlo, pero no sabía cómo despedirse sin llorar y eso no era parte del trato que habían hecho. En vez de despertarlo, en vez de farfullar una despedida que no quería, fue al escritorio de la sala, tomo un trozo de papel y le escribió una nota.

Mai ti dimentichero' mai.

No te olvidaré nunca.

Le daba igual si era demasiado romántico para Bastiano. No lo olvidaría jamás. Salió de la suite y aunque estaba triste mientras se dirigía hacia el ascensor y lo esperaba, no tenía ningún remordimiento. Su madre, si se enterara, no se lo perdonaría jamás y Benita, la gobernanta, tampoco.

Era posible que a otros les pareciera mal, pero a ella le parecía bien y se guardó el recuerdo muy dentro del pecho. Había sido el mejor día de su vida sin ninguna duda y, si hubiese sido posible flotar en un ascensor, eso era lo que habría hecho mientras bajaba al vestíbulo.

Incluso tardó otros diez minutos en empezar a trabajar, pero sabía que su amiga Gabi estaba preparando una boda que iba a celebrarse al día siguiente. No se lo contaría ni a Gabi, había algunas cosas tan maravillosas que no podían compartirse. Sin embargo, no pudo encontrar a su amiga, asomó la cabeza al salón de baile, pero vio que ella no estaba allí. En realidad, no había ni rastro de su amiga. Se sintió como si Gabi estuviese esquivándola porque, normalmente, se contaban sus vidas, pero Gabi siempre había estado demasiado ocupada o cansada durante los dos últimos meses.

Cruzó el vestíbulo y fue a la recepción, donde estaba Anya de servicio.

—¿Has visto a Gabi?

—¡Gabi! —Anya puso los ojos en blanco—. ¡Claro que la he visto! He tenido que llamar a una ambulancia hace un rato porque se ha puesto de parto.

—¿Qué dices? —preguntó Sophie, quien no podía asimilar lo que había oído—. Gabi no está embarazada…

Sin embargo, mientras lo decía, Sophie empezó a entender que Gabi la hubiese eludido durante los últimos meses.

—Estaba de más de seis meses —replicó Anya—. Yo tampoco tenía ni idea hasta que rompió aguas. Creo que dará a luz esta noche.

—¿Está acompañada? —preguntó Sophie aunque sabía que no podía hacer nada.

—Creo que iba a llamar a su madre cuando llegara al hospital.

Sophie fue a la reunión preparatoria de la tarde pensando en otra cosa. Le dirían dónde iba a trabajar esa noche, pero la verdad era que no le importaba gran cosa. Ella solo quería saber qué le pasaba a su amiga.

—¿Estás escuchando, Sophie? —le preguntó Benita.

—Claro.

Sophie hizo un esfuerzo para simular que estaba prestando atención.

—¿Podrías ayudar a preparar el salón de baile para la boda de mañana? Todo va muy retrasado.

Sophie asintió con la cabeza y anotó las instrucciones en su cuaderno de notas mientras Benita seguía hablando con el resto de las empleadas.

—El sultán Alim ha tenido que volver inesperadamente a su país, y eso hace que las cosas sean un poco más fáciles esta noche tan atareada. Laura, tú y yo haremos su planta cuando tengamos un momento para respirar. En este momento, tenemos al señor Conti en la suite presidencial B…

Sophie notó que le ardían las mejillas y que el corazón se le echaba a volar solo de oír su nombre.

—Es un huésped muy importante para el Grande Lucia —siguió Benita—. Hoy no ha querido que le hagamos la habitación, pero, si cambia de opinión, ¿podríais ocuparos inmediatamente, Inga y Laura? —Benita lo preguntó en un tono punzante y, algunas veces, Sophie estaba casi segura de que sabía lo que hacía Inga—. Por favor, tened en cuenta que el señor Conti es un candidato a ser el dueño de este hotel y que tiene muchas posibilidades de serlo. Podría ser vuestro jefe en el futuro de modo que, por favor, comportaos como es debido. Recordad que está aquí para observar

al personal y para reunir toda la información que pueda sobre la gestión del hotel.

Sophie se sintió como si el suelo se hubiese abierto debajo de sus pies. La reunión siguió, pero ella no oyó ni una palabra. Quería gritar y pedirle a Benita que le explicara más cosas sobre Bastiano. Atenazada por el espanto, no pudo entender lo que acababan de decir, pero Benita estaba recogiendo las cosas y sonrió a su equipo.

—Entonces, a trabajar.

Sophie, llorosa y temblorosa, hizo todo lo que pudo para trabajar esa noche. Bernadetta, la jefa de Gabi, había tenido que ir para llevar a cabo todo el trabajo que había que hacer. Era una mujer venenosa, en el mejor de los casos, y esa noche hizo que la frágil Sophie trabajara como una mula. Tuvo que atar las cintas una y otra vez, tuvo que acarrear las sillas y le gritó para que se concentrara cuando tuvo que poner por enésima vez las tarjetas según la distribución de los sitios en la mesa. Por fin, ¡por fin!, Benita asomó la cabeza hacia las dos de la madrugada y le dijo que era la hora de que se tomara un descanso.

—¿Qué tal? —le preguntó Ronaldo, el portero, cuando salió por la puerta de la cocina.

Él también se había tomado un descanso y estaba fumando un cigarrillo.

—Me alegraré cuando llegue la mañana —reconoció Sophie—. Es espantoso trabajar con Bernadetta y se habla tanto de la venta del hotel…

—Es verdad. Esperemos que se lo quede Di Savo. Ya tiene un hotel aquí, en Roma.

—¿Qué te parece el otro? —indagó Sophie.

—¿Conti? —Ronaldo arqueó las cejas—. Le gusta el riesgo y es impredecible.

—¿En qué sentido?

—En todos los sentidos. Di Savo y él son enemigos declarados. Se advirtió al servicio de seguridad para que estuviesen especialmente atentos porque los dos estaban alojados en el hotel a la vez.

—¿De verdad?

—De verdad. Sobre todo, porque anoche Di Savo estaba con la invitada de Conti —Ronaldo arqueó elocuentemente una ceja—. Esperemos que Di Savo gane la puja, como ha ganado a la chica. Que yo sepa, Bastiano Conti es un malnacido sin corazón.

—¿Y qué sabes?

—Soy el portero —contestó Ronaldo—. Se aloja aquí con

frecuencia y es amigo del sultán. Puedes creerme cuando te digo que veo todo lo que pasa. No dejaría a mi hermana a un kilómetro de él.

—¿Son amigos?

Sophie lo preguntó al acordarse de las preguntas de Bastiano, quien había fingido sorpresa cuando ella había dicho que Alim era sultán.

—Buenos amigos —Ronaldo asintió con la cabeza—. Aunque yo creía que el sultán tenía mejor gusto.

Ya era bastante atroz que se hubiese acostado con el que podía ser el nuevo jefe, pero era un humillación absoluta que la hubiese embaucado de esa manera. Bastiano había conseguido que se sincerara y hablara con él como si fuesen amantes… y eso era lo que ella había creído que eran. Para ella, lo que había pasado había sido maravilloso, pero, en ese momento, estaba desvirtuado. Había creído que él le hacía todas esas preguntas para saber algo de ella, pero había estado jugando con ella desde el principio. Afortunadamente, no le había dicho lo que creía que hacía Inga. No le caía bien, pero tampoco quería causarle problemas, era un delito que podía pasarse por alto… y que ella misma había cometido.

Lo mirara como lo mirara, estaba metida en un lío. Su empleo era el mayor logro de su vida y del que estaba más orgullosa. Le encantaba ir a trabajar todos los días, le encantaban sus compañeros y los amigos que había hecho. Sin embargo, podían arrebatárselos en cualquier momento.

Por la mañana, el salón de baile estaba preparado para la boda inminente, pero ella seguía igual de alterada. Cuando Benita preguntó si alguien podía subir a echar una mano con los desayunos, ella no se ofreció. Sencillamente, no sabía cómo mirarlo a la cara.

Bastiano, en cambio, estaba más que dispuesto a mirar a la cara a Sophie. Se había despertado a media noche después de haber dormido como hacía mucho tiempo que no dormía. Había tardado un rato en caer en la cuenta de que ella se había marchado. Incluso, había ido al cuarto de baño con la esperanza de encontrarla sumergida hasta el cuello entre burbujas, como la había encontrado hacía unas horas. Se acordó de lo que había dicho Sophie sobre que le gustaba el orden y llamó para que mandaran a alguien a que le hiciera el cuarto. Para su decepción, apareció Inga, la mujer que le había llevado el helado, acompañada por otra doncella.

—Estaba trabajando esta tarde —comentó Bastiano.

—Tengo un turno partido —le explicó Inga con una sonrisa.

Bastiano rellenó el pedido del desayuno. *Shakshuka* para Sophie y dulces sicilianos para él, aunque esa vez pidió frutas de verano y una botella de champán con el zumo.

Por fin llegó la mañana y llamaron a la puerta. Oyó que entraba el carrito y que volvían a llamar con suavidad en la puerta del dormitorio.

—Adelante.

Llevaba bastante tiempo en ese sector como para saber que Sophie no podía pedir que le asignaran un trabajo concreto, pero sintió cierta decepción cuando comprobó que no era ella.

Abrieron las cortinas y las contraventanas, pero él cerró los ojos intencionadamente.

—¿Puedo servirle el desayuno? —preguntó Inga aunque el protocolo decía que debería marcharse en vez de hablar.

—No.

—¿Puedo hacer algo más por usted, señor Conti?

Él abrió los ojos de una forma imperceptible para la mayoría. Sabía que a Inga le encantaría meterse en la cama con el jefe.

—Puede marcharse.

Él lo dijo en un tono cortante y la despidió con un giro de la muñeca. Inga se marchó, pero los minutos pasaron muy despacio cuando Sophie no apareció. Dieron las siete y Sophie no había llegado. Él sabía muy bien la mala impresión que daría si llamaba al mostrador de recepción y preguntaba por ella. Solo podía esperar.

Entonces, cuando la mañana ya estaba alargándose, se levantó y se sirvió café, pero estaba demasiado frío. Abrió el periódico y, de repente, el día empeoró más todavía. Vio la imagen de Raul di Savo, su enemigo encarnizado, sentado en un café que había enfrente del hotel y tomando la mano de Lydia Hayward. Entonces, después de todo, no había salido con unas amigas… Raul y él tenían unas reputaciones llamativas y los dos sabían cómo actuaba el otro. Supuso que Raul debía de haberse enterado de que Lydia era su invitada. Las hostilidades se habían multiplicado por diez, hizo una bola con el periódico y lo tiró al suelo.

Sonó el teléfono. Era Maurice, quien farfulló unas disculpas porque Lydia seguía ocupada y le preguntó cuándo podían reunirse para hablar del castillo. En ese momento, él no tenía ningún interés en ese viejo castillo destartalado.

—No vamos a reunirnos, Maurice. Además, cuando veas a tu hijastra, dile que el único interés que tiene Raul di Savo en ella es

vengarse de mí. No hay otro.

Estaba seguro de que Maurice transmitiría el mensaje y esperaba que, como mínimo, causara una buena pelea entre Raul y Lydia.

Luego, llamó a recepción y pidió que le hicieran el equipaje y le prepararan el transporte al aeropuerto. Se olvidaría de Roma, se olvidaría de los baños con burbujas y de los dulces sicilianos, pero, sobre todo, se olvidaría de Sophie.

Volvería a ser un malnacido.

Capítulo 6

SENCILLAMENTE, no había sabido cómo enfrentarse a Bastiano. Estaba asustada por su empleo, pero también se sentía humillada y enfadada. Estaba segura de que él había estado riéndose de ella. Por eso, después de una noche atroz de trabajo, se fue a casa en vez de subir a su suite. Una vez allí, llamó al hospital para interesarse por Gabi, pero no le dieron mucha información.

—¿Puedo visitarla?

Le dijeron las horas de visita y decidió que visitaría Gabi esa tarde, antes de que empezara su turno. Le daba náuseas la idea de ir al trabajo y estaba segura de que iba a tener problemas.

Aunque era posible que él no comprara el hotel, se dijo a sí misma para intentar dormirse. Sin embargo, eso no iba a cambiar mucho las cosas. Ya sabía que Bastiano era amigo personal del sultán Alim y Alim era muy amable, pero también tenía una fama implacable con las mujeres. Pudo imaginarse a Bastiano dándole las gracias por la agradable sorpresa que le había mandado a la suite.

Sin embargo, a pesar de las preocupaciones, seguía sin arrepentirse de nada. Sabía que ese día podría haber sido el primer aniversario de su boda.

Esa tarde, mientras entraba a la maternidad para ver a su amiga, supo que podía haber sido ella quien acababa de dar a luz y quien estaba pálida en la cama con Luigi a su lado.

No.

Era posible que tuviera que pagar las consecuencias, pero su primera vez sería siempre como había querido que fuese, aunque perdiera el empleo.

—Sophie…

Gabi empezó a llorar en cuanto Sophie entró en la habitación. Había comprado un ramo de flores para ella y un oso de color limón para el bebé, quien no estaba por ninguna parte.

—Venga… —Sophie abrazó a su amiga sin saber qué decirle—. ¿Qué tal está el bebé? Las enfermeras no me han dicho nada.

—He tenido una niña —contestó Gabi—. Se llama Lucia.

—¿Qué tal está?

—Es prematura, pero dicen que está muy bien para su tamaño.

—Le he traído esto.

Sophie le dio el osito y Gabi sonrió al ver el primer juguete de su hija.

—No puedo creérmelo —comentó Gabi.

—¡Nadie puede creérselo! —exclamó Sophie con los ojos muy abiertos—. Todos estamos atónitos. ¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada?

—Me parecía mal decírselo a todo el mundo cuando no se lo había dicho al padre —reconoció Gabi.

Sophie esperó, pero Gabi sacudió la cabeza. Evidentemente, todavía no estaba dispuesta a revelar quién era el padre. Aunque eso no impidió que Sophie intentara sacárselo.

—¿Ronaldo? —le preguntó Sophie porque los veía muchas veces charlando.

—Por favor… —Gabi empezó a reírse entre lágrimas—. ¿Ronaldo?

—Es guapo —Sophie se encogió de hombros—, y sois amigos…

—Hablo con Ronaldo porque se sabe todos los cotilleos.

Sophie esperó que no supiera todos de verdad.

Se quedó un rato y prometió que volvería a visitarla, pero tuvo que marcharse a trabajar. Estaba aterrada por lo que la esperaba, pero, por otro lado, esperaba volver a ver a Bastiano.

Benita la recibió con una sonrisa cuando, congestionada, llegó a la reunión preparatoria.

—La boda está en pleno auge —comentó Benita antes de exponer los planes para esa noche—. El señor Conti ha dejado el hotel esta mañana.

Nadie vio que a Sophie se le cayó el alma a los pies. Se levantó sin apartar la mirada del lápiz que tenía apoyado en el cuaderno de notas, pero tenía lágrimas en los ojos mientras Benita seguía hablando.

—Las doncellas han estado muy ocupadas todo el día y no han podido hacer la suite presidencial. Sophie, vete empezando, por favor, y yo iré a ayudarte en cuanto pueda. Luego, puedes ir a ayudar a recoger cuando se hayan marchado los invitados a la boda.

Había tanto trabajo que Benita le dijo que no se quedara para el resto de la reunión. Entonces, con el corazón en un puño, subió en el mismo ascensor en el que había bajado flotando a la tierra. Cada suite presidencial tenía su propia despensa y su propio cuarto con material de limpieza, por eso no había que tomar un carrito. Entró directamente y vio que estaba mucho más ordenada que cuando ella la dejó. Cruzó la sala y fue al dormitorio principal. Vio un desayuno intacto en un carrito plateado. Levantó las tapas y vio los dulces y

la *shakshuka*, pero también había frutas de verano. Sin embargo, lo que la hizo llorar fue que había una botella de champán cerrada en un cubo con agua y sabía que la había pedido para ella. Era lo más romántico que le había pasado. Mejor dicho, que no le había pasado.

Pensó que quizá se hubiese precipitado. Todavía podía captar el olor de él y se acordó de ellos dos. Como estaba segura de que iban a despedirla en cualquier caso, se tumbó en la cama donde había dormido él y le pidió al corazón que se serenara. ¡Por favor, que no perdiera su empleo!, imploró. Para eso, tenía que hacer su trabajo porque Benita podía aparecer en cualquier momento.

Se levantó de la cama, sacó el carrito del desayuno y recogió algunas cosas. Había un periódico arrugado y tirado en el suelo. Cuando lo alisó, vio una foto de Raul di Savo con una rubia de piel muy blanca en el café que había enfrente del hotel. Estuvo segura de que era Lydia. Por eso se había marchado Bastiano tan pronto. No se había marchado por ella, que solo era una marioneta. Solo había sido una diversión y nada más.

Fregó la bañera donde habían estado sonriendo y charlando. Le dolió acordarse de cuando él se metió en la bañera y de que más tarde la llevó en brazos hasta la cama que iba a hacer de nuevo en ese momento.

Se tardaba siglos en hacer la suite presidencial. Benita le había dicho que iría a ayudarla, pero también estaba muy ocupada, como ella, que tenía que cerciorarse de que quedara perfecta… y eso le dolía.

Un buen rato después, Benita llegó con la lista de tareas y repasaron la suite. Todo tenía que estar brillante, los objetos, las frascas, las copas y los muebles. Todo se comprobaba y se tachaba de la lista, hasta el último detalle. Se necesitaban dos pares de ojos porque algo podía pasarse por alto involuntariamente. Esa noche se había comprobado hasta el detalle más nimio.

—Preparada para el próximo huésped —Benita sonrió—. Buen trabajo, Sophie, el señor Conti siempre deja un caos a su paso.

—¿De verdad?

—Le gustan las mujeres y sabe divertirse —Benita esbozó una sonrisa tensa—. Lo has hecho muy bien —Benita apagó las luces—. Nadie diría que alguien ha pasado por aquí.

Eso era lo que ella tenía que decirle a su corazón.

Capítulo 7

DE verdad, su cumpleaños solo era un día más. Se levantó tarde y tomó café con su compañera de piso Teresa, quien se marchó a su empleo de camarera. El mes anterior había sido el cumpleaños de Teresa y ella le había comprado una tarta cuando volvía a casa, pero no debería dolerle que Teresa no hubiese dicho nada sobre la fecha.

Les daba demasiada importancia a las cosas. Se puso un top y una falda y salió un poco antes de lo normal para el turno de tarde en el Grande Lucia. Abrió el buzón del portal de su edificio y contuvo la respiración mientras ojeaba el correo.

Nada.

Sus padres no la habían llamado esa mañana y tampoco había ni una postal. Su hermano mayor la había llamado la semana anterior y le había contado que Luigi seguía yendo a cenar todas las semanas, pero que le daba al vino.

—¿Crees que eso va a conseguir que quiera volver a casarme con él? —le había preguntado ella antes de cortar la llamada.

Ellos no lo entendían. Bastiano sí lo había entendido. Pensar en él podía hacer que se parara en la calle incluso después de tantos meses. El recuerdo de aquel día bastaba para que sonriera, era como un pequeño regalo que podía abrir en un día en el que se sentía olvidada e insignificante.

Todavía faltaba un rato para que empezara su turno y decidió ir a ver a Gabi y a la pequeña Lucia. Hacía tiempo que no hablaban. Gabi había vuelto a trabajar durante un par de semanas y luego se había marchado de viaje al extranjero para ayudar a organizar la boda del sultán Alim mientras su madre se ocupaba de Lucia. A ella, todo le parecía increíblemente glamuroso.

—¡Sophie! —Gabi abrió la puerta con una sonrisa cansada—. ¡Me alegro de verte!

Lucia estaba llorando y Sophie, encantada de la vida, la tomó en brazos mientras Gabi preparaba algo de comida.

—¿A qué hora empiezas el turno?

—A las dos —contestó Sophie—. ¿Qué tal el viaje por el extranjero?

—Fue… —Gabi se encogió de hombros—. Fue complicado dejar

a Lucia.

—Pero ¿qué tal?

Ella no había salido de Italia y mucho menos había viajado a Oriente Próximo, pero entonces se acordó de que Gabi había estado prendada de Alim y pensó que sus preguntas podían ser insensibles.

—¿Qué tal Alim?

—No lo vi.

—Entonces, ¿no sabes quién va a comprar el hotel?

Gabi negó con la cabeza.

—Todo el mundo está muy preocupado por su empleo —siguió Sophie con un suspiro.

—No debería pasar nada —Gabi intentó tranquilizarla—. Raul di Savo tiene muchos hoteles, uno de ellos aquí, en Roma. Estoy segura de que no habrá grandes cambios.

—¿Y qué pasará si se lo queda el otro?

—Entonces, que Dios se apiade de nosotros —Gabi suspiró—. Conti se hace con edificios antiguos, los vacía por dentro y los moderniza. El sultán Alim se ha pasado dos años restaurando el hotel y Conti lo arruinaría todo…

—Es posible que no lo haga —replicó Sophie.

Sin embargo, se acordó de que le habló de Lydia, del castillo en el que vivía y del trabajo que le habría dado. ¿Para él solo existían los negocios?

—Al parecer, convierte todo lo que compra en centros de rehabilitación muy caros —le explicó Gabi—. No creo que vaya a haber muchas bodas en el Grande Lucia si ocurre eso —se encogió de hombros con cierta tensión—. Aunque no creo que a mí vaya a importarme gran cosa. No sé si voy a poder seguir con este trabajo. Mi madre quiere que busque un empleo con un horario más normal.

—¿Sigue enfadada por el bebé?

—Sí, aunque ha empezado a aceptarlo. Al menos, hablamos. La verdad es que no podría trabajar sin su ayuda.

—¿Y qué pasa con el padre de Lucia?

—No estoy preparada para hablar de él —reconoció Gabi.

—Como quieras —Sophie miró el reloj—. Será mejor que me marche. Volveré pronto a veros.

—A ver si es verdad.

Su cumpleaños volvió a pasar inadvertido, pero, naturalmente, Sophie no se lo reprochó. Gabi ya tenía bastantes cosas en la cabeza.

Había una pila de uniformes limpios con su nombre. Estaban recién almidonados y le rascó cuando se puso uno. Se arregló el

pelo rápidamente.

En la reunión preparatoria le dijeron que el hotel estaba lleno. Había muchas entradas y salidas, había que hacer muchas habitaciones y no se podía perder el tiempo. Benita fue distribuyendo el trabajo.

—Sophie, irás a la planta doce.

Sophie asintió con la cabeza. La planta doce era donde estaban las habitaciones más baratas, las que no tenían buenas vistas y solo eran mucho trabajo.

—Por cierto, Sophie… —añadió Benita.

Sophie esperó que le dijera que, cuando hubiese acabado, tendría que ayudar a Inga, quien siempre parecía pisarle los talones. Sin embargo, recibió una noticia sorprendente.

—Tienes que recoger un paquete en recepción.

—¿Un paquete?

—Sí, es tu cumpleaños, ¿no?

Sophie asintió con la cabeza y el corazón se le desbocó. Se preguntó si quizá, solo quizá, sus padres le habrían mandado algo. Esperó mordiéndose las uñas a que acabara la reunión y fue directamente a la recepción, en vez de ir a la planta doce.

—¿Hay un paquete para mí? —le preguntó Sophie a Anya.

—Sí —contestó Anya—. Eres muy afortunada.

Sophie supo que el ramo de flores no era de sus padres en cuanto Anya salió del guardarropa, no era el tipo de regalos que ellos le harían. No era un ramo grande. Anya le entregó un ramo pequeño y envuelto en un papel de seda color crema, era un ramo que rezumaba una elegancia discreta. Las flores eran exquisitas, eran como un centenar de rosas diminutas de todos los tonos del color crema con bordes del verde más delicado. Parecía como si hubiesen pintado cada una con el pincel de un maestro y olían a verano.

—Es impresionante —Anya suspiró—. Todos han ido pasando por aquí para echar una ojeada.

Inga apareció como si quisiera confirmar lo que había dicho.

—Son bonitas —comentó sin más.

—Creo que Sophie tiene un admirador —bromeó Anya—. Venga, abre la tarjeta.

—¿De quién son? —preguntó Inga.

Sin embargo, cuando Sophie abrió la tarjeta, estaba en blanco.

—No lo sé —mintió ella.

¿O era verdad? El Bastiano Conti del que hablaba todo el mundo no mandaba flores y se olvidaba siempre. ¿Se había acordado? ¿Era

un regalo rebuscado de Gabi?

Le parecía más probable que ese regalo tan caro le llegara de una madre reciente, estresada y arruinada que de Bastiano, pero su corazón sabía que era de él y cada flor era como un beso en el alma.

—Hay que meterlas en agua —le aconsejó Anya—. Puedo hacerlo si quieres y puedes recogerlas antes de que te vayas a casa.

—Gracias.

Sin embargo, le costaba desprenderse de ellas. Eligió una y se la puso en el moño. La planta doce no había visto nunca a una doncella tan sonriente. Aunque las rosas no fuesen de Bastiano, le gustaba saber que alguien se había acordado. Además, tenía el pálpito de que ese alguien era él.

—Benita está buscándote —le dijo Laura—. Quiere verte inmediatamente en la sala de empleados.

Sophie tomó el ascensor. Todavía sentía cierto miedo, ese miedo a que la desenmascararan en cualquier momento. Sin embargo ya habían pasado varios meses, tres meses para ser más exactos. Además, sabía que Bastiano se había alojado un par de veces en el Grande Lucia desde entonces, aunque nunca cuando ella había estado trabajando. Desgraciadamente, no podía ver la lista de huéspedes y solía enterarse de esas cosas después de que hubiesen ocurrido. Sin embargo, si iba a salir a la luz, ya lo habría hecho, intentó tranquilizarse a sí misma.

Aun así, tenía las manos un poco sudorosas cuando abrió la puerta de la sala de empleados.

—*Buon Compleanno!*

Le deseaban feliz cumpleaños e incluso había una tarta con velas y unas jarras con refrescos.

—La ha hecho tu cocinero favorito —le confesó Benita—. Dice que agradecería que el año que viene se lo dijéramos con un poco más de antelación. ¡Deberías habérnoslo dicho!

El cocinero había hecho su *torta settevelli*, una tarta de siete capas. Capas de chocolate, avellana, praliné, nata y bizcocho cubiertas de chocolate glaseado. Era lo que menos podía haberse esperado. Que sus compañeros se hubiesen reunido para desearle un feliz cumpleaños significaba muchísimo para ella y daba gracias al cielo por haber conseguido un empleo en el Grande Lucia.

La tarta era como seda de chocolate y era un bocado delicioso de su tierra.

—En realidad —reconoció Sophie—, no había probado ninguna mejor.

—Bueno, tampoco comas mucha —bromeó Benita mientras

Sophie iba a servirse una segunda ración—. Vas a tener que pedir uniformes nuevos.

Sophie se rio. La tarta era como un pecado, desde luego, pero eso no iba a impedirle que se sirviera otra ración. Todos volvieron pronto a sus tareas y lo que quedó de tarta se guardó en la nevera para que Sophie se lo llevara a casa.

Ella llevó mejor lo que le quedaba de turno porque las flores y la tarta le habían levantado el ánimo. Sin embargo, no podría marcharse a casa todavía porque le ofrecieron una hora extra justo cuando estaba acabando su turno.

—Sophie —la llamó Benita—, va a llegar un huésped importante, ¿podrías quedarte?

—Claro.

Siempre agradecía las horas extras y que se lo pidieran.

Subieron corriendo a la suite presidencial, que si bien estaba ordenada, no tenía los toques finales para un huésped importante. Le costaba subir allí, pero hizo lo que pudo para disimularlo, para seguir como si fuese cualquier otra habitación, no el escenario de su día mágico con Bastiano.

—¿Por qué estas estrellas no avisarán con un poco más de antelación? —preguntó Sophie mientras dejaban el champán y las flores para abrir la enorme cama.

—Porque no tienen por qué hacerlo. Saben que siempre haremos lo que haga falta para complacerlos —contestó Benita mientras doblaba la sábana de seda—. En cualquier caso, no va a venir una estrella de rock, es el señor Conti, el próximo…

Benita no terminó porque la noticia no se había confirmado todavía. Sophie agarró la sábana con el puño. Benita le había dicho sin querer que Bastiano iba a llegar esa noche y que pronto se quedaría con el hotel.

—No debería haberlo dicho —reconoció Benita.

—No pasa nada, no se lo voy a decir a nadie.

—Eso espero. El contrato no se ha firmado y Alim no quiere anunciar nada oficialmente hasta que esté firmado —Benita suspiró, pero se confesó un poco ya que Sophie lo sabía—. La verdad es que habría preferido que hubiese sido otro. Conti es una mala noticia.

—¿Mala noticia? —preguntó Sophie.

Si bien solía aceptar lo que dijera Benita, esa vez se indignó. Estaba harta de que todo el mundo hablara mal de Bastiano.

—No creo que sea multimillonario por casualidad —siguió Sophie en tono cortante—. Creo que el Grande Lucia sería muy afortunado si alguien tan astuto como el señor Conti fuera su

próximo dueño.

Benita arqueó una ceja ante la defensa de Sophie, pero no dijo nada más sobre su posible jefe nuevo.

—La habitación está perfecta —comentó Sophie, quien se había ruborizado un poco.

Dejó una hoja de papel junto a la cama, le informaba del tiempo que haría al día siguiente, y ella quiso añadir un corazón.

Benita fue a cerrar las contraventanas y las cortinas para que el ilustre huésped solo tuviera que desvestirse y meterse en la cama. Parecía una pena tapar las vistas, pero era lo que se hacía cuando entraba un huésped nuevo. Atenuaron las luces, Benita repasó la sala y dieron el visto bueno a la habitación. Cuando salieron al pasillo, Sophie tenía el corazón acelerado y no sabía qué hacer. Quería hablar con él, quería saber si iba a tener problemas, pero, sobre todo, necesitaba verlo otra vez. Entonces, supo cómo darle a entender que estaba pensando en él.

Fue a la ventana, abrió las cortinas y las contraventanas y recordó el momento en el que su corazón se encontró con él. Fue lo que sintió de verdad. No fue el hombre del que todo el mundo hablaba tan mal, fue el hombre que le sonrió e hizo que se derritiera por dentro. Miró la imagen de Roma por la noche y se acordó de cuando se dio la vuelta y se encontró con su sonrisa.

—¿Qué has hecho? —le preguntó Benita cuando volvió al pasillo con ella.

—He ido a comprobar que había escrito la previsión del tiempo. Todo está perfecto.

—Entonces, puedes irte a casa, Sophie. ¿A qué hora vuelves?

—A las seis de la mañana.

—Bueno, vete y descansa un poco.

Recorrió lentamente el pasillo, pero, en vez de tomar el ascensor hasta el sótano, fue al vestíbulo con la esperanza de algo. ¿De ver a Bastiano? Él no había llegado todavía. Benita ya le había dicho que al día siguiente tendría tareas generales y que trabajaría en el vestíbulo. No subiría a las suites presidenciales.

Sabía que tenía que hablar con él, pero ¿cómo? Podría reconocer su voz o, quizá, él no contestaría la llamada.

Llegó a recepción y pensó quedarse por allí para esperar a que llegara.

—Sophie… —Inga se paró cuando pasó a su lado—. ¿Por qué estás dando vueltas por aquí?

—He tenido una hora extra —contestó ella—, pero creo que me he dejado el cuaderno de notas…

Entonces, tomó una decisión y fue al ascensor. Estaba mal y podían despedirla por lo que iba a hacer, pero el corazón se le desbocó cuando pulsó el botón que la llevaría al piso del que acababa de bajar. Tuvo que emplear su pase de empleada porque las suites presidenciales tenían restringida la entrada.

Entonces, presa del pánico, cayó en la cuenta de que podría ir con una mujer o un amigo. El mayordomo estaría allí, como los botones que llevarían su equipaje. Había un millón de cosas que podrían salir mal, pero tenía que hablar con él y darle las gracias por las preciosas rosas. Si Bastiano iba a ser el próximo dueño, lo más probable era que perdiera el empleo en cualquier caso, se dijo a sí misma mientras entraba en la suite.

La luz era tenue y sonaba una música suave para recibirlo. No tocó nada. Se limitó a sentarse en una silla junto al escritorio y a esperar, hasta que oyó voces.

¡Voces!

Se levantó de la silla y fue a un rincón donde los empleados no entrarían. Se quedó en la oscuridad con el corazón acelerado mientras se daba cuenta de la tontería que había hecho y se imaginaba la furia de él… pero también sentía que la emoción le atenazaba las entrañas porque volvería a verlo por fin.

—No tengo equipaje —oyó que le decía al mayordomo que no tenía que deshacer ninguna maleta y que seguía en tono tenso—. ¡Puedo servirme mi propia bebida!

Bastiano solo quería que ese hombre se marchara. El mayordomo cerró la puerta y por fin se hizo el silencio.

¿Podía saberse qué estaba haciendo allí? ¿Estaba presentando una oferta por un hotel que no quería solo para quitárselo a Raul? Raul tampoco lo quería.

Había ido a visitarlo el día anterior. Al principio, había dado por supuesto que Raul había ido para hablar del hotel. Sin embargo, le había pedido la dirección de Lydia. ¿Qué había pedido él a cambio? Que le devolviera el anillo de su madre.

Esa mañana, cuando acababa de hablar con la florista para que preparara la sorpresa de cumpleaños de Sophie, había llegado un paquete. Sin embargo, no lo había abierto.

En ese momento, tantos años después, miró el anillo y se acordó de Maria mientras se lo probaba y lo levantaba a la luz. Fue un recuerdo amargo. En ese momento, cuando tenía el anillo en la mano, unos recuerdos que llevaban mucho tiempo enterrados

empezaron a brotar.

—Devuélveme el anillo, Maria.

Pudo oír su voz joven que intentaba contener la furia mientras ella decía que iba a quedarse el anillo de su madre. Un par de horas más tarde, con el anillo todavía puesto, había muerto. Lo dejó en la mesa resplandeciente porque tenerlo en la mano le traía unos recuerdos sombríos que era preferible no tocar.

Se levantó y se sirvió un coñac. Miró alrededor y se acordó de la última vez que estuvo allí, cuando leyó el periódico y se enteró del asunto entre Raul y Lydia, pero también se acordó de unas horas antes de eso, de la felicidad de un día al margen del mundo. Fue un recuerdo tan nítido que, por un instante, estuvo seguro de que podía recordar el olor de Sophie.

Y podía.

Abrió los ojos y se preguntó si Sophie habría preparado la habitación. Rellenó el pedido del desayuno y se preguntó si se lo serviría ella. Eso esperaba.

Entonces, oyó un movimiento.

Ella había pensado llamarlo, salir, pero estaba en la oscuridad y aterrada por esa situación en la que se había metido ella misma.

—Sophie…

Oyó su nombre. Él sabía que ella estaba allí y ella sabía que tenía mostrarse.

—No sabía cómo verte…

Ella salió de entre las sombras y se dirigió hacia él. Entonces, Bastiano supo que ese era el verdadero motivo para que estuviera en Roma. Sophie era el motivo para que no hubiera firmado el contrato y para que sus abogados alargaran las cosas. Mientras siguieran así, tendría la ocasión de volver a verla.

—Si hubieses querido verme, deberías haber vuelto aquella mañana.

—¡Estaba asustada de perder mi empleo!

Ella notó que había elevado la voz. Había miedo mezclado con deseo porque, efectivamente, esos meses habían atenuado el recuerdo de su poder absoluto.

—No me dijiste que estabas pensando comprar el hotel. ¿Por qué mentiste?

—No mentí.

—Sí mentiste —Sophie levantó un dedo acusador—. Nunca te habría dicho cosas que te dije…

—Y yo lo sabía —replicó Bastiano acaloradamente—. Quería que los dos fuéramos iguales.

—No somos iguales —ella dio rienda suelta a todo el dolor y la rabia que había acumulado durante esos meses—. Tú eres un hombre rico y yo soy la doncella, ¿cómo íbamos a ser iguales?

—Sabes que lo somos —él estaba casi gritando—. Aquí, lo somos.

Meses de rabia y abandono se acumularon en ese momento y maldijo la belleza absoluta de él, que, incluso en ese momento, tenía un poder absoluto sobre ella. Él, a cambio, maldijo la fisura en su coraza que llevaba el nombre de ella porque no podía ni olvidar ni pasar página.

La besó con fuerza y ella tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no devolverle el beso.

—¿Qué pasará cuando sea tuyo? —preguntó ella—. Mi trabajo lo es todo para mí…

—No voy a comprar el hotel.

—Entonces, ¿para qué estás aquí?

Él contestó con la boca. Ese día había sido infernal y necesitaba olvidarlo. Sus bocas se encontraron y su lengua contuvo la furia de ella, que le devolvió el beso implacable.

Bastiano le agarró el uniforme y ella pudo oír que se desgarraban los ojales. Estaba besándolo y gritando cuando volvió a paladearlo.

—Ahora somos iguales.

Él le bajó el uniforme por los brazos y las caderas hasta que cayó al suelo.

—No.

Él seguía siendo el hombre rico en su lujosa suite y ella estaba delante de él con una ropa interior vulgar, aunque él también se la quitó enseguida. Le dio la vuelta y la besó con la espalda contra la pared, con su cuerpo trajeado contra el cuerpo desnudo de ella.

Sophie cerró los ojos, se embebió de su olor y recordó el deseo silencioso de ver a ese hombre más descontrolado. Entonces, oyó que se bajaba la cremallera con la respiración entrecortada y lo sujetó de la cabeza mientras lo besaba y él se rodeaba la cintura con una de las piernas de ella.

—No me defraudes nunca —le pidió ella.

Fueron unas palabras absurdas porque incluso cuando estaba entrando en ella, sabía que estaba exponiéndose al dolor, que la cuenta atrás volvería a empezar al día siguiente y que la abstinencia volvería a empezar otra vez.

Bastiano apoyó una mano en la pared y hundió le otra en sus nalgas. Era tan agresivo como exigía el deseo violento de ella, quien

no entendía que la mujer que se había escondido temblando hacía unos minutos fuese la misma que se enroscaba desnuda alrededor de él en ese momento.

En ese momento, sí eran iguales. Los igualaba el deseo y el anhelo que los dominaba.

—Pensé en ti… —le dijo él.

Lo creyera o no, ella se arqueó por sus palabras. Él notó el movimiento y le levantó la otra pierna hasta que la tuvo firmemente agarrada a sus caderas y la besó con avidez mientras explotaba dentro de ella.

—Vas a hacer que me despidan —susurró ella cuando empezaron a relajarse y él la soltó lentamente.

—Jamás —replicó Bastiano—. ¿Deberías estar trabajando en este momento?

—No, estoy libre hasta mañana.

—Perfecto. Entonces, tenemos toda la noche.

Capítulo 8

TÚ preparaste mi suite —comentó él cuando entraron en el dormitorio principal y vio la vista nocturna de Roma.

—Sí.

Sophie no se sintió en desventaja por estar desnuda porque se tumbó en la cama y pudo ver cómo se desvestía Bastiano.

—Quería que te acordaras de mí cuando entraras.

—No necesito esta vista para acordarme de ti.

Eso era, sin duda, lo más romántico que había dicho en su vida, pero ella no pareció darse cuenta de su significado. En realidad, Sophie creyó que estaba contándole un cuento y se quedó enfurruñada mientras él iba a darse una ducha rápida.

—Recibiste mis flores.

Él vio la rosa diminuta que tenía prendida en su pelo, pero ella no iba a dejarlo impune por muy bonitas que hubiesen sido sus flores.

—Tres meses tarde.

—Tú fuiste quien no volvió —le recordó Bastiano secándose con calma.

—Y tú fuiste quien no me dijo que estabas pensando comprar el hotel. ¿No puedes imaginarte cómo me sentí cuando me enteré?

—Quise decírtelo antes de que te fueras a trabajar —reconoció él.

—Temí por mi puesto de trabajo y no pude dejar de pensar en todas las cosas que te había contado.

—Sophie, no estuve tomando notas —él se metió en la cama y su olor a jabón fue cautivador—. Ni siquiera estaba pensando en el hotel, estaba…

Entonces, fue él quien se calló porque se quedó recordando aquel día perfecto.

—Creí que ibas a quedarte una noche más. Tenías la habitación reservada hasta el lunes.

—Me marché furioso —reconoció él—. Me enteré…

Bastiano sacudió la cabeza, no quería hablar de su conflicto con Raul, estaba cansado. Sin embargo, ella se había imaginado desde hacía mucho tiempo el motivo para que se marchara.

—Te enteraste de lo de Raul y Lydia

—No se te escapa nada… —replicó él con una sonrisa.

—Si hubiese recibido la formación adecuada, habría gobernado el mundo —ella también sonrió y le contó por qué lo sabía—. Vi su foto en un periódico tirado en el suelo y supuse que la habías visto.

—La vi.

Él la rodeó con un brazo y a ella le pareció un sitio maravilloso donde estar.

—Vino a verme el otro día —siguió Bastiano—. Llevábamos quince años sin hablarnos. Creí que quería discutir por el hotel, pero quería saber dónde vive Lydia.

—¿Se lo dijiste?

—A cambio de algo —contestó Bastiano pensando en el anillo.

—¿Por qué os odiáis tanto?

—Siempre nos hemos odiado. Nuestras familias han sido rivales desde siempre —contestó Bastiano.

Era la versión más sencilla de la historia. Era una conversación demasiado complicada para dos personas que se encontraban de vez en cuando. Sin embargo, estaban allí tumbados, mirando las vistas y con Sophie en el brazo. Sabía que era algo más que un encuentro esporádico.

Sophie había llegado sin avisar y había entrado en el escenario de su vida, pero había demasiados escombros, demasiada destrucción, y no sabía cómo limpiarlo. Le contó algo de la versión complicada.

—Éramos amigos. A nuestras familias no les gustaba, pero a nosotros nos daba igual. De adolescentes, creíamos que podíamos comernos el mundo. Entonces, Raul se fue a la universidad.

—¿Qué hiciste?

—Trabajé en el bar de mi tío —no tenía sentido edulcorarlo. Raul y él habían sido enemigos por algo—. Cuando se marchó, me acosté con su madre —esperó que ella se incorporara y lo mirara con incredulidad, pero se quedó como estaba—. Tuvimos una aventura y, cuando salió a la luz, ella se mató en un accidente de coche.

—¿Cuántos años tenías?

—Diecisiete. Aunque no era… inocente. Intenté convencerla para que dejara a su marido y se fuese conmigo, pero ella se negó. Raul cree que fue como si yo la hubiese matado.

—¿Estabas conduciendo tú el coche?

—No —contestó Bastiano con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿cómo puede ser tu culpa?

Sophie se incorporó y se apoyó en un brazo. Él volvió a ver su

negativa absoluta a aceptar las cosas sin más.

—Su marido se había enterado de lo nuestro.

—¿Cuántos años tenía ella?

—Treinta y cuatro.

En su momento, él había creído que estaba más cerca de los cuarenta, pero la verdad era que no había sido mucho mayor de lo que era él en ese momento.

—*Puttana* —farfulló ella.

—¡Eh! —él también se incorporó para defender a Maria como había hecho siempre—. Estábamos…

Bastiano se calló, pero fue un poco tarde porque Sophie sabía lo que había estado a punto de decir.

—¿Enamorados? —preguntó ella en un tono burlón—. Eso no es amor.

—¿Por qué ibas a saberlo tú? —preguntó él.

—Sé qué no es el amor —contestó ella acaloradamente—. Me marché de mi casa porque, a pesar de mi falta de experiencia en la materia, creía que el amor tenía que hacerte sonreír.

—Es posible… si eres una romántica.

—Entonces, si era amor, ¿por qué no dejó a su marido?

—Era muy religiosa —contestó él—. Maria quiso ser monja cuando era pequeña.

—Entonces, ¿por qué no lo fue?

—Porque se quedó embarazada de Raul cuando tenía diecisiete años.

Bastiano apagó la luz, pero, en vez de sentirse molesto por el insulto de Sophie, se sentía conmovido porque ella estaba defendiéndolo.

Se quedaron en silencio, pero no se durmieron. Era difícil hablar de esa época, pero también era doloroso oír.

—¿Esa pelea fue con Raul?

—Sí, después del entierro. Esa fue la parte fácil del asunto. Al día siguiente nos enteramos de que en su testamento dejaba un dinero para que nos lo dividiéramos entre los dos. Él cree que yo sabía que tenía dinero.

—¿Lo sabías?

—No —contestó Bastiano—. Raul me dijo que vería cómo me hundía, que yo no era nada sin el dinero de ella.

—¿Te dejó lo bastante como para comprar el Grande Lucia?

—No —él se rio en voz baja por la idea—. Compré un edificio abandonado… —él se acordó de cómo estaba entonces el convento —. No se podía llegar por carretera. En aquella época, no había

muchos turistas en la costa occidental y lo compré por cuatro perras. He comprado algunos más desde entonces.

—Podrías haber dilapidado ese dinero, pero mira lo que has hecho.

Ella no conocía el tamaño de su fortuna, solo sabía que podía plantearse comprar ese hotel. Eso indicaba lo que había hecho Bastiano con esa forma de empezar que él creía que no se merecía. Para ella, se había ganado hasta el último céntimo.

—El mes pasado, cuando llamé a casa, mi hermano me contó que Luigi se había dado a la bebida —comentó ella en la oscuridad.

Bastiano no dijo nada.

—Al parecer, es culpa mía —ella lo miró y vio que tenía los ojos abiertos, pero él no la miró—. Como le dije a mi hermano, estoy segura de que había un problema desde mucho antes y que yo no tenía la culpa.

—Desde luego, tú no tomas prisioneros —entonces, la miró y ella oyó, más que vio, su sonrisa—. ¿Siempre has sido así de implacable?

—Tuve que aprender a serlo, y deprisa —contestó ella—. Tengo cinco hermanos y todos estarían encantados de que limpiara y ordenara sus cosas. Yo solo limpio y ordeno mis cosas, a no ser que me paguen, claro.

Bastiano se durmió, pero ella se quedó despierta y dándole vueltas a lo que había dicho sobre el amor. Él hacía que sonriera… Solo por pensar en él, y por acordarse de ellos, había sonreído más durante esos tres meses que en toda su vida. Además, el mundo giraba demasiado deprisa cuando estaban en la cama. Fue a beber agua y pudo ver la silueta del Coliseo cuando poco antes había estado envuelto por la oscuridad. Volvió a tumbarse con la cabeza en el pecho de él y miró el cielo mientras deseaba que no llegara la mañana.

Él tenía una mano en su brazo y ella pasaba un dedo por el vello negro que la había cautivado cuando fue a recoger el plato la primera mañana. Ya no tenía motivos para sentirse cohibida y bajó la mano. Notó que se endurecía entre sus dedos.

Advirtió la calidez de su pecho en la cara y él todavía tenía la mano en su hombro cuando empezó a bajar la cabeza. No sabía muy bien lo que estaba haciendo, pero él se endureció más en su mano como si la saludara. Lo notó ardiente en la mejilla y le besó solo la punta. Luego, se arrodilló y le pasó la lengua por un lado de

su sexo hasta que creció en toda su extensión. Entonces sí supo lo que quería hacer porque le pasó la lengua arriba y abajo absorta en su tarea.

Bastiano le apartó el pelo de la cara y, cuando ella profundizó, él se enroscó el pelo en la mano para poder verla. Normalmente, prefería una cortina de pelo, pero, con Sophie, le gustaba ver cómo entrecerraba los labios y lo lamía con la lengua. Le gustó ver que cerraba los ojos y que se dejaban arrastrar el uno por el otro sin hacer caso del mundo que se despertaba.

Tan poco caso hacían que no oyeron que se abría la puerta principal. El gemido de Bastiano al decir su nombre sí se oyó.

—Sophie…

Una mano le acariciaba el trasero y la otra la agarraba del pelo, estaba completamente enajenada cuando él explotó en su boca.

Inga se quedó dominada por los celos cuando vio el uniforme de Sophie en el suelo. Sophie, tan dulce y sonriente, tan crítica con ella, también lo hacía… y con Bastiano Conti, su próximo jefe.

No habían terminado todavía y no se habían enterado de que había entrado en la suite, pero Inga se fijó en un anillo y supo cómo se vengaría de Sophie por su hipocresía. Metió el anillo en el bolsillo del uniforme de Sophie, sacó el carrito silenciosamente y cambió el pedido del desayuno para las siete.

—Oye —Inga entró en la cocina con el carrito y habló con el cocinero—, el desayuno del señor Conti es para dentro de una hora. Menos mal que me he dado cuenta.

Capítulo 9

VOY a llegar tarde —comentó Sophie mientras se duchaban juntos.

—No vayas a trabajar.

—Tendrías un poco de influencia si fueras el nuevo jefe… —ella se rio—. No, voy a trabajar para no tener remordimiento por los días que tengo libres.

—¿Cuántos días tienes libres?

—Dos días y dos noches.

Se vistió apresuradamente y, efectivamente, iba a trabajar, pero con condiciones.

—Esta vez tienes que volver —le advirtió él abrazándola—. Esta noche iremos a algún sitio bonito.

Ella frunció el ceño porque no tenía nada adecuado para salir con Bastiano Conti, pero, afortunadamente, él captó su preocupación.

—Yo me ocuparé de todo.

Ella se marchó y él empezó a planear la noche. Mejor dicho, estaba pensando llevarla a Casta. Jamás se le había pasado por la imaginación llevar a alguien al antiguo convento, pero le había contado su historia, por fin había alguien de su lado y, por primera vez, quería analizar su pasado… con ella.

No quería a nadie y lo habían criado para no querer a nadie, pero ya sabía el motivo verdadero para que estuviera en Roma: Sophie.

Era posible que haber recuperado el anillo de su madre fuese una señal de que las cosas estaban empezando a cambiar. Por primera vez, creía que quizá, solo quizá, hubiese algo en la vida aparte de la venganza. Salió y fue hasta la mesa donde había dejado el anillo, pero no había ningún anillo y estaba seguro de que lo había dejado allí. Podía recordar perfectamente el momento en el que lo dejó porque fue cuando se percató de que Sophie estaba cerca. Intentó no pensar en que ella también podría haberlo visto con el anillo.

Miró en el suelo y al lado de la mesa.

La habitación estaba inmaculada, al contrario que la última vez

que estuvo allí, y, después de unos minutos de búsqueda infructuosa, tuvo muy claro que el anillo había desaparecido.

Se acordó de la cara de ella cuando le dijo que esa noche iban a salir. Quizá hubiese decidido que necesitaba ponerse algo. Le habría dado igual que se hubiese llevado algunos billetes de su cartera, pero acababa de recuperar el anillo de su madre.

Se vistió sin dejar de mirar por el suelo y todas las superficies. Seguía dándole vueltas a todos los detalles de la noche anterior cuando se puso la camisa y se la abrochó con impaciencia, pero no se molestó en metérsela por dentro de los pantalones.

Así fue como lo vio.

Sophie acababa de salir de la reunión preparatoria e iba a trabajar en el vestíbulo, tenía que cerciorarse de que todo estaba reluciente, incluso el latón de las puertas giratorias. No era su trabajo preferido, pero tampoco era desagradable. Podía ver a los huéspedes y charlar con Ronaldo, el portero. Tampoco era un turno fácil porque había muchas salas y siempre había clientes que dejaban marcas de tazas y migas, pero estaba tan feliz que ese día podría haber estado en cualquier sitio. Sabía que la noche anterior habían compartido algo precioso.

Entonces, lo vio y no era el Bastiano que ella conocía. Solo conocía dos, o inmaculadamente vestido o deliciosamente desnudo. Ese estaba desaliñado, con la camisa casi desabrochada y sin zapatos siquiera.

—Sophie…

Estaba despeinado y no se había afeitado, pero lo más desconcertante era su impaciencia.

—¿Podemos hablar?

—No puedo —ella sonrió y se dirigió a él como si fuese un huésped más—. Bastiano, aquí no…

—Aquí sí —lo dijo en voz baja, pero fue tan tajante que Ronaldo y un par de huéspedes giraron la cabeza—. ¿Tienes algo que es mío?

—Bastiano…

Estaba nerviosa. Él tenía los ojos como ascuas y los labios blancos. Ella podía notar su tensión y su rabia.

—No sé de qué estás hablando.

—Devuélvemelo ahora y nos olvidaremos del asunto.

Sabía que no le había pagado, sabía que, probablemente, ella creía que se merecía algo después de haber pasado dos noches en la cama de un hombre adinerado, pero no su anillo.

—¿Pasa algo?

Inga se acercó y Sophie se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración, pero hizo un esfuerzo para contestar.

—No, no pasa nada.

—Sophie…

Bastiano estaba pálido y hasta la cicatriz parecía palpitar por el pulso de la mejilla, pero esperó a que Inga se hubiese alejado para volver a hablar.

—Devuélveme el anillo.

—No sé de qué estás hablando, Bastiano —insistió Sophie, que se alegraba de que Inga se hubiese marchado—. ¿No podemos hablar cuando haya acabado el turno?

Sin embargo, Inga no se había marchado, había ido a buscar a Benita, la gobernanta.

—¿Puedo hacer algo por usted, señor Conti? —le preguntó Benita.

—No pasa nada —contestó Bastiano intentando dominar la rabia.

—El señor Conti cree que Sophie podría tener su anillo —intervino Inga.

—Estoy segura de que tiene que haber un malentendido —Benita sonrió—. ¿No se le habrá caído? Es posible que ya lo hayan entregado.

—No se me ha caído —contestó Bastiano en tono cortante y clavando la mirada en Sophie—. Subiré a mi suite y volveré a buscarlo, estoy seguro de que tiene que estar allí.

—Sophie solo preparó su habitación —replicó Benita con paciencia—. Usted ni siquiera estaba alojado cuando…

No terminó la frase cuando vio que Sophie se había sonrojado y que Bastiano, evidentemente, acababa de levantarse de la cama. Benita cerró los ojos un instante al caer en la cuenta. Todo el mundo sabía que eso pasaba, pero Sophie sabía que Benita esperaba otra cosa de ella.

—Sophie, ¿te importaría ir a mi despacho? —Benita sonrió a Bastiano—. Llegaré al fondo de todo esto.

Era espantoso. Algunas veces se sorprendía a algún empleado robando y Sophie sabía muy bien lo que pasaría.

—Tengo que registrar tu taquilla en tu presencia, Sophie —le explicó Benita—. Las acusaciones son graves, aunque no me preocupa solo el robo. ¿Has tenido algún… trato con el señor Conti desde que se registró?

—No le quité al anillo.

—Eso no responde mi pregunta, Sophie.

Sin embargo, las mejillas rojas de Sophie sí la habían contestado. Claro que había tenido algún… trato con él.

—No encontrará nada en mi taquilla.

—Entonces, no te importará que la registre. Además, si no hay nada de lo que preocuparse, estarás dispuesta a darle la vuelta a los bolsillos ahora.

Bastiano había decidido que él era el indicado para ocuparse de ese asunto. Aunque ya no pensaba comprar el hotel, Benita no lo sabía y entró en su despacho, dispuesto a tomar las riendas, justo cuando Sophie sacaba el anillo de su madre del bolsillo.

—No sé cómo ha llegado ahí… —Sophie sacudió la cabeza, se dio la vuelta y vio a Bastiano—. Yo no me lo he llevado —le dijo en tono suplicante.

—¿Estás diciendo que no habías visto nunca este anillo? —le preguntó él en un tono ligeramente burlón.

—Sí —contestó Sophie—. Yo nunca…

Sophie se calló porque habría sido mentira decir que no había visto nunca ese anillo. Anoche, mientras estaba escondida en aquel rincón, nerviosa y temblorosa, había visto cómo Bastiano se sentaba y miraba la joya durante un buen rato antes de dejarla. Él sabría que sí la había visto. Volvió a mirarlo y le imploró con la mirada que la creyera.

—Bastiano, yo no me lo he llevado.

Bastiano no dijo nada. Ni siquiera se sentía decepcionado por ella. Se sentía decepcionado por ellos y se despreciaba a sí mismo; por un momento, había llegado a creer que existía la posibilidad de que estuvieran juntos. Ya no.

—¿Te importaría esperar fuera, Sophie?

Aunque Benita se lo pidió con cortesía, el tono fue gélido y Sophie salió del despacho. Se apoyó en la pared y oyó retazos de la conversación. Oyó que Benita hablaba de la policía y supo que le preguntaba a él si quería presentar alguna denuncia. Bastiano contestó que no, pero vio que Benita estaba tentada e impuso su autoridad.

—Me causaría más problemas que lo que cuesta el anillo. Ya lo he recuperado —le dolía la cabeza y no quería estar hablando con la gobernanta. Solo lo hacía por un motivo—. No hace falta que Sophie pierda el empleo, ha sido un hecho aislado…

—Señor Conti —le interrumpió Benita—, creo que los dos sabemos que tengo más de un motivo para despedir a Sophie —ella esbozó una sonrisa tensa—. Usted tiene muchos establecimientos y tiene que saber que las relaciones entre empleados y clientes son un

problema que está a la orden del día. Me ocuparé de Sophie y, naturalmente, informaré al sultán Alim.

—No hace ninguna falta.

Ella, sin embargo, no estaba furiosa solo con Sophie. Estaba furiosa con ese ilustre cliente por el caos que había generado su libido.

—Yo, al contrario que Sophie, valoro mi empleo y abordaré el asunto según lo estipulado. Espero que lo acepte…

—Claro.

Salió del despacho y vio a Sophie pálida y apoyada contra la pared, pero, aun así, lo miró a los ojos.

—Si necesitabas dinero, deberías habérmelo dicho.

Le dolió de una forma insoportable.

—No lo hice por dinero, Bastiano —él siguió su camino y eso la indignó—. Fue por algo más y lo sabes.

—Por favor…

Él levantó una mano y la agitó para despreciarla completamente. Eso la enfureció.

—Entonces, ¿por qué me mandaste flores el día de mi cumpleaños?

Bastiano se detuvo, se dio la vuelta y se dirigió hacia ella. Solo lo había conocido como alguien agradable. Bueno, la habían advertido de lo contrario, pero nunca había visto el Bastiano que pintaban los demás tan sombríamente.

—¿Tu cumpleaños? —él frunció el ceño—. ¿Quién dijo algo de tu cumpleaños? Te mandé flores para que supieras que estaba alojado y para que fueras a mi suite, algo que hiciste.

Bastiano esperó que le diera una bofetada o que le dijera que, efectivamente, era tan malnacido como siempre había sabido que era, pero sus palabras se le clavaron más profundamente.

—No me lo creo —replicó Sophie—, eres mucho mejor que todo eso.

Benita salió entonces.

—Yo me ocuparé de ahora en adelante. Gracias, señor Conti.

Esperó a que él se hubiese alejado y se dirigió a Sophie.

—El señor Conti no quiere que intervenga la policía, pero no me queda más remedio que despedirte.

Benita no fue despiadada al despedirla, pero lo que más le dolió a Sophie fue haberla decepcionado.

—Yo no robé el anillo.

—Sophie, ¿qué estabas haciendo para darle a él la posibilidad de pensar que sí lo robaste? Hicimos la habitación y nos marchamos

juntas mucho antes de que llegara el señor Conti.

Ella no tenía respuesta para eso.

—Creía que eras mejor —siguió Benita—. Habría estado mal con cualquiera, pero es el próximo dueño de este hotel.

—No lo sabía la primera vez que…

—Entonces, ¿ha habido otras veces? —preguntó Benita sacudiendo la cabeza—. Vamos.

Entregó su llave maestra y su uniforme. En la taquilla solo tenía unos pantalones cortos y una camiseta con tirantes. Se vistió y la vació completamente.

—Tenías un buen empleo —le dijo Benita—. Ya sabes cómo es este sector y cómo se saben las cosas. Te costará encontrar un empleo en un buen hotel…

Era verdad. Todo lo que decía Benita era verdad. Sin embargo, lo que le dolía no era eso por muy asustada y molesta que estuviese, lo que le dolía era la mirada que le había dirigido él, la sonrisa sombría que le había indicado que no había esperado otra cosa de ella.

No tuvo un juicio siquiera.

Llamaron a Dario, el jefe de seguridad, y la acompañó por la puerta principal para que todos los empleados supieran lo que pasaba… y Bastiano lo vio todo. Observó mientras los recepcionistas, el portero y las doncellas se paraban y se giraban para mirar a una Sophie que salía muy digna.

—¡Sophie! —la llamó Anya—. Tus flores…

Ella estuvo a punto de derrumbarse. Miró las flores perfectas y se acordó de la felicidad que sintió en el corazón cuando las recibió. Entonces, desvió la mirada hacia donde estaba él.

—Ojalá no las hubiese visto nunca —dijo ella mirándolo a los ojos oscuros.

—Lo mismo digo.

Él se subió a su suite, pero todo lo que tocaba se volvía negro. Pensó en ella, en lo jovial, resplandeciente y sonriente que era cuando la conoció y en lo mucho que había amado su trabajo. En ese momento, la habían despedido. Miró el anillo que tenía en la mano y le pareció que le abrasaba la piel. Estaba guardándoselo en el bolsillo cuando llamaron a la puerta.

—Servicio de habitaciones.

No era el que él quería. Era Inga con el desayuno. Levantó una de las tapas de plata y le ofreció servirle.

—No.

—¿Le gustaría…?

—¡Largo! —bramó él.

Levantó la tapa cuando se cerró la puerta y vio esos malditos huevos escalfados que había pedido la noche anterior cuando esperaba en secreto que fuese Sophie.

Tiró el plato y lo estampó contra la pared.

No había estrellas de rock en el Grande Lucia, pero, horas más tarde, cuando las doncellas fueron a hacer la habitación, pensaron que el desorden creado era aún peor que el de las estrellas de rock.

Capítulo 10

AFORTUNADAMENTE, sus compañeras de piso estaban trabajando cuando llegó y pudo derramar todas las lágrimas que había estado conteniendo. El día anterior había sido el día más feliz de su vida, pero ese día le parecía el peor.

Había vivido tres meses sabiendo que podía perder el empleo por lo que había pasado entre Bastiano y ella, pero nunca se había imaginado que la situación llegase a ser tan dolorosa y humillante. Además, seguía sin entender que el anillo hubiese aparecido en el bolsillo de su uniforme. La habían calificado de ladrona y ramera, y no lo habían hecho solo sus compañeros, lo había hecho el propio Bastiano.

Sin embargo, todavía era peor cómo la había mirado, como si no hubiese esperado otra cosa de ella. Había visto por primera vez al hombre que todo el mundo decía que era, frío y despiadado, pero no era el Bastiano que ella conocía.

Se desvistió para ponerse la camiseta que usaba para dormir, se soltó el pelo y se encontró algo entre los mechones. Era una flor. El tallo estaba retorcido, pero la flor seguía estando perfecta. Se acordó de lo que le había dicho él, que le había dejado las flores para que supiera que estaba en el hotel, y estuvo tentada de aplastar la rosa y tirarla a la basura, pero no pudo. Era lo único que le quedaba de él, el único recuerdo tangible de un momento en el que la vida había sido casi perfecta. Por eso, la metió entre las hojas de su diario, lo cerró y lo guardó debajo del colchón para conservar esa belleza efímera.

Las cosas no habían mejorado por la mañana. Si acaso, las cosas empezaron a empeorar durante los días siguientes. Había sido increíble trabajar en el Grande Lucia y Benita tenía razón, conseguir un trabajo en un hotel de su categoría iba a ser difícil, si no imposible.

No contestaron las llamadas telefónicas que hizo o le dijeron que mandara un currículum y referencias. Sabía que tenía que ir a la biblioteca para usar el ordenador, pero hasta eso le parecía desalentador.

—¿Ha habido suerte? —le preguntó Teresa, su compañera de piso, cuando volvió de otra búsqueda de trabajo infructuosa.

—No. No contratan a nadie ni en los cafés.

—Tienes un mensaje de una mujer que se llama Bernadetta. Ha dicho que la llames, es posible que sea algo de trabajo…

¿Bernadetta…? Frunció el ceño al leer el mensaje y la llamó. Bernadetta era la jefa de Gabi y quien le hizo trabajar como una mula aquella noche en el salón de baile. Quizá se hubiese enterado y estaba llamándola para ofrecerle trabajo.

Fue una esperanza vana y muy fugaz porque le bastaron dos minutos de conversación para darse cuenta de que, efectivamente, Bernadetta se había enterado de que la habían despedido y de que estaba hablando con ella solo porque tenía que hacerlo.

—El sultán Alim me ha pedido que te llame —le explicó Bernadetta—. Yo le dije que no sabía si se te podía confiar algo tan confidencial, pero él se empeñó.

—No entiendo.

—Ha pedido a Matrimoni di Bernadetta que organice su boda.

—¿Su boda? ¿Con quién va a casarse?

—Con Gabi, pero ella no lo sabe todavía.

Sophie, completamente atónita, se quedó con el teléfono en la mano.

—¿Con Gabi…? —preguntó Sophie aunque Bernadetta ya estaba en otra cosa.

—La boda va a ser el sábado en el Grande Lucia. Como eres amiga íntima de Gabi, el sultán quiere que estés allí. También quiere que te ocupes de que el sábado esté en casa cuando él la llame.

—¿Ella no lo sabe?

—Es una sorpresa.

Tenía el corazón desbocado. Alim iba a pedirle la mano a Gabi, su Gabi.

—¿Significa eso que Alim es el padre de Lucia?

Sin embargo, Bernadetta no la había llamado para charlar.

—¿Podrás garantizar que Gabi esté en casa el sábado?

—Haré todo lo que pueda.

La cabeza le daba vueltas mientras Bernadetta le daba instrucciones. Alim, al parecer, había pensado en todo, hasta en proporcionarle una vestimenta adecuada para una boda real.

—Tienes que ir a ver a Rosa. Está haciendo el vestido de Gabi y también tendrá algo para ti.

—¿Rosa…?

Rosa sería amiga de Gabi, pero sus modelos estaban muy lejos del alcance de ella.

—Todo está cubierto —siseó Bernadetta entre dientes—. Si hay algún problema, dímelo. Tengo que insistir en que no puedes decirle nada a Gabi.

—No, claro.

Era una noticia emocionante y asombrosa, pero no podía contársela a nadie.

Llamó a Gabi, quien sintió mucho que hubiese perdido el empleo y le preguntó si podía hacer algo para ayudarla.

—¿Podrías ayudarme con el currículum? —le preguntó Sophie —. No tengo ordenador y lo he intentado en la biblioteca, pero no sé hacer los márgenes.

—Claro, pásate por aquí.

—Me pasaré el sábado —entonces, se acordó de una cosa—. Tengo que ir al médico a las nueve, me pasaré después.

No era mentira, tenía que ir al médico para que le recetara la píldora. Con una boda real el sábado, le habría gustado ser más previsora y haberse tomado ya unas píldoras para no tener el período ese día. La boda sería una ocasión fantástica para olvidarse un rato de los problemas, pero estaba cada vez más desanimada a medida que pasaban los días. Le costaba sonreír e incluso entrar en una boutique muy exclusiva para una prueba privada. Aun así, la sonrisa le brotó más fácilmente cuando, por una vez, se encontró ante tantos vestidos para elegir.

—Este será perfecto para ti —dijo Rosa mientras levantaba un vestido.

Era un vestido impresionante de un color gris plateado que le recordó a los ojos de Bastiano.

—Pruébatelo —añadió Rosa—. Y ponte los zapatos para que el efecto sea completo.

Sophie entró en un vestidor muy lujoso y se quitó la falda y la blusa. Luego, intentó ponerse el vestido por la cabeza antes de descubrir la cremallera disimulada.

—¿Ya te lo has puesto? —le preguntó Rosa.

El vestido era increíble. Tenía una caída preciosa y acentuaba su figura, pero le preocupaba una cosa.

—¿No es un poco excesivo para una boda? —preguntó Sophie mientras salía.

Sin embargo, Rosa ya había pensado en eso.

—Sí, pero tengo un sobrevestido de chifón que le va muy bien. Iré a por él. ¿Qué talla de zapatos usas?

Sophie se la dijo y, una vez sola, se levantó el pelo para decidir si debía llevarlo recogido o suelto. Entonces, se miró la silueta y comprobó que tenía… busto. Evidentemente, Rosa hacía milagros con la tela, pero no podía negarse que su pequeño busto era algo más abundante. Decidió que sería por la píldora.

—Toma.

Rosa le dio una tela clara que Sophie se puso por encima del vestido antes de ponerse los zapatos. Era preciosa y daba muy buen resultado aunque restaba un poco de belleza al vestido.

—Estás fantástica —comentó Rosa—. Estoy deseando ver la cara de Gabi cuando vea todo lo que ha preparado Alim.

—¿Hay muchos invitados? —preguntó Sophie un poco más tarde, después de elegir una ropa interior increíble por primera vez en su vida.

—Solo la familia y los amigos íntimos.

Por primera vez, pensó que Bastiano podría estar allí. Sabía que Alim y él eran amigos. Observó a Rosa mientras le envolvía las bragas plateadas y el sujetador de encaje y se juró a sí misma que Bastiano no vería esas prendas.

Sin embargo, aunque normalmente la idea de verlo la habría trastornado, la mañana de la boda se despertó preocupada por algo más que por la posibilidad de verlo. Una vez en el cuarto de baño, después de haberse duchado, intentó sofocar la punzada de nervios que le atenazaba las entrañas porque todavía no le había llegado el periodo. El estrés podía retrasar esas cosas. Ella no lo sabía con certeza, pero se lo había oído a sus amigas y aventuró esa posibilidad cuando fue a ver al médico esa mañana.

El médico se limitó a darle un frasco.

—He tomado la píldora todos los días —comentó cuando volvió con la muestra y el médico hizo la prueba.

—¿La tomas puntualmente?

—Siempre… —Sophie tragó saliva al acordarse de la mañana cuando la despidieron—. El otro día me retrasé un poco, es posible que no la tomara hasta la hora de comer.

—¿El otro día? —el médico frunció el ceño—. Sophie, estás embarazada.

—No me lo creo —Sophie sacudió la cabeza—. No puede ser.

El médico la examinó y el miedo de ella aumentó.

—Diría que estás de unas doce semanas.

—¿Cómo es posible que no lo supiera?

Empezó a llorar, pero ese médico era mucho más amable que el de su pueblo y le explicó tranquilamente que algunas mujeres no

tenían síntomas.

—La gente comentaba que el uniforme me quedaba un poco estrecho, pero yo no le di importancia.

Tenía que asimilar muchas cosas y salió de la consulta del médico completamente desconcertada, pero tenía que ir a casa de Gabi.

—Hola —Gabi le sonrió cuando vio los ojos hinchados de Sophie —. Conseguirás otro trabajo.

—Pero me encantaba ese.

Prefería que Gabi creyera que las lágrimas eran por haber pedido el empleo y su amiga se puso a escribirle el currículum.

—Necesitas una referencia —comentó Gabi—. ¿Por qué no me pones a mí? Puedo decir que me has ayudado a organizar algunas bodas.

—Eso no es verdad del todo —Sophie suspiró.

—Bueno, ¿por qué no me pones como referencia personal por el momento?

Gabi hizo que todo pareciera fácil e imprimió varias copias del currículum, pero le pudo la curiosidad y no pudo evitar preguntarle qué estaba haciendo en la habitación de Bastiano.

—Ah… —Sophie se puso a la defensiva—. Entonces, ¿crees que le robé el anillo?

—¡Claro que no!

—Nunca robaría, pero, si lo hiciera, no sería un anillo ridículo con perlas y una esmeralda, serían diamantes.

Gabi se rio justo cuando sonó el teléfono y fue a contestarlo. Sophie vio que su amiga se quedaba pálida y que se iba al dormitorio para hablar en privado.

¡Tenía que ser Alim!

Unos minutos después, Gabi volvió a salir y dijo que tenía una migraña.

—Te ha llegado muy de repente —comentó Sophie mientras Gabi la acompañaba a la puerta.

—Sí, es lo que suele pasar.

Prometieron volver a verse pronto y Sophie se marchó. Aunque estaba contenta por su amiga, también se sentía tremendamente sola. Gabi también era madre soltera, pero tenía un empleo y su madre vivía allí, en Roma. Además, tenía a Alim.

No pudo evitar preguntarse qué esperanza le quedaba cuando no tenía nada de todo eso. No tenía nada, menos el orgullo siciliano, y hasta eso iba a escasearle ese día.

Sin embargo, lo intentó.

Se arregló y se maquilló más por necesidad que por ganas. Se maquilló poco, pero lo justo para que nadie pudiera darse cuenta de que había estado llorando. Además, y por una vez, llevó el pelo suelto, aunque lo hizo para que, con un poco de suerte, le tapara el rubor cuando entrara en el hotel. El vestido era maravilloso, pero una vez que sabía que estaba embarazada, le pareció espantosamente evidente. Efectivamente, el busto era más abundante y tenía una ligera curva en el abdomen. Se alegró de poder ponerse el sobrevestido que disimulaba hasta el más mínimo indicio de que su cuerpo había cambiado.

Tomó un taxi, algo que ya era un lujo para ella, paró delante del Grande Lucia y Ronaldo avanzó para abrirle la puerta al pasajero.

—*Benvenuto*…

Ronaldo titubeó y el cálido recibimiento se convirtió en un saludo tenso e incómodo.

—Sophie…

—Ronaldo…

Se bajó del taxi y se quedó un instante alisándose el vestido, aunque, en realidad, estaba intentando reunir valor para entrar. Fue hasta la puerta giratoria de latón y entró en el vestíbulo que conocía tan bien. Sin embargo, no le pareció conocido, no oyó su nombre, ni vio las sonrisas y saludos con la mano que solía ver mientras lo cruzaba. Al contrario, todos sus excompañeros fingieron que estaban muy ocupados y miraron hacia otro lado. Sin embargo, eso podía soportarlo, se dijo mientras daba su nombre a la entrada del salón de baile. Dolían las miradas de soslayo, los susurros y que no le hicieran caso, pero era un dolor soportable. Lo que no podía soportar su corazón era saber con certeza que Bastiano estaba allí. Lo sabía aunque no lo hubiera visto. Sentía algo por dentro cuando él estaba cerca y podía notar sus ojos clavados en ella cuando volvió a dar su nombre para que la acompañaran a su sitio en la mesa. Estaba segura de que estaba allí.

Efectivamente, Bastiano estaba allí.

Había retirado la oferta por el hotel y habría estado encantado de no volver a pisar ese sitio, pero el negocio era el negocio, como le había dicho a Alim, y seguían siendo amigos.

Por eso, después de felicitar al sorprendentemente nervioso novio, estaba sentándose para esperar a la novia cuando apareció Sophie. Estaba impresionante y vio que titubeaba un poco cuando la acompañaron hacia donde estaba él.

—Soy amiga de la novia —le dijo a la mujer que la acompañaba —. Debería estar en el otro lado.

Sin embargo, no era una boda como todas las demás y fue a donde la llevaron, lejos de donde habían sentado a la realeza.

—Los plebeyos nos sentamos juntos —comentó ella mientras se sentaba al lado de Bastiano, quien esbozó una sonrisa tensa.

—Por el momento —replicó él mirando al frente.

Bastiano decidió que se marcharía en cuanto hubiese terminado la ceremonia. Su olor lo abrumaba, era como si se hubiese derramado un frasco de perfume por encima, aunque sabía que no lo había hecho. Olía a ella misma y tenía que olerlo mientras se sentaba completamente inmóvil a su lado.

Entonces, se abrieron las puertas del salón de baile y todos se levantaron. Sophie se giró para mirar a su amiga, pero notaba los ojos de Bastiano clavados en el cogote.

—¡Lo sabías! —le dijo Gabi solo con los labios.

Sophie sonrió e hizo un esfuerzo para no derrumbarse cuando Alim besó a la pequeña Lucia. Quería decirle a Bastiano que estaba esperando un hijo, quería que hubiese esperanza para ellos, pero no la había. En ese momento sabía que no la había habido nunca, que nunca iba a haber acabado bien. Quería estar contenta por su amiga, pero estar en una boda con el corazón hecho añicos y al lado del hombre que se lo había hecho añicos era un infierno personal e insoportable.

Era muy fácil ver que Gabi y Alim estaban enamorados y eso parecía resaltar lo desesperanzada que era su situación.

—¿Cuánto dura la ceremonia? —preguntó él en un momento dado.

—¿Y yo qué sé? —contestó ella.

Sophie notó más que oyó que él dejaba escapar una ligera risa amarga. Era una tortura de verdad.

Sin embargo, Gabi y Alim estuvieron casados por fin. Cuando los invitados fueron a ocupar sus sitios en las mesas, Sophie miró dónde tenía que sentarse y vio que era al lado de él. Era una tortura que decidió ahorrarse.

—Gabi…

Dio un beso a su amiga, le dio la enhorabuena y buscó la mejor manera de decirle lo que tenía que decirle.

—¿Vas a marcharte? —se adelantó Gabi.

—Es que…

Se sentía mal. Quizá fuese algo mental porque sabía que estaba embarazada, pero tenía náuseas y se sentía mareada, y

completamente fuera de lugar.

—Lo entiendo, Sophie.

Había oído los rumores y, en su caso, le habría parecido espantoso tener que estar sentada al lado de Alim cuando todo su mundo se había desmoronado.

—Toma —Gabi tomó la tarjeta de Sophie de la mesa y escribió algo—. Es el número privado de Alim, ponlo de referencia.

—No puedo.

—Sí puedes, Sophie.

—Lo usaré solo si estoy desesperada.

Se sentía desesperada, pero no por el trabajo. Quería ir a donde estaba Bastiano y exponerle su situación. Quería decirle que no se había llevado su ridículo anillo y quería contarle lo que había averiguado hacía unas horas. Miró alrededor y lo vio inmediatamente, hablando con una rubia despampanante, o, mejor dicho, ella hablaba con él, quien también miraba alrededor hasta que se encontró con los ojos de Sophie.

Ella se dio media vuelta y se dirigió hacia los cuartos de baño, pero no llegó. Miró hacia el mostrador de recepción, donde estaba Anya. Antes, habrían charlado, pero, en ese momento, Anya no la miró a los ojos. También estaba Inga, sacando brillo al latón de las puertas y hablando con Ronaldo. Nadie le hacía caso. Antes, se había sentido como en casa, pero ya no.

Se marchó y no fue solo por la boda. Había llegado el momento de que aceptara que no tenía nada en Roma y que tenía que volver a su tierra.

Su desaparición no pasó inadvertida.

—Discúlpame —le dijo Bastiano a la rubia despampanante.

No tenía ni idea de quién era esa mujer, pero eso no era ninguna novedad. La diferencia era que, ese día, el anonimato no tenía ningún atractivo.

Quería hablar con Sophie y saber qué tal le había ido. Quería saber que todo le iba bien para poder marcharse tranquilamente. Sin embargo, no podía encontrarla.

Se sentó y observó que había desaparecido la tarjeta del sitio que había a su lado. Él era como era y ya había comprobado que habían puesto a Sophie a su lado.

La mesa se llenó, el sitio de ella permaneció vacío y él decidió que quizá hubiese pedido que la cambiaran de sitio. Se dijo a sí mismo que había sido una decisión sensata, aunque no le sentaba

bien. Sin embargo, cada vez tuvo más claro que no se había cambiado de mesa, que se había marchado de allí.

—¿Dónde está Sophie? —preguntó a la pareja de recién casados cuando terminaron la comida y los discursos.

—Creo que fue un poco excesivo para ella —contestó Gabi mirándolo a los ojos—. Le habría resultado muy complicado quedarse cuando todo el mundo la ha etiquetado de ladrona y es motivo de habladurías muy dolorosas. Le agradezco mucho que haya asistido a la ceremonia.

Más tarde, Bastiano no pudo evitar hablar un rato con Alim.

—Creo que es posible se haya tratado a Sophie con un poco severidad.

—Vaya, ¿tú contratas a ladrones? —Alim arqueó las cejas, pero captó la preocupación de su amigo—. No le pasará nada.

—No encontrará trabajo.

—Me extrañaría. Acaban de informarme de que voy a ser su referencia.

Si el sultán Alim de Zethlehan era su referencia, a Sophie no le pasaría nada. Él podía relajarse y olvidarse de ese desafortunado incidente… pero no podía. Había invitadas muy guapas por todos lados, pero se acostó antes que el novio y la novia… y solo.

Además, se despertó antes de que saliera el sol, como hacía siempre.

—¡Adelante! —exclamó cuando le llevaron el desayuno a las seis en punto.

Cerró los ojos para que no le dieran conversación. Algunas cosas no cambiaban nunca. Aunque habían cambiado…

—¿Quiere que se lo sirva?

Él abrió los ojos y vio los ojos azules de Inga, la doncella que le caía mal a Sophie.

—Largo.

Bastiano hizo un esfuerzo para dominar la rabia porque había entendido lo que había pasado. Tardó menos de una hora en confirmar lo que había intuido. Estuvo con Dario y Benita mirando cintas de seguridad antiguas.

—Siempre me sirven el desayuno a las seis, menos aquella mañana.

—Lo pidió a las siete —replicó Benita mirando el impreso del pedido.

—No.

Estaba seguro de eso. Lo único que había cambiado había sido el *shakshuka*, y había acabado estampado contra la pared.

El desayuno lo pedía siempre a las seis e Inga se lo había llevado justo a esa hora. Volvieron a sacarlo de la habitación dos minutos después.

Sophie no era una ladrona, pero lo más desconcertante era que se hubiese preocupado en investigar para que se hiciera justicia con su doncella.

—¿Recuperará el empleo? —preguntó Bastiano.

—No la despidieron solo por haber robado —contestó Benita encogiéndose de hombros con incomodidad.

—Si acostarse con los clientes es el criterio para despedir a las doncellas en el Grande Lucia, la tasa de desempleo en Roma va a dispararse. ¿Quiere que le dé nombres? —preguntó Bastiano en tono tajante.

Benita cerró los ojos un momento antes de contestar.

—No hace falta.

—Perfecto. Entonces, ¿va a contratar otra vez a Sophie?

Benita asintió con la cabeza y, una hora más tarde, Bastiano se montó en su helicóptero con la conciencia tranquila… casi. En absoluto.

Capítulo 11

A SOPHIE le espantaba ese trabajo. Aunque, naturalmente, intentaba que no se le notara.

Por mucho que limpiara el mugriento bar que había a las afueras de su pueblo, las superficies no brillaban y la moqueta seguía pringosa. Aun así, prefería limpiar cuando el bar estaba vacío que cuando estaba abierto.

Se decía que era un trabajo y un techo, aunque no duraría mucho.

Pino, su jefe, ya la había advertido de que era un empleo temporal y en ese momento, cuando estaba embarazada de seis meses, seguía sin saber dónde viviría cuando naciera le bebé, pero no sería en casa de sus padres.

Sophie había dejado su casa con deshonra y había vuelto con escándalo. Sus padres, después de mucho dolor, le habían pedido al sacerdote que hablase con ella. El sacerdote le había dicho que había parejas que querían tener un hijo como fuera y que podrían proporcionarle una casa fantástica.

Se produjo una discusión cuando le dijo a su familia que ella se ocuparía de su hijo y no había vuelto a verlos casi desde entonces. La madre de Gabi había entrado en razón después de que naciera Lucia, pero ella sabía que no pasaría lo mismo con sus padres, y no podía quedarse allí.

Aunque Pino le diera trabajo, no quería criar a su bebé en un cuarto encima de un bar como ese.

Además, Pino le daba escalofríos. Por eso, subió a su pequeño dormitorio en vez de trabajar en su día libre, como solía hacer.

—¿Adónde vas? —le preguntó Pino—. Es hora de abrir.

—Es mi día libre —le recordó Sophie.

—Bueno, necesito que trabajes.

Pino, que no esperaba una discusión, se encogió de hombros y fue a abrir la puerta principal.

—Tengo una cita en el pueblo —replicó Sophie—, en el hospital. Es mi control semestral y no puedo saltármelo.

Era mentira. Había visitado un par de veces a su médico de familia de toda la vida, pero no se lo había dicho a Pino. Subió, se lavó lo mejor que pudo en el pequeño cuarto de baño que

compartía con Pino y se puso un vestido negro, unas botas y una chaqueta ligera.

Cuando bajó, oyó que Pino estaba hablando con uno de los clientes habituales y esperó poder escabullirse.

—¡Sophie!

Él la llamó justo cuando había llegado a la puerta.

—Ya sabes que tienes que estar a las cinco.

Iba a estar muy justa de tiempo. Casta estaba a tres horas en tren, no sabía cuánto se tardaba desde la estación hasta el antiguo convento y tampoco sabía cuánto duraría la entrevista, pero tenía esperanza por primera vez desde hacía meses.

Una mujer que llevaba algunos suministros al bar le había hablado del antiguo convento de Casta. Era un centro de salud y descanso muy caro y estaban buscando doncellas internas.

—Es fantástico. Solo se quedan con los mejores productos —la mujer había mirado a Pino con desprecio—. Él se queda con las inmundicias. Deberías llamarlos. La gobernanta es una mujer que se llama Karmela. Mi sobrina trabajó allí. La aceptaron cuando estaba embarazada y siguió trabajando durante dos años después de que naciera el bebé

—¿Vivió allí con su hijo?

El corazón se le aceleró tanto que debió de despertar a su hijo porque notó las pataditas.

—Sí. Trabajaba mucho, desde luego, pero le encantaba. Ponte lo más guapa que puedas, es muy elegante.

La entrevista telefónica había salido muy bien y en ese momento, cuando el tren pasaba por un túnel, buscó un peine en el bolso. Le encantaría hacer algo más, pero no tenía nada más que hacer.

¡Sí! ¡Tenía el número de Alim!

Sacó la tarjeta de la boda y la miró un rato. No la había empleado todavía. El tipo de trabajos que había podido encontrar no habían exigido referencias, y menos de un sultán. No iba a utilizar esa baza a la ligera, pero sí la necesitaba en ese momento.

Estaba impaciente por dar a luz. La propuesta de sus padres para que lo diera en adopción le había hecho ver lo mucho que lo quería,. Las circunstancias no eran las idóneas, pero lo quería muchísimo.

El tren salió del túnel y entró en el valle de Casta. Era la primera vez que estaba allí y era impresionante. El tren avanzaba entre montañas con el mar al frente. Hasta que giró y tomó unas vías sobre pilares. Como no se atrevía a mirar, cerró los ojos y apoyó la

cabeza en la ventanilla. Debería haberse quedado en Roma. Al menos, allí había tenido amigas.

Le encantaría hablar con Gabi, pero no sabía qué decirle. Al fin y al cabo, su amiga estaba casada con un sultán y parecería que estaba pidiéndole ayuda si le contaba que estaba embarazada. Sin embargo, no era solo eso. Alim era amigo de Bastiano.

Sabía que Gabi, con la mejor voluntad del mundo, se preocuparía por su situación y acabaría contándoselo a Alim. ¿Se lo contaría él a Bastiano? Suponía que acabaría contándoselo y que la reacción de Bastiano sería…

Prefería no saberlo.

Se ofendería, se enfurecería y decidiría que lo había preparado todo para atraparlo.

Podía lidiar con su rabia, pero no podría soportar el sentido del deber que le entraría. Bastiano tenía razón, eran iguales. Él, debajo del glamur de su vida, debajo de su reputación de playboy incorregible, era un siciliano como ella.

No podía soportar la idea de que Bastiano Conti se sintiera obligado a casarse por sentido del deber. Al fin y al cabo, ella había huido de un matrimonio forzado.

Cuando se bajó del tren, aspiró el aire salado, el viento le agitó el pelo y se cerró un poco más la chaqueta.

—Estoy buscando el antiguo convento —le dijo a la mujer que estaba en la taquilla de la estación.

Ella le informó de que había un autobús que salía a los quince minutos.

—Aunque solo le lleva hasta la base.

Sophie asintió con la cabeza. Le habían dicho por teléfono que había una verja de entrada y que tenía que llamar por el telefonillo para que un coche fuera a recogerla.

El autobús la llevó a través de Casta y enfiló colina arriba, pero estaba demasiado nerviosa como para admirar las vistas. La dejaron en un paraje desolador, pero las instrucciones de Karmela fueron acertadas. Llamó a un telefonillo en la verja, dio su nombre y dijo que había ido para hacer una entrevista. Un coche llegó enseguida y la llevaron por un largo camino flanqueado de árboles hasta que llegaron al antiguo convento. Los terrenos tenían fuentes y senderos y, una vez dentro, el edificio tenía un aire tranquilo.

—Sophie… —la saludó la recepcionista con amabilidad.

Ella rellenó unos impresos y la acompañaron a la entrevista. Karmela, la gobernanta, le pidió que se sentara y no se anduvo por las ramas.

—Dijiste por teléfono que tienes experiencia en un hotel de cinco estrellas.

—Trabajé un año en el Grande Lucia de Roma.

—¿Puedo preguntarte por qué lo dejaste?

Sophie dijo la verdad… a medias.

—Tuve un problema con el padre de mi bebé.

—Bueno, sería complicado crear problemas aquí. La seguridad es muy estricta, no puede entrar cualquiera y está vallado.

Naturalmente, no era el tipo de problema que había tenido Sophie, pero sonrió a Karmela.

—Tendrías que firmar una cláusula de confidencialidad. Algunos de nuestros huéspedes son muy famosos y no queremos que los empleados hablen más de la cuenta.

—En el Grande Lucia teníamos muchos huéspedes famosos y de la realeza.

—Lo entiendo —Karmela asintió con la cabeza—. Aquí, sin embargo, muchos de los huéspedes están… Digamos que están reponiéndose de una vida vivida muy deprisa.

—Ah…

—¿Te preocupa eso?

—En absoluto —contestó Sophie.

—¿Estás trabajando en este momento? —le preguntó Karmela mientras repasaba los papeles.

Sophie los había actualizado a mano.

—Sí.

—¿Te importaría que llamara para pedir referencias?

A Sophie se le secó la boca y tardó un momento en contestar.

—Creo que me pondría en una situación comprometida.

—¿Cuánta antelación exigiría él? —preguntó Karmela mientras la miraba y veía que le costaba contestar.

—Bueno, creo que no se tomaría bien que me marchara.

Karmela pareció entenderlo inmediatamente.

—¿Qué me dices de tu empleo anterior?

—El sultán Alim es mi referencia. Me dio su número privado.

—¿Puedo llamarlo?

—Claro —contestó Sophie mientras le escribía el número.

El resto de la entrevista fue muy bien y Karmela empezó a hablar como si Sophie ya tuviese el empleo.

—Tendrás que hacer las habitaciones y abrir las camas. Nosotros animamos a los huéspedes a que coman en el restaurante, pero algunas veces tendrás que llevarles la comida a sus suites. Algunos de nuestros clientes pueden ser muy exigentes, pero estoy segura de

que estás acostumbrada.

Sophie asintió con la cabeza y decidió que había llegado el momento de comentar lo evidente.

—Sé que solo podré trabajar durante un par de meses, pero hago muy bien mi trabajo y cuando haya nacido mi hijo, trabajaré más todavía.

—Sophie, estamos muy acostumbrados a las madres solteras. Las celdas tienen sitio para una cama y una cuna.

—¿Las celdas?

—Hemos mantenido el nombre antiguo. Las celdas era donde dormían las monjas, pero no te preocupes, se han modernizado. Son sencillas, pero muy cómodas. En tu caso, los plazos son favorables. Hay un período de dos meses en el que solo te formas para alcanzar nuestro nivel. El señor Conti tiene un concepto muy estricto del sitio y ha dado muy buenos resultados…

—¿El señor Conti?

—Sí. Bastiano Conti. Sus establecimientos son famosos en todo el mundo. Este impresionante edificio antiguo estaba abandonado cuando él lo compró. Ahora, los huéspedes vuelan de todo el mundo para descansar aquí y…

Sophie no oyó nada más. El antiguo convento era de Bastiano. No podía trabajar allí, la esperanza se esfumó. En cuanto viera que estaba embarazada…

Cerró los ojos y se imaginó a Bastiano que descubría que la doncella ladrona que le había llevado algo más que el desayuno estaba esperando un hijo. Sencillamente, no podía afrontarlo. Estaba intentando no derrumbarse cuando Karmela dio por terminada la entrevista.

—El conductor te llevará hasta la estación —le comentó Karmela mientras la acompañaba al coche—. Me pondré en contacto contigo muy pronto.

Karmela cumplió su palabra y la llamó al día siguiente para comunicarle que el empleo era suyo. Desgraciadamente para las dos, Sophie lo rechazó con cortesía.

Capítulo 12

BUON *compleanno!*

—*Grazie.*

Bastiano respondió mecánicamente cuando su secretaria le deseó un cumpleaños feliz. Era nueva y no era de ese pueblo, y, naturalmente, no sabía que no había cumpleaños felices para él. Al fin y al cabo, había sido el día que había muerto su madre.

Esperaba que ella dejara las cosas ahí, pero, como él había pasado fuera unos días, tenían que ponerse al tanto.

—¿Qué tal la reunión en Roma? —preguntó ella.

—Bien.

Había vuelto tres veces desde la boda y aunque ya no pensaba comprar el Grande Lucia, le había dicho a su secretaria que le hiciera la reserva allí por trabajo. Desde luego, no había sido por placer.

Roma le había parecido vacía. No había habido ni rastro de Sophie y, dado todo lo que había pasado, se había resistido a preguntar dónde estaba.

Bastiano hizo todo lo que pudo para pasar por alto la fecha y se ocupó de lo más importante, pero a la hora de la comida cedió y pulsó el intercomunicador.

—Pídeme el coche.

Poco después, bajaba por la carretera privada que había construido cuando compró el convento y se dirigía hacia el pueblo. Aparcó al lado de la iglesia y tomó el camino de grava hasta la tumba. Ya iba muy poco por allí. Había visitado la tumba de Maria de vez en cuando, más por remordimiento que por dolor, pero ese día no había ido a visitar a Maria.

De niño, visitaba algunas veces la tumba de su madre, pero no tenía recuerdos ni encontraba consuelo. Ese día tampoco lo encontró, solo tuvo remordimientos, que era con lo que se había criado. Era un remordimiento que el tiempo no borraba porque su mera existencia le había privado a ella de la vida.

La lógica intentó decirle que eso no era verdad.

Su madre no le había contado a nadie que estaba esperando un hijo y había hecho todo lo que había podido para que no se le notara. Había dejado de comer hasta que un día se desmayó. Había

llegado al convento débil y hambrienta.

El antiguo convento ya no estaba consagrado, pero para él seguían vigentes las leyes de entonces y se daba apoyo a las madres solteras que querían trabajar allí.

Si su madre hubiese llegado antes…

—Tengo tu anillo —le dijo él.

Sin embargo, los árboles no se agitaron de repente y los pájaros siguieron cantando como antes. No hubo ninguna señal de que ella lo hubiese oído.

Lo sacó del bolsillo y se acordó de cuando Raul fue a visitarlo para pedirle la dirección de Lydia. Entonces, tuvo la ocasión de pedirle la única cosa que él apreciaba. Ya no la apreciaba tanto. Miró la esmeralda y las perlas, pero no vio la belleza, vio la maldición. Las dos mujeres a las que había amado lo habían llevado puesto cuando murieron. También se acordó de Sophie, de cuando dio la vuelta al bolsillo y lo enseñó en su mano, y de las palabras despiadadas que él le había dicho. Naturalmente, le había mandado las flores por su cumpleaños, pero, en aquel momento, le pareció más fácil mentir que reconocer el cariño.

La había perdido por ese anillo.

Lo que había sido vital en un momento, no tenía ningún sentido en ese. Tomó el pequeño anillo y lo tiró porque solo había significado dolor y destrucción.

Tenía que saber qué tal estaba, tenía que saber que Sophie estaba bien.

Él estaba siendo el *stolto* en ese momento porque estaba tomando las curvas demasiado deprisa. Llegó al convento y dejó el coche en la puerta con el motor encendido.

—Apárcalo —le ordenó al portero.

Entró a grandes zancadas y dio unas instrucciones antes de que cambiara de opinión.

—Quiero hablar con el sultán Alim. Contestaré la llamada en mi despacho.

—Claro.

Era tres horas más tarde en Zethlehan, pero sabía que podrían tardar en ponerle en contacto con Alim porque era muy probable que estuviese ocupado. Sin embargo, no quería hablar con Alim, sino con Gabi. Tenía que saber dónde estaba Sophie.

Le parecía como si estuvieran tardando un siglo en ponerle en contacto con Alim. Fue de un lado a otro por el despacho y miró la vista del estrecho, pero no le tranquilizó como solía hacer.

A los diecisiete años, cuando se leyó el testamento de Maria,

había escalado los muros del convento para escapar de las habladurías del pueblo.

Cuando Raul inició su ascenso en Roma, él se quedó en Casta. Su ascenso había sido más lento que el de Raul.

Había visto las posibilidades del edificio y le habían aceptado su oferta, que había sido baja. Había pedido un préstamo y había empezado la remodelación. Los primeros clientes fueron llegando con cuentagotas y un actor de segunda se había quejado a la prensa de su precio y había dicho que era prohibitivo. Las reservas se triplicaron gracias a la mejor publicidad que había podido esperar.

En ese momento, había lista de espera aunque siempre había dos habitaciones disponibles por si algún joven adinerado necesitaba descansar con urgencia.

Aunque tenía más establecimientos igual de exclusivos, esa era su base y le servía de trampolín para el mundo. Gracias a sus famosos huéspedes, Bastiano era un nombre que figuraba en las listas de invitados más codiciadas del mundo. Viajaba mucho e iba a muchas fiestas, pero siempre volvía allí, aunque, últimamente, esas paredes ya no le parecían las de su casa.

—El sultán Alim está al teléfono.

Bastiano lo descolgó.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Alim.

—Bien —contestó Bastiano—. Muy bien. ¿Has vendido ya el hotel?

—Ya no está en venta. ¿Acaso has cambiado de opinión?

—¡No! En realidad, me gustaría hablar un momento con Gabi. Me preguntaba si sabría algo de Sophie.

—¿Sophie?

—La doncella…

—Sé quién es. Creía que estabais en contacto otra vez.

—¿Por qué lo creías?

—Porque tu gobernanta me llamó para pedirme referencias. Le di unas referencias impecables.

¿Sophie había estado allí??

Dijo cuatro cosas más, pero cortó la llamada enseguida. Llamó a recepción y pidió que Karmela fuese a su despacho. Había estado todo ese tiempo preocupándose y se enteraba de que Sophie había estado allí.

—¿Pasa algo? —preguntó Karmela con preocupación.

—No pasa nada —contestó Bastiano—. Hace un par de meses entrevistaste a una joven…

—Entrevisto a mucha gente.

—Se llamaba Sophie y había trabajado en el Grande Lucia.

—Ah, sí.

—¿No le ofreciste el puesto?

—Claro que se lo ofrecí —contestó la gobernanta—. Sophie era una candidata excelente y con referencias constatadas, pero, cuando la llamé para ofrecerle el empleo, me dijo que había aceptado otro trabajo.

—¿Dónde?

—No se lo pregunté —contestó Karmela—. Me sentí decepcionada y enfadada por la pérdida de tiempo. Incluso, le dije que no habría ningún inconveniente cuando tuviera el hijo…

—¿El hijo?

—Siempre ha dicho que no le importa que contratemos a madres solteras siempre y cuando no se oigan a sus hijos.

—¿Estás diciendo que estaba embarazada?

—Sí, de cinco o seis meses —contestó Karmela—. Me contó que había tenido que marcharse de Roma porque había tenido algún problema con el padre del bebé.

Esas palabras fueron como cuchillos.

—Tráeme su currículum.

Estaba sudando. Bastiano estaba tan en forma que no sudaba ni con el calor abrasador del verano siciliano. Permaneció frío incluso cuando Raul lo agarró del cuello y le acusó de haber provocado la muerte de Maria. No como en ese momento.

Volvió a acordarse de la boda y de la última vez que la había visto. Si lo que decía Karmela era verdad, Sophie tenía que haber estado embarazada de tres meses en aquel momento. Lo habría sabido, ¡habían hecho el amor la noche anterior! Sin embargo, había sido algo frenético y apresurado fruto de la necesidad y por la mañana…

Karmela le llevó los papeles. Estaba casi todo escrito a máquina, pero el empleo más reciente estaba escrito a mano.

—¿Qué dirección es esta?

—Un bar, y no especialmente agradable —contestó Karmela—. No me molesté en llamarlos para pedirles referencias.

—¿Por qué?

—Sophie me contó que vivía y trabajaba allí, pero que no estaba muy contenta y que las cosas empeorarían si su jefe se enteraba de que estaba pensando dejarlo. En cambio, llamé a su jefe anterior, al sultán Alim.

La despidió con un gesto de la mano porque tenía que asimilar todo lo que acababa de oír, pero tuvo que hacerle otra pregunta

cuando llegó a la puerta, algo que no podía desprenderse de las páginas que tenía en la mano.

—¿Qué aspecto tenía?

Karmela extendió las manos y se encogió de hombros sin saber qué decir.

—Señor Conti, fue hace un par de meses…

—¿Qué aspecto tenía? —repitió él.

Le daba igual que sus preguntas consiguieran que Karmela creyera que el bebé era suyo, lo único que le preocupaba en ese momento era Sophie.

—Parecía cansada —contestó Karmela.

—¿Y qué más? —le presionó Bastiano.

Karmela lo pensó un momento.

—Aliviada. Parecía muy aliviada por haber encontrado este sitio. Me dio la sensación de que estaba pasándolo mal donde estaba. Por eso me sorprendió tanto que rechazara el empleo.

Bastiano sabía por qué lo había rechazado. Sophie lo había considerado maravilloso cuando lo conoció, como un caballero que no iba a permitir que se fuera de su suite con la ropa mojada, solo había visto lo que tenía de bueno. Hasta que demostró que era distinto. Ella, mientras hacían el amor, le había pedido que no la defraudara nunca y la había defraudado. Había llegado el momento de que arreglara las cosas.

—¡Es la hora de abrir! —gritó Pino mientras golpeaba la puerta del dormitorio de Sophie.

—Ahora voy.

Era una tarde lluviosa, estaba agotada y le dolía la cabeza. Llevaba un tiempo sin poder dormir. Estaba demasiado nerviosa con Pino merodeando. Esa tarde estaba tan cansada que se habría echado una siesta.

Sin embargo, era imposible.

Se levantó de la cama y se puso los zapatos. Se cepilló el pelo y se preparó para pasar otro turno interminable detrás de la barra y para fregar los vasos hasta bien entrada la noche. Aunque sabía muy bien que no podría trabajar durante mucho tiempo más. Todavía faltaban seis semanas para que diera a luz, pero su cuerpo le decía que necesitaba descansar.

Sin embargo, ¿dónde iba a descansar?

Había sido muy desafiante cuando les dijo a sus padres y al sacerdote que ella se ocuparía de su hijo, pero la verdad era que

había ahorrado muy poco. Su empleo le daba techo y comida, pero el sueldo era muy bajo.

Salió del dormitorio y se encontró con Pino en el pasillo. Le daba escalofríos que siempre estuviera rondando.

—He estado pensando —comentó él mientras empezaban a bajar las escaleras—. Eres una trabajadora buena y podrías quedarte cuando nazca el bebé.

—¿Quedarme?

Ella se dio la vuelta cuando llegó al pie de la escalera y, por un segundo, creyó que Pino estaba siendo amable mientras pasaba a su lado y abría el pestillo de la puerta.

—Puedes llevar tus cosas al dormitorio de delante, es más cálido.

Estaban a mediados de enero y no hacía frío, pero el edificio y el ambiente eran húmedos. Sin embargo, ese no era el motivo para que Pino le propusiera que llevara sus cosas. El dormitorio de delante era el de él.

No lo haría jamás.

Sin embargo, sabía que tendría que ponerse en contacto con Bastiano. También sabía muy bien que se necesitaban dos personas para engendrar un bebé y él tenía ciertas responsabilidades. Sin embargo, lo que le desgarraba el corazón era hasta dónde iba a cumplirlas él.

Entró en el bar mientras entraban los clientes. Sabía lo que querían sin necesidad de preguntárselo, lo cual agradecía porque tenía la cabeza demasiado ocupada para dar conversación. Sabía que tenía que marcharse, y pronto.

—¡Sophie!

La llamaban desde distintas direcciones y les sirvió sus bebidas, pero no con una sonrisa. Además, oía el tamborileo impaciente de unos dedos que le llegaba de la izquierda. Podía esperar, ya sabía cómo no hacer caso a un cliente impaciente hasta que ella estuviese dispuesta a atenderlo.

—¿Desea algo? —preguntó por fin a los dedos que tamborileaban.

Sin embargo, se puso en alerta antes de mirarlo a la cara. Las uñas estaban muy bien cuidadas y desprendía un olor caro que jamás se había olido en ese sitio. Fue subiendo la mirada por la corbata y el traje oscuro hasta que se encontró con los ojos que había anhelado ver y había intentado evitar.

—Bastiano…

Su mente estaba ralentizada, intentaba decirle que era posible

que él hubiese pasado por allí y hubiese parado para beber algo, aunque también sabía que ese sitio estaba a años luz de cualquier sitio que él frecuentara.

—¿Qué quieres que te sirva? —le preguntó ella.

—Quiero hablar contigo en privado.

Estaba pálido, tenía la cicatriz de la mejilla tan blanca que parecía como si acabara de hacérsela. Podía captar su furia y sintió una opresión en el pecho cuando él le miró el abdomen. Lo que no sabía era que esa furia no iba dirigida contra ella.

Bastiano había estado observando a Pino, quien estaba detrás de la barra con los brazos cruzados mientras miraba cómo trabajaba Sophie. No le había indignado solo su vagancia, también había visto cómo le recorría el cuerpo con la mirada.

Tenía que sacar a Sophie de allí.

—Estoy trabajando —replicó ella.

Quería ganar tiempo. Aunque llevara muchos meses preparando un momento como ese, seguía sin saber qué decirle y, naturalmente, dijo lo que no tenía que decir.

—¿Qué quieres que te sirva?

—¡Sophie! Quiero hablar contigo afuera.

—Ya se lo ha dicho, está trabajando.

Bastiano ni siquiera miró a Pino.

—Creo que será mejor que se marche.

El bar se quedó en silencio. La voz de Pino indicaba peligro y, al fin y al cabo, había un forastero en el pueblo. Un forastero trajeado y refinado. Ella miró a Pino, quien miró por la ventana el vistoso coche de Bastiano. Era evidente que ese no era su sitio.

—No voy a marcharme a ningún lado hasta que hayamos hablado —replicó Bastiano mirando a Sophie a los ojos.

—Bastiano… —la voz de Sophie salió tensa y chillona—. Ahora no.

Ella quería advertirle de que no montara una escena, de que ya había visto muchos altercados entre esas paredes.

—Ya le ha oído —intervino Pino.

Entonces, la situación, que ya era tensa, empeoró cien veces más cuando Pino se acercó y rodeó los hombros de Sophie con un brazo. Ella se lo quitó de encima, pero el daño ya estaba hecho.

Aparte de aquella mañana espantosa, Bastiano siempre había sido amable con ella, pero, en ese momento, podía ver la otra cara de él.

No explotó y fue mucho peor, fue como si el bar se hubiese quedado congelado.

—Sophie —dijo Bastiano en un tono gélido—, sal y espérame en el coche.

Ya se enfadaría con Bastiano más tarde. En ese momento, solo quería salir. Sin embargo, quería que él la siguiera porque sabía lo brutos que podían ser los clientes de ese bar.

—Hablaremos fuera —propuso ella.

—No —la corrigió él sin dejar de mirar a Pino—. Sal y espérame en el coche. Yo recogeré tus cosas.

Bastiano levantó la barra y Sophie salió. Los clientes se apartaron para que saliera la única mujer que había allí. Cuando estuvo dentro del coche, Bastiano lo cerró con un pitido.

Estaba enfadado porque sabía que ella había estado tan asustada que no había dado a ese hombre como referencia, conocía perfectamente a ese tipo de hombres.

Sin pedir permiso, pasó detrás de la barra y siguió hasta el pasillo. Pino lo siguió. Subió las escaleras y encontró el cuchitril que Pino llamaba dormitorio, y por el que le cobraría la mitad del sueldo.

Tardó dos minutos en vaciarlo.

Había un viejo armario de madera con un par de faldas y una bolsa con algunos zapatos. La cómoda con cajones tenía igual de pocas cosas y no tardó nada en meterlas en la bolsa de viaje. Fue al cuarto de baño, recogió su cepillo y su maquillaje y descolgó la ropa interior que estaba secándose en la barra de la ducha. No lo hizo porque Sophie fuese a necesitarla, pronto iba a llevar una ropa interior mucho más delicada, lo hizo porque no soportaba que Pino la hubiese visto. Volvió al cuarto, miró debajo de la cama y encontró otro par de zapatos. Luego, levantó el colchón y encontró su cartera y un pequeño diario de cuero. Él también había sido pobre y se conocía todos los trucos.

—Tenía que habérmelo dicho con dos meses de antelación, me los debe —comentó Pino, que estaba en la puerta mirando todo lo que hacía.

Bastiano no dijo nada, pero fue a meter las cosas en la bolsa de viaje y el diario se cayó abierto. Allí, entre las hojas, había una rosa, la rosa de él.

—He dicho… —fue a seguir Pino.

Sin embargo, esa rosa había sido la gota que había rebosado el vaso y lo empujó contra la pared.

—Me das asco —le dijo Bastiano—. Tienes suerte de que haya tenido su propio cuarto porque, si me entero de que la has tocado, te aconsejo que duermas con un ojo abierto.

Pino captó lo implacable de su amenaza porque levantó las manos y Bastiano lo soltó.

Volvió a bajar las escaleras y entró en el bar con la bolsa de Sophie encima del hombro. Había muchos necios, pero ninguno se atrevió a hablar… solo uno. Pino, desde la seguridad que le daba estar en lo alto de la escalera, quiso decir la última palabra.

—Yo, al menos, le he dado cobijo. ¿Dónde estabas tú?

Sophie miraba desde el coche y esperaba el ruido de la pelea, pero todo estaba inquietantemente silencioso. Hasta que, para perplejidad de ella, Bastiano salió tan tranquilo.

Abrió el coche, se montó, tiró la bolsa en el asiento de atrás e intentó contener la furia mientras las palabras de Pino le retumbaban en la cabeza.

—No tenías derecho a irrumpir…

—¿El bebé es mío? —la interrumpió Bastiano.

—Lo sabes muy bien.

—Entonces, tenía todo el derecho.

Quiso arrancar con violencia y dejar las marcas de los neumáticos en el suelo, pero nunca había conducido con una mujer embarazada al lado.

—¿Por qué no acudiste a mí? —él no podía entenderlo y estaba haciendo todo lo que podía para dominar la rabia mientras conducía—. Fuiste al antiguo convento para buscar trabajo y, aun así, preferiste volver aquí. ¿Por qué?

—Porque me enteré de que era tuyo —contestó ella—. No quería que lo supieras.

—¿Por qué?

Entonces, Bastiano supo que no era el momento de tener una discusión. Quería llevarla a Casta y que comiera y descansara.

—Ya hablaremos cuando estemos en el convento.

—¿Qué pensaran tus empleados cuando llegue?

—Ni lo sé ni me importa.

—A mí sí me importa —replicó ella, que también estaba enfadada—. ¿Pretendes estropearme todos los empleos que consigo?

—No te preocupes, Sophie, no tendrás que volver a trabajar.

—Nunca me ha preocupado ir a trabajar. Me encantaba mi trabajo.

Bastiano sabía que eso era verdad.

—¿Por qué no acudiste a mí? —volvió a preguntarle él—. Sé que soy un malnacido…

—Yo nunca he dicho eso.

Eso también era verdad. Estaban acercándose al tramo de

carretera donde él había presenciado el accidente de Maria. El convento se veía a lo lejos mientras avanzaban en un silencio cargado de rabia.

—Es preciosa —comentó Sophie cuando pasaron al lado de una iglesia muy sencilla con un pequeño campanario.

Bastiano la miró y no le pareció preciosa porque detrás de la iglesia estaba el cementerio que solo guardaba recuerdos sombríos para él.

—Me alegro de que te lo parezca porque dentro de un par de semanas vamos a estar ahí.

—¿Cómo dices?

—Deberíamos casarnos antes de que nazca el bebé…

«Deberíamos». Esa palabra lo decía todo. Sería su esposa por sentido del deber y nada más. Ese era el motivo por el que no se lo había dicho y había hecho todo lo posible para sacarlo adelante sola. Bastiano tenía razón. Eran iguales y ella había sabido perfectamente cuál sería la reacción de él.

Sophie lo miró. Era un hombre que, cuando lo conoció, estaba pensando en casarse con una mujer con la que no había salido nunca.

—Tendrías más cuidado al elegir una manzana de un árbol que al elegir esposa.

—No arranco las manzanas —Bastiano se encogió de hombros—, me las traen peladas y cortadas.

—Sabes lo que quiero decir.

El coche estaba acercándose a la entrada del convento y Bastiano no tuvo que llamar por el telefonillo. Las verjas reconocieron con un sensor el coche y se abrieron lentamente.

—No tienes que casarte conmigo, Bastiano.

El coche siguió su camino, pero ella no lo miró cuando él se giró para mirarla un instante.

—Sophie, aquí en Sicilia las cosas son así. Sí tengo que casarme contigo.

Capítulo 13

LOS dos prefirieron dejarlo ahí. Era tarde y estaba oscuro, y sintieron cierto alivio cuando el coche salió del túnel de árboles y el convento apareció ante ellos, aunque ninguno lo dijo. El edificio antiguo era una visión tranquilizadora.

—¿Adónde vamos? —preguntó Sophie cuando se desviaron y tomaron un camino adoquinado que llevaba hacia el mar.

—¿Creías que iba a meterte en una celda?

A Sophie se le escapó una risa que no sabía que le quedaba dentro.

—Sinceramente, no me importaría.

—Bueno, en vez de eso, voy a recluirte.

—Me parece bien.

El coche aparcó delante de un edificio espacioso y ella pensó en aquellos días, cuando las monjas debían de ir allí de retiro. Afortunadamente, nadie salió para abrir las puertas del coche. Bastiano tomó la bolsa de viaje y la llevó hasta la puerta, que abrió él mismo.

—¿Es tu casa? —preguntó Sophie mientras entraba.

Aunque no se había parado a mirar con detenimiento, le parecía evidente que era una casa.

—Sí —contestó él.

—Creía que habías dicho que ibas recluirme.

—Para eso servía este sitio. Es mi sitio favorito.

Ella podía entenderlo. Era, a falta de una palabra mejor, un sitio impresionante. Los muros de piedra tenían el atractivo del pasado y la inmensa sala tenía unas vistas perfectas del mar. Los muebles eran modernos, aunque se mezclaban muy bien con el entorno, y había un sofá de cuero enorme en el que le encantaría tumbarse, aunque no estaba dispuesta a vivir con él ni mucho menos.

—Quiero estar sola.

—Me lo imaginaba. Había pensado alojarte en una de las suites más apartadas que reservamos para miembros de la realeza y clientes así.

—¿Y por qué no lo has hecho?

Bastiano contestó con otra pregunta.

—¿Para cuándo lo esperas?

—Para dentro de un par de meses, para finales de marzo.

—Eso son solo seis semanas y, al parecer, no nos sienta bien estar separados.

Podía notar que estaba agotada y no era justo hablar de eso esa noche.

—Te acompañaré a tu cuarto.

Ella abrió los ojos de asombro, lo justo para que él lo viera.

—No soy un malnacido absoluto, Sophie.

—Nunca he dicho que lo fueras, ni remotamente.

Ella lo siguió por un largo pasillo y Bastiano recordó que, efectivamente, no lo había dicho.

—Puedes relajarte aquí —le explicó él—. Tienes tu propia piscina…

—¿Las monjas nadaban?

—No —él no estaba de humor para sonreír con sus chistes, pero estuvo a punto de hacerlo—. Las he construido yo.

No estaba acostumbrada a eso ni a nada parecido. En su momento sería un lugar para el recogimiento y podía seguir siéndolo en ese momento, pero tenía una cama con aspecto de ser comodísima y un cuarto de baño tan grande que iba a necesitar un mapa para encontrar la salida.

—¿Quieres comer conmigo? —le propuso él.

—No.

—Entonces, le diré a Karmela que te traiga la cena y que te deshaga el equipaje.

—Creo que puedo deshacerlo yo, no es gran cosa.

—Lo solucionaremos pronto.

—No quiero que me vistas.

—De acuerdo —Bastiano se encogió de hombros—. ¿Necesitas algo?

—No. Me daré un baño y me acostaré —sin embargo, tenía que hacerle una pregunta—. ¿Cómo te enteraste de que estaba esperando un hijo?

—Ya te lo dije, me enteré de que viniste buscando trabajo.

No le contó ese sentimiento apremiante que hizo que llamara a Alim.

—Quería algo con alojamiento.

—¿Cómo se lo tomaron tus padres?

—Como me imaginaba. Llevamos tiempo sin hablarnos, pero la semana pasada me pidieron que fuera a cenar…

—Eso está bien.

—No tanto. Estaba el sacerdote para decirme que había una

pareja encantadora que le daría a mi bebé todo lo que yo no podía darle.

Él supo fácilmente cuál había sido su respuesta.

—Estoy cansada, Bastiano. ¿Esto no puede esperar hasta mañana?

Esa noche debería haber estado trabajando, pero se sentía como si la hubiesen desenchufado de una batería que estaba agotándose y, sencillamente, se había quedado sin fuerza.

—Claro.

Pulsó el intercomunicador para enseñarle a Sophie cómo funcionaban las cosas y se puso en contacto con Karmela.

—¿Podrías mandar una cena ligera al cuarto de invitados? —preguntó él.

—Naturalmente —contestó la gobernanta—. ¿Algo más?

—Lo preguntaré —él miró a Sophie, quien negó con la cabeza—. Eso es todo.

—Vendrá enseguida —le dijo Bastiano a Sophie.

—Gracias.

—Ya hablaremos mañana por la noche.

—¿Mañana por la noche?

—Tengo que trabajar. Hoy he perdido todo el día.

—Cuánto lo siento.

El sarcasmo de Sophie se desperdició porque él ya se había marchado.

Sophie no era la única que necesitaba estar sola. Bastiano también quería asimilar todo lo que había pasado ese día. Se había montado en el coche en cuanto se enteró de la existencia del bebé. Tardó dos horas en hacer el viaje que solía durar tres y se había concentrado en lo práctico, en sacarla de ese agujero inmundo donde había vivido y en arreglar las cosas lo más deprisa que había podido.

Se sirvió una bebida y se tumbó en la cama intentando hacerse a la idea de que pronto iba a ser padre… y de que si no lo hubiese averiguado por sus medios, podría no haberlo sabido jamás.

Oyó que un coche se paraba fuera y supuso que era la cena de Sophie. Él no tenía apetito.

¡Un hijo! Jamás había pensado en ser padre. Cuando se había planteado remotamente la posibilidad de casarse, el proceso no había pasado de ahí. Más aún, hacía unas semanas se había enterado de que Raul y Lydia estaban esperando un hijo y había dado gracias a los dioses por haberse librado. Se quedó como una hora dándole vueltas a la cabeza y observando cómo se esfumaba su

vida de soltero.

Entonces, llamaron a la puerta, levantó la mirada y vio a Sophie con el pelo mojado por un baño o una ducha y envuelta en el albornoz de la habitación.

—¿Me has traído el pijama?

—He traído todo lo que había allí.

—No, el pijama estaba debajo de la almohada.

—¡No miré debajo de la almohada! Además, ¿puede saberse quién usa pijama?

—Compartía el cuarto de baño con Pino.

—Muy bien —él señaló el armario con la cabeza—. Llévate una camisa si quieres, pero yo tengo mi propio cuarto de baño y no voy a mirar por el ojo de la cerradura.

Ella sonrió, y no fue la primera vez que sonreía ese día. Eso era lo que hacía, sonreía hasta en medio de una discusión. Él la devolvió.

—Me refería a una limpia —comentó Bastiano cuando ella tomó su camisa del suelo.

—Esta está bien. Me espanta el almidón —entonces, ella le preguntó algo—. ¿Es tu cumpleaños?

—¿Por qué lo sabes?

—Karmela comentó algo cuando me llevó la cena. Deberías habérmelo dicho —ella esbozó una sonrisa—. Te habría mandado unas flores, aunque también es verdad que podría haber transmitido un mensaje equívoco.

—Ja, ja —sin embargo, Bastiano tenía algo que decir mientras Sophie se marchaba—. No habrá mensajes equívocos conmigo.

Sophie pensó que eso era perfecto porque no quería complicarse las cosas con una relación sexual.

—*Buon compleanno.*

Sophie se encogió de hombros y se dio la vuelta para abrir la puerta, pero Bastiano tuvo que decir la última palabra.

—Todavía te deseo.

Efectivamente, sus mensajes no tenían nada de equívocos. Para su propia sorpresa, se dio cuenta de que todavía la deseaba.

Capítulo 14

SOPHIE no tenía ningún motivo para no dormir bien. La cena había sido deliciosa, el baño había sido relajante y la cama, cuando por fin se había tumbado en ella, le había parecido una nube.

Solo Bastiano la había alterado, aunque de la más agradable de las maneras. No se le había pasado por la cabeza que a esas alturas del embarazo, y cuando había que solucionar tantas cosas, pudiera haber una atracción tan intensa entre ellos.

Se sentó en la cama y en vez de sentir linóleo barato en los pies sintió la calidez de una alfombra mullida. El ambiente era tan cálido que no hacía falta ponerse el albornoz.

Era temprano, algo antes de las seis, y decidió ir a la cocina a por un poco de leche y llevársela otra vez a la cama. No se había esperado encontrárselo en la cocina, vestido solo con unos pantalones y esperando a que saliera el café.

—Creía que te llevarían el café a la cama.

—Aquí no. No soporto que me den conversación por la mañana.

Sophie se sirvió algo de leche.

—¿Has tenido mucha atención prenatal?

Siempre la sorprendía. Ella no había pensado en ese tipo de preguntas que le hacía tan despreocupadamente.

—Creía que no te gustaba la conversación por la mañana…

—Hay algunas cosas que tienen que preguntarse.

—No mucha —reconoció ella.

—Tenemos un médico que viene todos los días. Le pediré que te vea, aunque creo que deberías tener el hijo en Roma.

—¿En Roma? —Sophie le sonrió con incredulidad—. ¿No hay un hospital aquí?

—Sí, pero no vas a tener a tu hijo en Casta.

—Yo decidiré dónde voy a tener a mi hijo.

—Nuestro hijo —Bastiano se dominó. No quería tener una discusión, pero ella tampoco iba a tener el hijo allí—. Le diré al médico que te vea.

—Muy bien, dime cuándo. Quiero ir a Casta. Necesito algunas cosas para mí y para el bebé. Estaba pensando en ir al mercado.

—¿En Casta? —preguntó él mirándola con espanto.

—Bastiano, estás convirtiéndote en un esnob.

—Me convertí hace tiempo. No vas a vestir a mi hijo en el mercado de Casta. Ya hablaremos esta noche.

Sophie pensó que, efectivamente, no le gustaban las conversaciones por la mañana porque tomó su taza y la dejó sola en la inmensa cocina. Ella volvió a la cama y se tumbó para ver cómo llegaba la mañana por el mar. Ya no llovía; era un templado día de invierno siciliano. Su tipo de día favorito.

Le dio igual que no tuviera casi nada que ponerse porque se pasó la mañana envuelta en un grueso albornoz blanco.

El médico llegó y se sintió cómoda inmediatamente.

—Hay mucho trabajo por aquí —él puso los ojos en blanco y miró hacia el edificio principal mientras la examinaba—. Da gusto ocuparse de un embarazo normal y corriente.

—Yo no me siento normal y corriente.

—Hay una madre sana y un bebé de buen tamaño, eso es una buena noticia para mí.

A ella le encantó enterarse de que el bebé tenía un buen tamaño porque había comido bastante poco.

—¿De qué se ocupa allí? —le preguntó Sophie mientras él le tomaba una muestra de sangre.

Como Karmela le había hablado de una cláusula de confidencialidad, se moría de ganas de saber lo que pasaba en el antiguo convento, pero el médico tampoco iba a contarle nada.

—Eso sería divulgar habladurías. Créeme, pequeña Sophie, es mejor que no lo sepas.

—Pero quiero saberlo.

Después de haberle sacado un poco de sangre, hablaron de que se hiciera una ecografía.

—Bastiano me ha pedido que te derive a un colega en Roma.

—Todavía no he decidido dónde voy a tener el bebé.

—Bueno, aunque no quiero meterme en lo evidente, os aconsejo que lo resolváis porque los bebés siguen su propio ritmo. Podrías ponerte de parto esta misma noche y la decisión se os habría escapado de las manos —él esbozó una sonrisa encantadora—. Pero no te preocupes, he traído al mundo a un montón de bebés.

—¿Sería usted el que lo traería al mundo?

—Sí, sería un honor para mí.

Le caía bien. Tenía el pelo entrecano y era paciente con sus preguntas interminables, él no hacía que se sintiera necia o insignificante. Además, era la primera persona que parecía estar sinceramente complacida por el bebé.

Pasó el resto de la mañana relajada por la masajista y tumbada

en una tumbona junto a la piscina. Estaba tan a gusto con el albornoz que no le extrañó que se quedara dormida.

—Hola.

Se despertó al oír su voz, abrió los ojos y vio a un trajeado Bastiano.

—¿No existe la privacidad? —preguntó ella.

—La privacidad no va a llevarnos muy lejos —contestó Bastiano—. Esta noche volveré tarde, se me ha acumulado el trabajo. ¿Qué ha dicho el médico?

—Que todo va muy bien.

—¿Qué más?

—Me sacó un poco de sangre.

—¿Y?

Sophie sabía perfectamente para qué estaba allí. Bastiano quería comprobar que se habían cumplido sus instrucciones, pero los dos podían jugar a ese juego.

—Me ha dicho que mañana me harán una ecografía en Casta y que estará encantado de traer al mundo al bebé.

Sophie se quedó atónita cuando él se rio… y él también.

—Qué mentirosa eres —dijo él mientras le levantaba el cinturón del albornoz y le acariciaba el abdomen por encima de la tela—. Por favor, no tengas aquí al bebé. No soportaría que algo saliera mal.

Podía notar su vientre abultado debajo de la mano. Miró a Sophie y supo que, sencillamente, no podría soportar que les pasara algo a alguno de los dos.

—Si puedo dejar atadas las cosas aquí, podemos mudarnos a un hotel durante unas semanas, casarnos ahí… —siguió él.

—¿En un hotel?

—Es un trámite.

Hasta Bastiano se dio cuenta de que había dicho lo que no debería haber dicho y quitó la mano. La cercanía que se había producido se había retirado como la marea.

—De acuerdo, podemos casarnos en una iglesia. Estoy seguro de que podemos elegir alguna en Roma. Solo quiero que no sea un bastardo.

—Estamos en el siglo…

—Sé muy bien en qué siglo estamos —la interrumpió Bastiano—. Quiero que estemos casados antes de que nazca el bebé.

—Yo no quiero casarme contigo. No quiero un marido que no me ama.

Le espantó querer pescarlo, echar el anzuelo, que esperara que él

la tomara entre los brazos y le dijera que, naturalmente, no era el caso. Bastiano, sin embargo, había decidido hacía mucho tiempo que su amor era un regalo envenenado y su réplica fue punzante.

—Dejó de ser un asunto tuyo cuando te olvidaste de tomar la píldora.

—¿Por qué no iba a poder quedarme embarazada de un malnacido que se limitara a pasarme un cheque?

—¿De verdad nos ves compartiendo la custodia, Sophie? ¿Crees que le iba a sonreír a tu próximo amante cuando fuera a recoger a mi hijo?

—Podrías intentarlo.

—Si eso era lo que querías, deberías haberte buscado un hombre… moderno. Soy tradicional, ¡soy siciliano!

—Quiero que nuestro hijo se críe con amor.

—Puedo ser amoroso.

—No me refiero al sexo —replicó Sophie.

Él, sí. Quería acabar con la discusión, quería quitarle el albornoz. Estaba seguro de que esa disputa se resolvería mejor en la cama.

—Quiero algo más del matrimonio —siguió ella—. Me escapé porque no había amor…

—Te escapaste de un hombre que esperaba que tu madre le cocinara y ahora tienes que conformarte con un multimillonario viril. Pobrecita…

Bastiano se levantó y ella se quedó tumbada mirando el mar en vez de mirarlo a él. Bastiano sabía que no estaban llegando a ninguna parte. Había intentado ser racional y lo había intentado por la parte de la religión. Decidió que había llegado el momento de volver al sistema de siempre.

—¿Qué te parece si esta noche salimos a cenar?

—Creía que tenías que trabajar.

—Lo cancelaré. Vamos a salir esta noche.

—¿Me lo estás pidiendo o me lo estás diciendo?

Sophie vio que él apretaba los dientes. Estaba comportándose como una princesa malhumorada y lo sabía.

—No hemos salido ninguna noche…

—No —confirmó Sophie—. Estaba demasiado ocupada robándote el anillo.

—Sophie… —él se detuvo, pero hizo un esfuerzo para seguir—. Sé que tú no lo robaste.

—¿De verdad? ¿Cómo lo sabes ahora?

Ella quería con toda su alma que le dijera que era porque sabía

que ella nunca haría algo así, pero…

—Lo hablaremos esta noche, durante la cena. Tengo mucho trabajo, pero habré terminado a las cinco, así que estate preparada.

—¿A las cinco? —Sophie frunció el ceño—. ¿Tan pronto?

—Si pudiera conseguir que mi secretaria cambiara el curso del sol lo haría —contestó él.

—¿Qué significa eso?

—Nos veremos a las cinco y, por favor, no te compres nada en el mercado para ponértelo. ¡Tus trapos de siempre bastarán!

La dejó sonriendo. Conseguía que sonriera hasta cuando estaba del peor humor posible. Además, hacía que se le pusiera la carne de gallina. La atracción hacia él no había disminuido lo más mínimo, aunque la de él sí tenía que haber decaído.

Aunque no lo parecía.

Un coche la llevó al pueblo y, evidentemente, era día de mercado porque Casta era un bullicio. Le encantaba pasear por allí. Había señales que indicaban dónde estaba el hospital donde Bastiano no quería que naciera su hijo. Pasó junto a un colegio y sonrió por las risas de los niños. Vio el edificio antiguo de los tribunales, donde, según le había contado Bastiano, habían leído el testamento de Maria.

Era un sitio impresionante, con un hotel algo anticuado y una calle con tiendas y cafés. También era emocionante porque entró en un café y se encontró con un par de caras famosas ocultas detrás de unas gafas de sol. Sin duda, clientes del antiguo convento que tenían el día libre.

—¿Está de paso? —le preguntó el dueño con amabilidad.

—No, estoy en el antiguo convento —contestó ella con una sonrisa.

—Ah, es huésped del señor Conti —el dueño sonrió—. Entonces, tenemos que encontrarle un sitio agradable.

Llamó a una camarera que la acompañó hasta una mesa que estaba cerca del fondo.

—Para usted —el dueño le llevó un vaso de zumo de grosella sin que ella hubiese mirado la carta siquiera—. Es nuestra especialidad y le sentará bien. Además, no se preocupe, nadie la molestará, nosotros estaremos al tanto.

Ella tardó un momento en comprender que debían de pensar que era una… clienta. Pensó que Bastiano había hecho maravillas, que ese pueblo, al contrario que el suyo, era un sitio bullicioso y agradable.

Luego, fue hasta la iglesia, que ya le había llamado la atención

cuando recorrió el pueblo. Tenía que ser donde se había peleado con Raul y la rodeó hasta el cementerio, donde leyó las inscripciones en las tumbas. Vio la de Gino di Savo. Sabía que era el padre de Raul y comprobó que había muerto hacía unos diez años. Al lado estaba la de Maria y se preguntó cómo sería una mujer que había seducido a un joven de diecisiete años. Entonces, se dio la vuelta y encontró lo que estaba buscando, la tumba de Philomena Conti, la madre de Bastiano. Tomó aire cuando vio la sencilla lápida y no contuvo las lágrimas cuando leyó la fecha de su muerte. Había muerto el día que nació Bastiano.

Si a Karmela no se le hubiese escapado que su cumpleaños había sido el día anterior, ella podría no haberlo sabido nunca. Entendió un poco mejor a ese hombre y era más considerado que lo que ella había creído. No la había asustado diciéndole que su madre había muerto de parto ni cuando habían discutido sobre su hijo. Era algo que le hacía pensar y había llegado el momento de que dejaran de pelarse.

Sí tenía algo que ponerse, una cosa.

Se puso las bragas plateadas que se compró el día que Rosa la convenció para que se probara el vestido. El sobrevestido no le pasó del busto, pero el vestido gris plateado sí le bajó hasta abajo. Se le ceñía a todas las curvas, pero, aun así, no dejaba ver gran cosa porque le llegaba hasta las rodillas y el escote era muy discreto. Sin embargo, era increíblemente seductor.

También se puso tacones por primera vez desde hacía varios meses y consiguió maquillarse y pintarse un poco los labios a pesar del poco maquillaje y pintalabios que tenía. Entonces, vio que se acercaba su coche y se puso nerviosa. Se sentía demasiado vestida para Casta y para los restaurantes que había allí. ¡Se sentía demasiado vestida incluso para las cinco de la tarde en Roma!

—¡Sophie! —la llamó Bastiano.

Él se preguntó si alegaría un dolor de cabeza para no tener que ir a cenar, pero la vio salir segura de sí misma. Le había parecido el sol cuando se conocieron, pero, en ese momento, era como una estrella plateada antes de que hubiese oscurecido siquiera. El vestido se le ceñía al vientre donde llevaba el bebé que habían engendrado y las piernas parecían demasiado frágiles.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella cuando él pasó de largo junto al coche.

—Vamos andando.

Por el sendero adoquinado y con esos tacones, no le quedó más remedio que agarrarlo del brazo.

—¿Voy demasiado vestida? —le preguntó ella mientras se acercaban al convento.

—Es posible —contestó él—, pero solo porque te prefiero sin nada.

Era agradable coquetear, pero se sintió atenazada por los nervios cuando se dirigieron hacia el restaurante.

—¿Habrá mucha gente?

—Hay veinte huéspedes —contestó Bastiano—, pero, siguiendo mis instrucciones, todos cenarán en sus habitaciones esta noche.

Era el paraíso. Las mesas estaban iluminadas con velas y todas las velas las habían encendido para ella. Hasta las paredes de piedra tenían candelabros, pero Bastiano la llevó a la terraza, donde habían preparado una mesa para ellos dos solos.

—Hace fresco hasta con calefactores —comentó Bastiano.

—No estás embarazado de ocho meses —replicó Sophie mientras se sentaba—. Se me ha olvidado lo que es el fresco.

—No hay carta de vinos —comentó Bastiano mientras pedía un refresco de limón para los dos—. Mis clientes habituales no tienen moderación.

Él la hacía reír, y luego hacía que quisiera llorar.

—Te debo una disculpa —siguió Bastiano poniéndose serio—. Me equivoqué al acusarte del robo del anillo. Aquella mañana me excedí. Era el anillo de mi madre, significaba mucho para mí y acababa de recuperarlo de manos de Raul.

—¿De Raul? —Sophie frunció el ceño—. ¿Por qué lo tenía él?

—Yo se lo di a Maria —se sintió incómodo al reconocerlo—. Lo llevaba puesto cuando murió y le dejó todas las joyas a Raul. Creo que él ni siquiera sabía que era mío.

—¿Cómo lo supo?

—Cuando me preguntó la dirección de Lydia, yo le dije que se la daría a cambio del anillo.

Entonces, ella entendió mejor la reacción de él aquella mañana. Tuvo que ser atroz recuperarlo para volver a perderlo.

—Fue Inga quien puso el anillo en tu uniforme.

—¿Inga? —Sophie frunció el ceño—. ¿Confesó?

—Por favor… No tiene conciencia, seguía acusándote mientras la sacaban fuera.

Le contó cómo había gritado y jurado Inga y recordó la dignidad de Sophie en la misma situación.

—Hice que Dario y Benita repasaran las cintas de seguridad.

Inga tuvo… —Bastiano titubeó. No quería abochornarla porque se había dado cuenta de que Inga tuvo que oírlos haciendo el amor—. Ella vio tu uniforme tirado en el suelo.

Hacía fresco a pesar de los calefactores porque llegaba una brisa fría del mar, pero, de repente, sintió una calidez en la piel al recordar aquella mañana y lo miró a los ojos.

—¿Crees que nos oyó?

—¿A quién le importa?

—A mí —contestó Sophie espantada—. Aunque no debería decirlo… se acuesta con huéspedes.

—Eso es escandaloso —Bastiano fingió un estremecimiento y se rio—. Alabadas sean las Ingas del mundo.

—¡Eres espantoso, Bastiano!

—Sí, lo era.

Sophie, en vez de enfadarse, sonrió antes de reírse porque su nombre se había lavado y era la mejor sensación del mundo, o una de las mejores sensaciones porque él estaba mirándola de aquella manera otra vez, una manera que hacía que se sintiera ardiente, una manera que hacía que el cansancio desapareciera y que se sintiera viva y sensual.

Llegó un camarero con un pan, que ellos partieron y mojaron con aceite.

—Los Conti y los Di Savo deberían haber hecho aceite en vez de pelearse por el vino —comentó Bastiano—. Habrían hecho una fortuna.

—Los Conti y los Di Savo tienen que dejar de pelearse, punto —replicó Sophie refiriéndose a Raul y a él.

—Estoy de acuerdo —la verdad era que Bastiano estaba cansado—. Lydia también está embarazada.

—Tu casi esposa.

Lo miró y supo que el amor no correspondido era una maldición.

—El pan es fantástico —añadió ella para cambiar de tema.

Se preguntó si esa sería su vida, si tendría que sortear temas para que no le hicieran daño, si tendría que hablar del tiempo y la comida en la mesa y no del agujero que le había hecho él en el corazón.

—No encontrarás ninguno mejor que este.

—No es verdad —replicó Sophie—. El cocinero del Grande Lucia hacía el mejor…

—¿Puedo decirte una cosa? —la interrumpió él acercándose a ella.

Ella lo miró a los ojos y supo que se había topado con un

seductor. Sonreía y sus ojos la abrasaban, pero ella, en vez de resistirse, se dejó llevar porque se le ocurrían muchas cosas peores que ser seducida por Bastiano.

—Dímela —contestó ella mientras cortaba otro trozo de pan.

—Robé el cocinero al Grande Lucia. Él es quien está cocinándonos esta noche.

—¿Le robaste el cocinero a Alim?

Ella empezó a reírse de verdad.

—Claro. Cuando retiré la oferta, hice que mi secretaria se pusiera en contacto con el cocinero y le hiciera una oferta que no pudiera rechazar. Ahora, en vez de dar de comer a esas hordas en Roma, tiene que dar de comer a un máximo de veintidós comensales, y a los empleados.

—¿Das de comer a los empleados?

—Claro.

—¿Les das comidas de cinco estrellas?

Ella lo preguntó justo cuando estaban sirviéndole un plato de *busciate*, la pasta siciliana acompañada por una salsa ligera de almendras.

—Todo el mundo merece que lo cuiden, no solo los huéspedes. Por eso van tan bien mis establecimientos.

—Es increíble. Deberías estar muy orgulloso.

—Lo estoy —reconoció Bastiano—. La gente me acusa de arrasar tesoros, pero eso es porque no dejo que fotografíen los interiores, no necesitan la publicidad. Los establecimientos que ofrezco son para que los disfruten los huéspedes.

Esa noche, el placer era exclusivo de Sophie. Unas luces diminutas empezaron a brillar a medida que anochecía y ella entendió lo que había querido decir cuando dijo que no podía cambiar el curso del sol, que se había convertido en una bola de fuego que se reflejaba en el mar.

—¿Bailas? —le preguntó Bastiano cuando empezó a sonar una música delicada.

Hacía meses que no estaban el uno en brazos del otro y habían cambiado muchas cosas, pero se amoldaron como si no se hubiesen separado nunca. Sophie le rodeó el cuello con los brazos. Él la miró a los ojos y ella los cerró para recibir su beso. Se había olvidado del sabor de la perfección, de la magia que hacía con esa boca, del calor de su mano en la espalda y de que sentirlo la excitaba y hacía que se olvidara de las preocupaciones. Se sentía enardecida entre sus brazos, al bailar con él, cuando él la seducía. Su beso era la perfección. Hacía que lo anhelara y que se sintiera débil.

—Vamos —dijo él—. Te llevaré a casa.

Capítulo 15

HABÍA anochecido, pero la luna brillaba y las estrellas iluminaban la noche. Iban de la mano como si hubiesen sido amantes toda la vida.

—Me encanta estar aquí —ella quería mantener un tono despreocupado para que no se notara el anhelo de su corazón—. Fui a uno de los cafés del pueblo y creyeron que era una de tus clientas —Sophie empezó a reírse—. Todavía estoy intentando imaginarme de qué creían que tenía que rehabilitarme.

—Habrán creído que eres la pareja de un actor descarriado. Algunas veces, vienen las esposas o las novias a pasar unos días de vacaciones mientras sus parejas se encarrilan.

—¿De verdad? —preguntó ella cuando llegaron a la puerta y él le dio un beso leve, pero que la estremeció por dentro.

—De verdad.

—¿Quién?

—No puedo decírtelo —contestó Bastiano.

Estaban en la puerta y ella podía oír el mar, y supo que ese era el momento.

—Al menos, hasta que te cases conmigo —añadió él.

Bastiano no hincó la rodilla, pero sí sacó un estuche negro y a ella se le encogió la garganta.

Entonces, él lo abrió y ella pudo ver la demostración de que no la amaba. El anillo era impresionante, tenía un diamante tan grande que, si ella hubiese agarrado una estrella del cielo, habría brillado con la misma intensidad. Entonces, en ese momento, supo que nunca le importaría como quería importarle porque no era el anillo que significaba tanto para él.

—¿No falta algo, Bastiano?

Él sabía perfectamente a qué se refería.

—¿Sabes por qué la gente cree que soy un malnacido? Porque no digo lo que los demás quieren oír.

Era una pedida espantosa porque una lágrima enorme le cayó por la mejilla.

—Algunas veces, mentir un poco indica cierta deferencia.

—No en esto.

Si iban a ser sinceros, ella le diría cuánto le dolía eso.

—A Maria le diste el anillo de tu madre.

—¡Y mira cómo acabó!

No podía entender que ella prefiriera el anillo maldito de su madre al diamante que había elegido con tanto cuidado.

—Tiré aquel anillo —siguió Bastiano—. Era una maldición.

Sophie pensó que era tan frío que podía desprenderse de lo que era más valioso para su corazón. ¿Dónde acabarían ella y su hijo? Entonces, él dijo algo sincero.

—Haré cualquier cosa para que nuestro matrimonio salga bien. Leeré todos los libros para ser el mejor padre que pueda ser… —aun así, ella seguía llorando—. Sophie… Créeme, es mejor para ti que no te ame.

Ella dejó escapar un sollozo, pasó junto a él y fue apresuradamente a su cuarto. Quería gritar que era mejor que sí la amara, pero se quedó con el corazón acelerado y el cuerpo todavía vibrante por su contacto y su beso, detestando ese amor no correspondido mientras sabía que era el momento de dar un paso adelante.

Claro que se casarían. Bastiano sería un padre maravilloso y también podría ser un matrimonio maravilloso aunque no la amara porque sabía que sí la quería. Se lo había demostrado ese mismo día, se había preocupado por ella incluso cuando discutían, ni siquiera había insinuado que su madre había muerto de parto. Era más considerado y justo que lo que él sabía y ella sabía que lo amaba.

Además, lo deseaba, estaba atrapada con el multimillonario viril… Pobrecita.

Pensar en él hacía que sonriera aunque se le estuviese desgarrando el corazón. Quería un trozo de ese corazón sombrío y reservado aunque nunca pudiera tenerlo entero. Estaba empezando a entender que había una parte de Bastiano que nunca le dejaría conocer. Ese privilegio había sido de Maria y estaba intentando competir con un espectro.

Solo podía ser ella misma y pondría sus propias normas.

Se quitó los zapatos porque le dolían, pero así se acercó en silencio a su cuarto. Bastiano estaba tumbado en la cama con las manos debajo de la cabeza, como la primera vez que lo vio, aunque esa vez estaba vestido y con gesto malhumorado.

—Si nos casamos —dijo Sophie desde a puerta, y Bastiano la miró—, es para quedarnos aquí. Si nuestro hijo va a criarse en Casta, quiero casarme en la iglesia, es algo más que un trámite para mí.

—Sophie…

—Déjame acabar. Si vamos a casarnos, hay que dar y recibir. Podemos tomar el vuelo justo después de la ceremonia. Sé que se necesitan un par de semanas para organizar…

—Lo resolveré —le interrumpió Bastiano—. Solo necesitas un vestido y presentarte.

Se casarían en cuarenta y ocho horas si eso significaba que podrían largarse de Casta y acudir al moderno equipo y al diestro ginecólogo que tenía pensado.

—Ven —siguió Bastiano.

La miro con un brillo en los ojos que hizo que se sintiera emocionada y nerviosa a la vez.

—¿Tenemos que esperar a la boda? —preguntó ella.

—¿Me parezco a Luigi?

—No.

Sophie sonrió y se sentó en la cama como hizo la mañana que se conocieron. Él le tomó la mano y le acarició el abdomen. Notó las patadas del bebé y fueron alucinantes por un lado y tranquilizadoras por otro, porque sabía que su hijo estaba a salvo mientras estuviese en el vientre de ella.

—Voy a ocuparme mucho de vosotros.

Él lo dijo con una voz ronca por la emoción y ella supo que, aunque no fuese amor, esas palabras le habían salido del corazón.

—Lo sé.

Ella, como hizo el primer día, se inclinó hacia delante, pero esa vez fue directamente a por su boca. Fue un beso profundo y sensual, pero tranquilo, y la sentó encima de él.

—Otra vez igual —comentó él.

Esa vez, sin embargo, había un bebé entre ellos y tenían que organizar una boda. Era la noche más triste y más feliz de su vida. Podía ver el resplandor del anillo mientras le quitaba la corbata y le abría la camisa. Inclinó la cabeza y se besaron largo y tendido mientras la acariciaba por encima del vestido plateado.

—Me enteré de que estaba embarazada el día que me puse este vestido —comentó ella mientras él encontraba la cremallera que ella no había encontrado cuando se lo probó la primera vez.

Bastiano le bajó la cremallera y le subió el vestido por encima de la cabeza. Tenía los pechos abundantes y cubiertos de encaje, pero se los acarició por encima de la tela antes de inclinarla para tomárselos con la boca. Desabrochó el cierre delantero y se los lamió. Estaba ávida mientras él se soltaba el cinturón y se bajaba la cremallera, hasta que se sintió feliz cuando él la colocó.

—Tú y yo…

Él no terminó, pero no fue porque no quisiera decir cosas que se esfumarían al amanecer, sino porque estaba seguro de que su amor era una maldición. Sin embargo, cuando estaban juntos, la vida parecía ir bien, y en ese momento estaban juntos. Ella podía notar que la guiaba con delicadeza sujetándola de las caderas y le hundía los dedos en las nalgas mientras intentaba contenerse.

Sophie lo atenazó entre los muslos y bajó. Sintió un estremecimiento por todo el cuerpo, pero también sintió que se abrasaba cuando lo miró a los ojos. Él acometió hacia arriba y ella apoyó las manos en su pecho. Ya no había que contenerse porque él supo que lo amaba cuando gritó su nombre a la vez que alcanzaba el clímax. Entonces, la movió a su antojo y entró hasta adentro. Era una intimidad profunda y fue el clímax más intenso de su vida entrelazado con el nombre de ella.

Luego, se quedaron tumbados con la mano de él en el abdomen abultado.

—El bebé está dormido —comentó ella, que también se quedó dormida enseguida.

Sin embargo, se despertó avanzada la noche. Sophie no se dio cuenta, pero él, sí. Notó que se movía debajo de la mano y luego notó una patada inconfundible. Entonces, supo que tenía el porvenir en su mano. No solo el del bebé, el de Sophie también. Además, haría todo lo que pudiera para que la madre de su hijo tuviera la boda que se merecía.

Capítulo 16

BUONGIORNO, *signor*.

Bastiano no contestó al jovial saludó. La mejor habitación del mejor hotel de Casta no se parecía nada a la planta doce del Grande Lucia. La doncella no hizo caso del gesto que le hizo con la mano para despedirla y abrió las cortinas.

—Es un día precioso para casarse.

Llevaba dos noches fuera del antiguo convento y anhelaba volver, aunque el hotel Casta tampoco era tan malo. Echaba de menos su casa, aunque eso tampoco era verdad del todo porque volarían a Roma en cuanto terminara la ceremonia y estaba impaciente por hacerlo.

Decidió que lo que le alteraba era estar tan cerca de la calle.

Nunca había echado de menos a nadie en su vida y por eso no había comprendido todavía que echaba de menos a su futura esposa. Volvió a sentir ese sentimiento sombrío que había sentido durante meses y no era como debería sentirse el novio el día de su boda.

Fue a ducharse en el discreto cuarto de baño y pensó que una esposa florero habría sido mucho más fácil. Una guapa esposa florero habría exigido una boda por todo lo alto, no en la iglesia del pueblo.

Se puso unos vaqueros negros y un jersey y sonrió al preguntarse cómo les iría al sultán Alim y a Gabi. Evidentemente, eso no era un palacio. Aunque había aceptado celebrar una boda sencilla, también había decidido que Sophie se merecía algo más que solo lo elemental. La familia de ella estaría allí, pero también estarían Gabi y Alim

Además, parecía como si todo el valle fuese a acompañarlos. Se había divulgado la noticia y la alegría por la boda era sincera. Incluso, un par de los mejores clientes del convento habían pedido el día libre. Estaba convirtiéndose en la boda del año y Sophie no tenía ni idea.

Dio un paseo hasta la panadería en vez de pensar por qué estaba haciendo todo eso por ella. La iglesia estaba engalanada con flores y lazos y, más por sentimiento que por costumbre, la rodeó para ir al cementerio. Al fin y al cabo, era el día de su boda, aunque solo

fuera un trámite.

Entonces, cuando dobló la esquina, un hombre lo miró y él notó que se crispaba. Era Raul di Savo. Estaba allí después de todo lo que había pasado entre ellos. Esa vez, sin embargo, Raul no saltó por encima de las lápidas para atacarlo. Se quedó inmóvil y fue Bastiano quien se acercó.

—Supongo que no habrás venido a la boda.

—No, acabo de enterarme —Raul esbozó una sonrisa tensa—. Hoy es el cumpleaños de mi madre.

—Ah…

Lo primero que pensó Bastiano fue que Sophie podría molestarse si se enteraba de que había organizado la boda el día del cumpleaños de Maria. Sin embargo, no lo sabía. Miró la lápida. Allí estaba grabada la fecha de su nacimiento.

—Me he enterado de que vas a ser padre.

—Sí —Raul asintió con la cabeza—. Lydia ha vuelto a Venecia. Lo tendrá dentro de unas semanas.

—Sophie también.

Bastiano se dio la vuelta, se alejó un poco y se quedó junto a la tumba de su madre. No encontraría la paz. ¿Habría sabido ella que había tenido un hijo? Le importaba en ese momento porque él tendría un hijo dentro de unas semanas y, de repente, tenía la necesidad de arreglar las cosas, de acabar con las viejas rencillas. Oyó el ruido de la gravilla mientras Raul se marchaba y salió corriendo detrás de él.

—¡Raul!

Vio que Raul se quedaba rígido antes de darse la vuelta.

—¿Por qué te negaste a oír mi parte? —Bastiano miró fijamente al hombre que había sido su amigo—. ¿Fue porque yo no era de la familia?

Por un instante, creyó que la historia estaba a punto de repetirse, que volvería a recibir un puñetazo de Raul y, fugazmente, intentó explicarse porque había elegido precisamente ese día para enfrentarse a su enemigo ancestral, aunque ese día no se pelearían.

—Aquí no —contestó Raul.

Subieron por la ladera y se sentaron en el suelo, como habían hecho infinidad de veces cuando eran niños y jóvenes. Se quedaron en silencio hasta que Raul habló.

—No quise saber tu parte, porque era más fácil culparte…

—Me lo imagino —concedió Bastiano, quien había aprendido desde la cuna que la familia era lo primero.

—Yo siempre la encubrí.

Los árboles se agitaron y los pájaros dejaron de cantar mientras Bastiano se enteraba de que había habido muchos más. Fue como si la tierra se hubiese abierto bajo sus pies y se hubiese cerrado otra vez.

—Sé que no fuiste a seducirla —reconoció Raul—. No quise oírlo en su momento —entonces, miró a Bastiano a los ojos—. Te pido perdón. Cuando me enteré de que se había quedado tu anillo…

Bastiano estuvo a punto de corregirlo, de decirle que no se lo había quedado, que se lo había dado él, pero aquello había sido un truco muy hábil por parte de Maria. «Si me amas, querrás que tenga cosas bonitas». No había sido amor. Maria le había dicho que sí lo era y él, como no había podido compararlo con nada, se lo había creído.

—Mi madre tuvo muchos amantes. Ni siquiera sé si Gino es mi padre —reconoció Raul—. Se casó con ella porque estaba embarazada…

—Al menos, hizo lo que tenía que hacer.

—No —Raul sacudió la cabeza—. Tenía un resentimiento espantoso contra nosotros. Nadie debería casarse porque…

Raul no terminó porque no sabía si eran las circunstancias de Bastiano.

—Yo amo a Sophie.

Sabía que debería habérselo dicho a ella antes, pero acababa de darse cuenta.

El amor hacía que sonriera. La mañana de su boda, mientras reordenaba el pasado, pensar en ella era un consuelo. Echaba de menos a Sophie, no a su casa.

—Lo siento —volvió a disculparse Raul—. No quería insinuar que no la amaras, solo quería decir que algunas veces…

—No —le interrumpió Bastiano—. Tienes razón. No se lo he dicho a Sophie —miró hacia el convento y pensó que ella estaba preparándose para la boda y no sabía lo que él sentía—. En realidad, le dije que nunca podría amarla.

—Entonces, tienes que llamarla ahora mismo.

—*Merda* —exclamó Bastiano mientras tiraba el teléfono.

Entonces, volvieron a ser como adolescentes porque Bastiano tenía un pie en las manos de Raul e intentaba escalar la tapia, pero tenía cristales y alambre en lo más alto. Su seguridad tenía que mantener alejada a la prensa más voraz. Él tenía que ver a Sophie.

—Tienes que cambiarte —comento Raul cuando Bastiano tuvo que desistir—. Vas a casarte enseguida.

Con la novia que no sabía que la amaba.

Capítulo 17

MALNACIDO!

Sophie se sentó con su padre en el coche y vio que el sacerdote les hacía una señal para que se dieran la vuelta. ¡Bastiano iba a llegar tarde a su propia boda! Quizá por eso la hubiese llamado, pensó ella mientras intentaba contener las lágrimas. La habría llamado para cancelarlo todo.

Tomó una bocanada de aire mientras el coche subía lentamente la colina y no supo qué hizo que se quedara boquiabierta, si la opresión que sintió en el abdomen o ver que un novio muy desaliñado corría hacia la iglesia acompañado por su enemigo ancestral.

El sacerdote ya era todo sonrisas porque el novio había llegado, pero ella sintió otro dolor cuando se quedó parada delante de la puerta de la iglesia. Afortunadamente, su padre y el sacerdote pensaron que eran los nervios y que estaba serenándose. Ella solo podía ver que la iglesia estaba llena y que ella estaba de parto. Si Bastiano había podido llegar tarde a su boda, estaría encantado de cancelarlo todo si se enteraba… y ella quería casarse en ese momento, antes de que el bebé naciera. Eso significaba que tenía que aguantarse con la mejor de sus sonrisas.

Los dolores no eran excesivos y estaban muy distanciados. Además, el médico le había dicho que los primeros hijos tardaban muchísimo.

Recorrió el pasillo y tuvo que parpadear cuando una actriz muy famosa y un cantante de rap le sonrieron para darle ánimo. ¿Qué estaba pasando? Además, ahí estaban Gabi y Alim. El corazón se le derritió mientras caminaba hacia el hombre al que amaba y amaría siempre.

Sophie era como el sol, decidió Bastiano mientras se acercaba a él. Esa iglesia, donde había habido tanta oscuridad y dolor, estaba rebosante de color y sonrisas. Era un poco tarde para ir de blanco. El vestido era color crema rematado de verde, como las rosas diminutas que llevaba en el pelo. Ella había elegido el vestido y las flores como si él la hubiese amado y cortejado todo ese tiempo, y la

amaba con locura.

Bastiano dijo los votos de corazón y supo que nunca habría podido hacerlo con una mujer florero porque ya habrían terminado a esas alturas.

—Te amaré todos los días de mi vida —le dijo él mirándola a los ojos, aunque ella los tenía un poco entrecerrados con recelo—. Te amo de verdad —susurró Bastiano mientras le ponía el anillo.

Sophie le pidió en silencio que no mintiera, que parecía que lo decía sinceramente y que no podría soportar esa fantasía el día de su boda. Ella dijo lo mismo, aunque tuvo que pararse un instante porque sintió un dolor y él le agarró la mano con fuerza. Bastiano lo sabía. La había visto pararse en la entrada y había captado el dolor detrás de su sonrisa. Instintivamente, había querido cancelar la boda, pero sabía lo importante que era para ella.

—A lo mejor podemos emplear la fórmula más corta… —le pidió al sacerdote.

Fue una ceremonia breve y las campanas echaron a volar en Casta mientras el novio y la novia salían de la iglesia. Bastiano supo que el pasado había quedado atrás.

Casi.

Miró al cementerio, donde estaba su madre, y quiso salir del valle en ese momento y montarse en el helicóptero que estaba esperándolos. No habría tarta para los novios.

—¡Mirad! —Gabi estaba levantando un anillo—. ¡Mirad lo que he encontrado en el suelo!

¿Era una señal? ¿Era la bendición de su madre? Sophie pareció creerlo porque se lo puso en el dedo. Él, aunque sonrió y estrechó las manos de los invitados, se sentía como si lo hubiesen sumergido en hielo.

—Vamos al helicóptero —le dijo él.

Ella, sin embargo, sacudió la cabeza.

—Creo que no hay tiempo.

—Sophie…

El miedo le atenazó el corazón y solo podía ver ese anillo maldito en su dedo. No veía la alianza ni el anillo de compromiso que le había regalado, solo veía ese anillo que significaba muerte.

—¿Por qué no vais al hospital para que la examinen? —propuso Gabi, quien estaba acostumbrada a los imprevistos en las bodas y a mantenerlo todo bajo control—. Si dicen que hay tiempo, podéis marcharos.

—Buena suerte —le deseó Raul mientras le estrechaba la mano —. Te la mereces.

Un coche los llevó por al valle hacia el hospital, que estaba cerca, pero Sophie tenía muchas preguntas.

—Llegaste tarde.

—Estaba intentando verte,

—¿Por qué fue Raul tu padrino?

Le habría encantado saberlo, pero el dolor fue tan intenso que agarró la mano de Bastiano con todas sus fuerzas y supo que el mundo iba a tener que esperar.

El olor del hospital hizo que Bastiano se sintiera enfermo.

Cruzaron la maternidad y llegaron a una pequeña sala de partos donde le pareció que se habían reunido mil personas. En realidad, había contado que eran cuatro, pero no iba a decir lo que tenía que decir con toda esa gente delante.

—¿Podría hablar a solas con mi esposa, por favor?

—¡Voy a tener el hijo aquí! —gritó Sophie encantada de ver a su médico entrecano y su amable sonrisa—. ¡No quiero ir a Roma!

—*Signor*…

Una comadrona que se presentó como Stella le preguntó si podían hablar fuera. Era mayor y le dijo que no podían llevarse a Sophie.

—Va a tener el bebé enseguida —dijo Stella—. Su esposa está lista para empujar. Tiene que estar tranquilo por Sophie.

—Estoy tranquilo.

Estaba tranquilo. Nadie lo conocía ni podría llegar a conocerlo. Nunca había permitido que alguien se acercara y era una sensación desconocida y extraña querer tener cerca a Sophie. Había aceptado en el coche que el bebé llegaría enseguida a este mundo y no pensaba complicar las cosas.

—Bastiano —le dijo la comadrona—, yo estaba allí cuando naciste y entiendo que estés preocupado por Sophie, pero no es el momento de llevársela…

—Entonces, ¿sí es el momento de que hable a solas con mi esposa?

—Sí, un minuto.

—Solo necesito un minuto.

Sophie lo miró mientras entraba y los médicos y enfermeras salían. Entonces, Bastiano cerró la puerta.

—Te amo.

—Bastiano… Por favor, no me hagas esto. Tú amaste a Maria.

—No, ella me dijo que era amor y, como yo no podía compararlo con nada, lo creí. Tenías razón, yo solo tenía diecisiete años y no tenía ni idea de lo que era el amor. Te amo —repitió el—.

Como no he amado antes y no podré amar nunca más.

Sophie sabía que él nunca diría algo así para agradar a alguien. Supo que lo que había oído era verdad. Era amor y podía notar que la dominaba con fuerza, con más fuerza que el dolor que se adueñaba de ella.

Se necesitaba el apoyo de Stella porque Sophie, aunque era esbelta, parecía haber engendrado un bebé muy grande. También se necesitaba el apoyo de Bastiano y no miró el anillo de perlas con una esmeralda que ella llevaba en el dedo, sino que la miró a los ojos y le dijo que, si empujaba una vez más, el bebé habría llegado.

—Bueno, que sean dos —añadió Bastiano.

Efectivamente, el bebé era muy grande, con hombros anchos y un cuerpo largo. Bastiano miró mientras su hijo iba saliendo, hasta que lo dejaron en el abdomen de su madre entre gritos estruendosos.

—Su padre era igual —comentó Stella entre risas—. Yo me quedé al final del turno para darle un abrazo.

Stella sonrió y ayudó a Sophie a que le diera mamar a su hijo. Entonces, se hizo la calma. Era un bebé precioso con largas pestañas y pelo negro y liso. Por fin, la conmoción por su temprana entrada en el mundo dejó paso a una apacible somnolencia entre los brazos de su madre y se acabó el infierno de los meses pasados.

—Enhorabuena, señora Conti —le felicitó una enfermera cuando le llevó una comida muy bien recibida.

—No me acostumbro a mi nombre.

Sophie se rio mientras Bastiano tomaba al bebé en brazos y ella se comía un dulce.

—Tienes que acostumbrarte a dos nombres —comentó Bastiano mientras miraba a su hijo—. ¿Has decidido el de él?

—No.

Ella no había conocido una felicidad parecida. Vieron la puesta de sol en Casta el día de su boda y del nacimiento de su hijo.

—Toma.

Bastiano abrió una botella y Sophie dio su primer sorbo de champán cuando Stella fue a ver qué tal estaban.

—Habéis recibido muchas llamadas y hay una fiesta en el pueblo —les contó la enfermera.

—¿A qué hora terminas? —le preguntó Bastiano.

—A medianoche.

Bastiano volvió a tomar a su hijo y lo dejó en una cuna de plexiglás.

—Estoy cansada —comentó Sophie.

—Duerme.
—¿Te quedarás?
—Claro.
Se durmió agotada hasta que se despertó después de medianoche y tuvo un momento de pánico cuando comprobó que ni Bastiano ni el bebé estaban allí. Se puso la bata y fue al nido, donde estaba Bastiano sentado con su hijo en brazos y charlando con Stella. Oyó que el bebé dejaba escapar un grito y vio que Stella alargaba los brazos y que Bastiano le entregaba al niño. Estaban muy metidos en la conversación y Stella parecía no tener prisa por marcharse aunque ya hubiese terminado el turno. Algo le dijo que era mejor que no se acercara. Que Bastiano estuviese tan absorto le indicó que Stella estaba diciéndole algo que necesitaba oír. Volvió a su habitación y se tumbó mientras veía la luna y oía el mar que rompía contra las rocas. Esperó que su marido resolviera algo porque había hecho las paces con el pasado, pero todavía faltaba mucho.

—Hola.
Tardó mucho en volver. Tenía la cara como si fuese de mármol a la luz de la luna. Se le notaba la cicatriz y pudo captar la tensión en su voz, aunque se comportaba como si todo fuese normal.
—Tiene hambre otra vez.
Ella dio da mamar a su bebé, nada diminuto, e intentó encontrarle un nombre.
—No puedo decidirme —reconoció ella cuando se quedaron solo con dos.
Se había quedado dormido en sus brazos y murmuró un poco cuando Bastiano lo tomó y lo dejó en la cuna. Luego, volvió a la cama, la abrazó y el mundo, que se había salido de su cauce, volvió a ser normal otra vez.
—Stella estaba con mi madre cuando me trajo al mundo —le contó la conversación que habían tenido—. Yo siempre había creído que murió de parto, pero no fue hasta…
—Entonces, ¿supo que había tenido un hijo?
Ella notó que él asentía con la cabeza y se abrazaron.
—Ella me puso mi nombre. Significa «hombre respetado» y eso era lo que quería para mí aunque ella no estuviese casada.
—Eligió bien —comentó Sophie porque él era muy respetado en Casta.
—Al parecer, tuvo un ataque al corazón porque la tensión no le

paraba de subir. No dejó de llamar a mi padre durante el parto… —Bastiano jamás había estado tan cerca de llorar, pero contuvo las lágrimas—. Él no pudo ir, claro, porque tenía una esposa y un hijo. Acabo de enterarme de que Raul es mi hermano.

Ella se soltó de sus brazos y encontró la posibilidad de sonreír en una conversación tan seria como esa.

—Medio hermano —le corrigió ella—. Es una mitad muy importante porque Maria no era tu madre.

—No —él sonrió—. Desde luego que no.

Él le contó lo que había averiguado porque su madre no había dejado de gritar durante el largo parto y la joven comadrona lo había oído.

—Gino y ella habían estado viéndose, pero ella quería preservarse para el matrimonio. Maria decidió que quería a Gino y le dio lo que mi madre no le daba. Se quedó embarazada y Gino se casó con ella, pero, al parecer, amaba a mi madre. Ella acabó cediendo y se acostó con él y empezaron a tener una aventura, aunque él tenía esposa y un hijo. Él la amaba y creo que le regaló el anillo…

—¿Y tú? —le preguntó Sophie—. ¿Te quería?

Él resopló.

—Me culpaba de su muerte y, al parecer, me miró una vez y se marchó.

—¿Crees que Maria lo sabía?

—Creo que me sedujo como había seducido a mi padre —contestó Bastiano—. Creo que yo le recordaba a él y que le dejó el dinero a su hijo para vengarse de su marido por no amarla…

—Y mira lo que has hecho con él.

Había luchado para ganarse el respeto y había convertido unas ruinas en belleza.

Se dieron un beso y se tumbó en la cama al lado de ella. Estaba en paz y se quedaron despiertos para ver cómo llegaba la luz del día.

—Llama a Raul —le dijo ella.

—Es demasiado pronto.

—Creo que esta noticia llega treinta y dos años tarde.

Se quedó tumbada mientras le oía contarle la noticia a Raul; que eran más que amigos y que, incluso cuando eran enemigos, habían estado atados el uno al otro porque eran hermanos. Eso significaba que hubo más preguntas mientras iban contándose la vida de cada uno.

—Sí, tenemos un nombre —dijo Bastiano mientras miraba a

Sophie—. Rafael.

Lo habían elegido bien porque significaba «Dios ha sanado», y lo había hecho.

Epílogo

NO había mejor sitio para tomar el té por la tarde que el Grande Lucia y no tuvieron que preguntárselo dos veces para que Sophie aceptara. Raul y Lydia estaban llegando de Venecia y Alim y Gabi estaban allí alojados, ¿qué mejor excusa para volar a Roma y reencontrarse con los amigos?

Ronaldo los saludó con cariño y Anya los saludó con la mano. Qué felicidad era dejarse caer en un sofá de cuero para comer los pasteles mientras se reían y se contaban sus cosas.

Raul y Lydia tenían una hija, Serena, unos días más joven que su primo Rafael y todos estuvieron de acuerdo en que la pequeña Lucia era la jefa de los bebés.

Le encantaba volver a estar allí. Ese sitio tenía algo tranquilizador y estaba apasionada porque Gabi había convencido a Alim para que no lo vendiera. Era casi como una segunda casa.

Miró a Bastiano, que tenía a su hijo en brazos, y el corazón se le desbordó de emoción cuando se rio por algo que le había dicho Raul. Efectivamente, era una ladrona porque le había robado el corazón a Bastiano y lo trataba con todo cuidado, como hacía él con el de ella. Eran una familia. Estaba segura de que habían nacido para amarse el uno al otro.

—¿Vas a quedarte? —le preguntó Gabi.

—Desde luego —contestó Sophie con una sonrisa—. Me encantaría que no hubiesen despedido a Inga para que me sirviera el desayuno en la cama.

Sería perfecto, pero también podía prescindir de ello. Fue una tarde maravillosa que se alargó hasta la cena y ya era tarde cuando Bastiano llevó a Rafael a su cuarto y lo dejó en la cuna mientras Sophie se preparaba para acostarse.

—¡Sophie!

Bastiano la llamó porque estaba tardando siglos y, ya que el bebé estaba dormido, era el momento de descorchar el champán.

—Un momento.

Él sirvió dos copas y dejó la de ella junto a la cama. Estaba a punto de levantase de la cama para abrir las cortinas y las contraventanas cuando Sophie salió del cuarto de baño. Llevaba su viejo uniforme y tenía el pelo recogido en un moño algo alborotado.

Siempre le hacía sonreír.

Ella abrió las cortinas y las contraventas y se quedó un momento apreciando la vista, y apreciando su vida porque era todo lo que había esperado y más.

—Ven aquí.

—Estoy preparándole la vista, señor Conti —replicó ella mientras se daba la vuelta con una sonrisa—. Luego, haré la cama… con usted dentro.

Efectivamente, lo había dicho y era lo que sentía. Se amaban mucho el uno al otro.